JOAQUÍN V. GONZÁLEZ



HISTORIAS





BUENOS AIRES

CABAUT Y Cía., EDITORES

Librería del Colegio – Alsina y Bolívar

1906

CABAUT Y CÍA.  **EDITORES**

SERIE GRADUAL DE LIBROS DE LECTURA,

COMPUES ... EDAGOGÍA

Esta o ... dio y superior. E ... ar á leer palabras ... l método empleado ... s normales, habi ... años de edad, apr ... lebe limitarse á la ... presentan las dificu ... ío *con la mayor in* ... uidadosamente, de ... le presentan al al ... tades anteriormen

El cur ... eguido en él los sa ... observaciones. El ... o de partida el e ... como una unidad. ... or permanente y ... fin moral va encub

El cur ... os adquiridos po ... el conocimiento d ... todas las épocas. ... es de los niños y l ... s composiciones ... gusto literario y ... s puros y desintere

El alu ... rá á leer correcta ... nguaje y literatur

Las n ... cilitarán á los seño ... e aun las personas ... an aplicar dichos l

He aq

(I ... as).

Cart ... n.

Pasc ... *afía.*

CURSO ELEMENTAL

¡ Adelante ! — *Libro segundo de lectura y ortografía.*

Un buen amigo. — *Libro tercero de lectura y ortografía.*

CURSO INTERMEDIO

Trabajo. — *Libro cuarto.* — *Lectura expresiva.*

Vida. — *Libro quinto.* — *Lectura expresiva.*

CURSO SU[redacted]

Humanidad.—*Libro sexto de l*[redacted]

Librería del Colegio ≻≺ **Alsina** [redacted] **res**

HISTORIAS

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

HISTORIAS



BUENOS AIRES

CABAUT Y CÍA., EDITORES
Librería del Colegio — Alsina y Bolívar

1906

Esta obra ha sido aprobada por la Dirección y Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, para servir de texto de lectura en los años 4º y 6º de las escuelas comunes.

PARTE PRIMERA

EL SEÑOR DEL AGUA

(LEYENDA CICLICA)

CARTA-PRÓLOGO

Del Dr. D. CARLOS BERG

Buenos Aires, el 18 de Enero de 1898.

Al Sr. Dr. Joaquín V. González.

Mi distinguido amigo:

Atrasado en la lectura y revisión de los periódicos y producciones científicas y literarias, á causa de mi excursión por el viejo mundo, sólo hoy llego á conocer su magistral narración legendaria « El Señor del Agua », dedicándola en parte á nuestro apreciable amigo y poeta, el Sr. Rafael Obligado, y en parte á su servidor, quien de veras se lo agradece.

La honrosa distinción, Vd. me la concierne « por la vindicación del Escuerzo » (*Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo V, pág. 166), de que he tratado en mi publicación de los *Batracios Argentinos*, buscando librar al pobre anfibio de las calumnias que desde hace generaciones tiene que soportar con la paciencia de un sapo santo.

El hombre, ó al menos un gran número de individuos de la especie humana, por ignorancia, por de-

fecto de observación ó por mala índole, no puede abstenerse de calumniar. Mas no sólo demuestra en muchos casos el hábito execrable de hablar mal, sin motivo ni razón, de su prójimo, sino que inculpa también muy á menudo á seres de la naturaleza que no leen ni escriben libros, ni poseen siquiera el don del habla para poder defenderse.

Es muy justo, pues, que los naturalistas, reconociendo el verdadero estado de las cosas, acudan en defensa de esos seres difamados.

He tenido una grande satisfacción en poner al Escuerzo en el lugar que le corresponde, á saber, en la banca de los inocentes, sin pretender por esto, elevarlo á una figura simpática: tarea muy difícil, si no imposible.

Si mis múltiples ocupaciones me lo permitiesen, me dedicaría con placer á la vindicación de otros animales tan torpemente calumniados como el Escuerzo.

Allí tiene Vd., por ejemplo, el sapo común *(Bufo marinus)*, que no hace mucho ha tenido la desgracia de ser difamado por la prensa pública como destructor de abejas. El buen hombre que ha sido inventor de esta especie, por cierto ignora que el sapo busca su presa generalmente de noche, precisamente cuando las abejas no salen de la colmena. Lo que en verdad sucede es, que cuando las abejas se sienten enfermas — y no les faltan enfermedades — abandonan la colmena y se posan en sus cercanías para morir fuera de su habitación; y estas abejas moribundas son las que los sapos tragan, los cuales naturalmente se reunirán en mayor número cerca de las colmenas, cuando hay presa abundante por causa de alguna epidemia entre las abejas.

El apicultor bonaerense, pues, que halló abejas en el estómago de muchos sapos y por esta razón atribuyó

á estos batracios la destrucción de sus colmenas, se ha equivocado por falta de observación y conocimiento, constituyéndose así en calumniador de un animal completamente inocente de semejante delito, y que en vez de ser destruído, como él lo aconseja, merece, al contrario, consideraciones del hombre, por los servicios útiles que presta á la horticultura y agricultura, destruyendo un gran número de insectos perjudiciales á las plantaciones.

También Vd. habrá oído hablar del *terrible* « Mastuesto » ó « Mastuerzo », que se encuentra en las Provincias del oeste, y que se considera como sumamente venenoso. Voy á contarle lo que me pasó respecto á este animalejo.

Haciendo una excursión, á fines del año 1878, en los alrededores de Mendoza, me advertían del gran peligro que había en encontrarse con el tal « Mastuesto », del que tantos funestos recuerdos conservaba el pueblo, á causa de la muerte que había producido en la especie humana, y siguió aún produciendo de vez en cuando, la mordedura de este ser infernal. Nadie me lo pudo describir; nadie fué capaz de indicarme á qué grupo de animales pertenecía; nadie se me ofreció para colocarlo, ni siquiera muerto, en un frasco con aguardiente, en el caso que tropezara con un ejemplar. La simple pronunciación del nombre de « Mastuesto » producía en las gentes del pueblo y de los campos un horror indescriptible.

Con las ganas de conocer el terrible animal, me quedé, felizmente, sólo unos pocos días. Pasando por el Páramo de Uspallata, en camino á través de la Cordillera de los Andes, me detuve allí para consumir mi frugal almuerzo, pero no descansada y tranquilamente como lo hacían el arriero y las mulas, sino caminando y coleccionando al mismo tiempo. Al arrancar una jarilla *(Larrea divaricata Cav.)*, di con una pequeña

lagartija, la que agarré con los dedos, acercándome luego al sitio de los equipajes, para depositar el saurio en una de mis cajas de recolección.

El arriero, al verme aproximar con la lagartija entre los dedos, saltó del suelo como tocado por una chispa eléctrica, y huyó gritando: «¡el Mastuesto, el Mastuesto; Vd. está perdido!» En vano traté de demostrarle que su «Mastuesto» era una lagartija inofensiva; y en señal de no tenerle miedo alguno, acerqué su boca á mis labios, nariz, orejas, etc., procurando provocar el mal humor en el reptil, para que me lastimara con sus pequeños dientes bien libres de veneno.

El arriero no se convenció de la inocencia del animal; más bien me declaró á mí en pacto con las brujas, y de ninguna manera admitió que la pequeña lata en que deposité la lagartija, que se hallaba en estado interesante, fuera colocada en la maleta que llevaba una de las mulas. La tuve que guardar en mi morral de excursión, cuidando el pequeño saurio por seis semanas, al cabo de cuyo tiempo, durante mi permanencia en Valdivia, daba á luz cuatro hijuelos bien robustos y ágiles.

Esta lagartija madre, aunque libre de todo veneno corporal ó material, no lo era en cuanto al veneno moral. Lo que hacen muchos animales en el cautiverio, tal vez con el propósito de librar á su prole de semejante oprobio, ella lo hizo también, devorando tres de sus hijos, pudiendo yo salvar á tiempo el cuarto. Indignado por este delito doble de infanticidio y saurofagia — ¿quién entre nosotros no condena el crimen de matar á sus hijos y comer á sus semejantes? — eché la lagartija en el aguardiente. Allí la conserva el Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Buenos Aires, llevando el frasco correspondiente la inscripción: «Mastuesto» *Liolaemus Wiegmanni* (D. B.) Blgr.

El Mastuesto ó Mastuerzo es un animal inofensivo, se lo digo á Vd., mi excelente amigo; es inútil decírselo á la gente de sus montañas; no lo creerán, aunque se lo digamos en papel sellado.

¿Acaso calumnian sólo á los animales? No; también difaman á los vegetales, y lo que es menos perdonable, á flores de un exquisito perfume ó de un aspecto precioso.

Á un médico de fama y hábil cirujano, quien, si bien recuerdo, murió á consecuencias de un *canceroma*. se le ocurrió atribuir, por lo que me han dicho, el origen del cáncer á la flor ó al perfume de la *Holboellia latifolia* Wall., más conocida con el nombre incorrecto de *Stauntonia latifolia*. Desde entonces muchísima gente, sanos y enfermos, y hasta la misma prensa pública, ha declarado guerra á la planta, considerándola como un gran peligro para la humanidad.

¡Pobre *Holboellia* ó *Stauntonia!* Si tú tuvieras el veneno para producir el cáncer, hubieras hecho cancerosa á toda la población, ó la hubieras destruído por completo en tu patria, el Himalaya, donde los habitantes te cultivan en parte cerca de sus habitaciones, huelen tu aroma y comen tus frutos. Aguanta la calumnia. Vive, sufre, espera, como dice Kúntur en su leyenda « El Señor del Agua ».

¿Y qué me dice Vd. de la Aruera *(Lithraea aroeirinha* March.), planta bien inofensiva de la vecina república del Uruguay y del Brasil, pero no menos temida que el Escuerzo y el Mastuerzo? Quien le corta una rama á una flor, es hombre casi perdido. Parece tener sólo la galantería de respetar á los naturalistas. Felizmente el vulgo ha encontrado un medio eficaz para apaciguar las iras de la Aruera. Antes de tocar cualquiera de sus partes, la saluda respetuosamente, diciéndole por la mañana: « Buenas noches,

señora Aruera», y por la tarde ó la noche: «Buenos días, señora Aruera».

He sobrepasado los límites de una cartita y abusado de su paciencia. Reciba mis cordiales saludos y la seguridad de mi alto aprecio por Vd.

Carlos Berg.



EL SEÑOR DEL AGUA

(LEYENDA CÍCLICA)

Al Dr. Carlos Berg, por su vindicación del Escuerzo (ANALES DEL MUSEO NACIONAL, tomo V, pág. 166), y al poeta Rafael Obligado, en recuerdo de nuestro buen amigo el Sapo del Saladillo. (Octubre, 1889).

LIBRO PRIMERO

LA NATURALEZA

I.

EL ESCENARIO.

Me propongo escribir en breves páginas la historia de un ser extraño, cuya existencia misteriosa y solitaria ha sido causa para vincularse con el espíritu de todo un pueblo, lo que es como decir, con su tradición, con su carácter, con sus más íntimas supersticiones y con sus más vastos anales políticos. Mas, para ser fiel narrador y describir con verdad, según las modernas reglas del arte, necesito conducir al lector á un paraje

lejano, dentro de la montaña inmensa, y aun dentro de ella, más lejos todavía, á un punto encerrado entre muros casi circulares, de aspecto desolado, ceniciento y á veces rojizo, y en donde crecen algunos árboles escuálidos, como restos de un antiguo volcán, el que, acaso, dejó en medio de una naturaleza poblada de valles y colinas graciosas, de rumores y matices sinnúmero, aquel enorme cráter macilento y desnudo. Él marca una etapa forzosa del camino que atraviesa la serranía; se encuentra en la vertiente occidental del Velasco, y su profundidad es tanta, que impide contemplar desde allí los espectáculos de las cumbres que anteceden y de las que aun siguen hacia abajo, y priva á los ojos de la maravillosa visión del Famatina, el de las nieves y las nubes incomparables.

Si no fuese que todo el paisaje, á muchas leguas antes de allí, concurría á despertar en el alma las ya olvidadas ó muertas fantasías de la niñez y las creencias del terruño, á la vista de aquel páramo escondido y aparecido de pronto como engendro de la vigilia, se forjara al instante un mundo demoniaco, su habitador invisible, y el teatro de alguna horrible corte de seres maléficos ó de encantos funestos. El yermo de Harmuir no ofrecería albergue más propicio á las profetisas de Macbet, que éste, donde la magia universal del eterno Zú-

pay colocara una de sus más raras creaciones y caprichos concebidos en la fecunda sombra; ni el *Gudeman's Croft* de la legendaria Escocia, alimentó mejor en el espíritu popular la convicción de que tales sitios eran habitados por personas infernales.

Aun debo referir cómo de aquel cráter tan árido se hallan distantes los torrentes y los manantiales, que en otros valles y quebradas del monte esparcen verdura, armonías y perfumes, y cómo el viajero, sobre la tosca de greda deslustrada, se parece á esos trozos de piedra, fragmentos de ídolos ó estatuas informes que se quedan erguidos sobre los escombros nivelados ya por los siglos. Muy arriba y hacia el poniente, una alta y dentellada cuchilla tiende una colosal cortina de luto, y sobre sus aristas sólo se ve vagar en silencio, como espías avanzados de otros reinos remotos, los cóndores y las águilas insaciables de alturas y soledades inaccesibles. La ausencia del agua superficial ha desterrado las aves de canto y los atractivos del color; y las que llegan de paso, viajeras como los hombres, apenas sienten la impresión de la soledad y la presencia del único ser que la habita, como su dueño, rey, soberano, prisionero ó hechizado bajo el peñasco descolorido de una gruta, alzan de nuevo el vuelo y huyen á buscar tras de las cimas, en valles le-

janos, la brisa que conduce un eco familiar, la gota de agua clarísima que apacigüe la sed de la jornada aérea, y la rama verde que ofrece entre sus hojas una sombra y un nido

En el centro de ese circo desierto existe un surtidor de agua salada, que sale gota por gota á llenar una palangana de roja arcilla, debajo de una piedra que es al mismo tiempo lápida de un enterrado vivo y pórtico informe de una gruta sin fondo, de una vasta é interminable necrópolis, cuyos extremos se comunican por infinitas galerías abiertas por los terremotos, con los mundos inescrutables de la *República Subterránea*, donde impera el dios vencido, en conspiración eterna contra el triunfador celeste, contra el hombre hecho á su imagen, contra los agentes de la vida y contra todo lo que es hermoso y amable.

Ya contaré la sombría leyenda, inmanente en el alma de la región, que explica cómo vino y cómo vive desde tiempo inmemorial en aquella cárcel húmeda y solitaria, un sapo gigantesco, sólo perceptible á la vista cuando arroja desde la tiniebla las ascuas de sus ojos resplandecientes, y los destemplados y cavernosos gruñidos de su protesta y de su cólera insaciables. Ahora hablemos de su vida misma y de las originales escenas que en torno suyo se suceden, en el ir y venir secular de los caminantes por el sendero de la mon-

taña, y que no tienen para calmar su sed y la de sus bestias, sino el sorbo de agua salada de la vasija natural de arcilla, apenas reunido por la lenta filtración de la gruta...

II.

EL PERSONAJE.

Cuentan los vecinos más ancianos de los lugares de uno y otro lado de la sierra, que oyeron á sus padres y éstos á sus abuelos, y éstos á sus antepasados, que en aquel lugar ocurrieron cosas muy extraordinarias en tiempos antiguos; y todas se referían al sapo fabuloso que todos oyeron coaxar en la misma forma, en el mismo sitio y por las mismas causas.

Viajador incansable de ese camino otras veces descripto, yo he pagado también mi tributo al viejo cerbero de aquella obscura vivienda; he oído su voz, contemplado su negra sombra en el fondo de la cueva y visto el destello chispeante de sus ojos insomnes; me he apoderado de su vida, de su historia y de toda la mitología infernal que su presencia exótica y única en ese recinto ha creado en la conciencia de mi pueblo, que es también la mía, porque tengo su propia alma. Así, cuando en la siesta radiante, jinetes y bestias de-

tiénense allí de la ascensión ó del descenso de las cimas, buscando unos la sombra del árbol, otros el alivio fugaz de su sed y su fatiga, óyese á distancia, al escuchar los pasos que se acercan, el eco ronco y profundo del sapo, de alarma á un tiempo y de anticipado reniego por el consumo del agua que él cuida como guardián y, según mis paisanos, administra como dueño.

¡Y qué miserable y mala es su mercancía, y cómo la economiza y regatea el avaro señor del tesoro subterráneo! Pero un viajero honrado sabe que la deuda de agua para su mula es deuda sagrada: la cobra el destino y la ejecuta la *puna* implacable, porque al remontar las empinadas cuestas, ó al bajar hacia los espantosos abismos, la brava bestia cae extenuada de fatiga, ó se derrumba sobre desconocidas grietas de la senda abrupta. Generaciones y más generaciones la recorrieron del oriente al ocaso y del ocaso al oriente, desde que en esas regiones imperó el Inca en la tierra y el Sol en las almas; y todas, al fin, consagraron el tributo en favor del monstruo que impertérrito lo reclama con su acento imperioso é iracundo.

Á veces creeríasele temeroso de ver exhausto para siempre ese manantial de vida; de tal manera aumenta su furor al sentir acercarse las cansadas mulas con las fauces y narices secas, dando

resoplidos desesperados, ansiosas del primer sorbo de agua insípida y amarillenta, que gota por gota surge del antro cuya entrada cierra el hórrido batracio.

Mas los arrieros, fieles á la tradición de la comarca, le dirigen palabras de reparación, promesas de pago y también frases de afecto, nacidas de la más santa é ingenua sinceridad; y mientras asidos de la rienda y suelto el freno las bestias sacian su sed voraz, entablan con el dueño oculto del agua, los más misteriosos diálogos que he tardado mucho en poder traducir. Aquél concluye al fin por serenarse: sus gritos ásperos y terribles se cambian en refunfuños entrecortados, y luego en un gruñido grave y hondo como el de fiera que se aplaca, ó como el vago rumor de una tormenta que se aleja. El charco se queda seco; y al emprender de nuevo la escabrosa ruta, nadie olvidará la despedida al hosco morador del peñasco, que responde no se sabe si con un «adiós» cavernoso y malhumorado, ó con una blasfemia digna de un sapo á quien se acaba de arrebatar, una vez más, el agua reunida en su palangana de barro, donde puede siquiera, al ver reflejada su forma, imaginarse una compañía de su especie de la que le separara, acaso para siempre, una implacable sentencia.

Y la soledad honda, suprema, absoluta, vuelve á

imprimir en el valle su invisible y soporífero aliento. La soledad que rodea la gruta del cautivo tiene un lenguaje y un constante rumor, el de todos los seres que viven la vida del páramo, armados de flechas, venenos, babas, púas, garfios, tentáculos, picos ó garras, para la defensa y el ataque, para cumplir la misión fatal de la lucha y del estrago. Cuando el sol del estío, abrasador y reverberante, se detiene sobre el estrecho recinto é impone al mediodía el sopor y la quietud de la profunda noche, reduce las sombras de los árboles y las rocas á su proyección vertical, extrae de las más hondas cuevas y los más tupidos ramajes el aire de la respiración, evapora la humedad y vuelve á la tierra la impresión del volcán recién apagado, entonces comienza á escucharse el concierto de las voces y apercibirse el movimiento de las vidas del yermo solitario, donde el sapo fabuloso cumple su interminable condena. Ellos lo circundan, lo cercan, lo espían, lo acechan, lo burlan, lo zahieren, lo hostilizan, lo insultan, lo aturden, lo tientan, lo maldicen, le forman en torno un estrépito ensordecedor. Validos de su infranqueable prisión, le arrojan dardos, le tiran saliva ponzoñosa, le beben ó dispersan el agua y vienen hasta su puerta á mostrarle manjares exquisitos que no gustará, ó á imitar cantos amorosos á que nunca podrá responder.

Por allí, cerca del fondo de un nido de cuervos, espinoso y árido, asoman sus cuellos de iris las serpientes de cascabel, las víboras de la cruz y las culebras de mosaico, y bajando en espirales rápidas ó perezosas vienen á sentir el fresco del charco, y á ofender con sus chirridos penetrantes, con sus miradas y sus lenguas de fuego, al enemigo aherrojado. Como exhalaciones de un incendio cruzan sin tocar con sus vientres el suelo escaldado los lagartos veloces, huraños y tímidos, pero que irritan con la ridícula amenaza de su aspecto bravío. Después, á manera de pulpo velludo, balanceando su cuerpo redondo sobre sus largas y curvas patas, negra, con reflejos azulados, violáceos ó rojizos, asoma y se acerca al grupo la araña espantosa y terrorífica, que en descriptivo lenguaje llaman los naturales *plus-plus*, y por su tamaño gigantesco, por el susurro espeluznante que produce al abrir su boca famélica, y por el flúido eléctrico que brota de su cuerpo, siembra á su paso el terror, no sólo entre los pequeños, sino entre las demás potentes alimañas de la comarca. Y es tan viva la impresión de la rabia, del veneno, del odio que esa bestia despide de sí, que se espera por instantes verla convertida en una llama que se incendiase al influjo de sus propios humores.

Hacia arriba, acercándose á las regiones del

vuelo, sólo las pueblan aves rastreras ó impotentes, hechas á las abstinencias prolongadas de la miseria, durante las cuales languidecen de hambre ó de sed, hasta que rueda al foso la res cansada ó la mula viajera, rendida por el trabajo; y entonces, cuervos hediondos y caranchos tan desairados como pretensiosos, bajan á arrancarles, con crueldad que sólo el hambre explica, los ojos todavía húmedos y los intestinos humeantes, que luego van á engullir á escondidas, cual si aun quisiesen ocultar su miseria, ó un vago y remoto recuerdo de su alada estirpe les inspirase un movimiento de decoro; quizás, por fin, sólo sea por estar más seguros contra arrebatiñas de otros huéspedes temibles en semejantes festines... Pero todo este conjunto de escenas, de personajes, gritos y espantos se desvanece al punto, cuando al caer la tarde ó por una súbita inflamación de su cólera secular, el cautivo se pone á exhalar sus estentóreos mugidos, que hacen vibrar las capas graníticas y ponen en dispersión, como al anuncio de un común desastre, á todos los moradores del suelo, de las ramas ó del aire: es la voz de una divinidad irritada, á que prestan resonancia inmensa las cavernas, las tempestades dormidas y las potencias diabólicas que residen en el fondo del granito.

III.

VOCES Y CANTOS.

Como las razas de hombres que pueblan la tierra tienen su grande cantidad de idiomas, nacidos de causas íntimas ó externas, pero siendo todos una traducción de las voces y cantos de la naturaleza animada, esta raza antigua y augusta de los batracios, tan difundida y tan variada en sus especies, según los testimonios de la poesía, de la tradición y de la ciencia, posee también lenguajes que en vano han pretendido interpretar y reflejar en sus signos las sabias lenguas de todos los tiempos.

Aristófanes, para reproducir una frase, ha necesitado combinar sílabas cuya onomatopeya depende más de la intención del lector que de su propia virtud. Ovidio y Fedro se ocupan más de su concepción ideal que de copiar los acentos del misterioso idioma de los lagos, que tanto ha enriquecido á la fábula. Es que en esas lenguas hay más que palabras: hay una música secreta, vedada al oído del que no nace y vive en la compañía de los seres que las hablan y las cantan; tienen una clave mágica cuya revelación se hace sin sentirlo en el transcurso de la vida silvestre, en la continua confidencia del paisaje y de las brisas ligeras, en

su incesante repetición por los pájaros imitadores de cuanto ruido, nota ó melodía pueden brotar del seno fecundo de la tierra y convertirse en una sensación. Así, no es extraño que los arrieros de mi Provincia puedan conversar con el sapo majestuoso de la gruta, y celebren con él, no ya los convenios transitorios del comercio de aguas, sino los coloquios ya amistosos, ya airados, á veces, que su vario humor les sugiere. ¡Es tan difícil penetrar en las intimidades de esas existencias silenciosas, en perpetua contemplación, en meditación interminable sobre mil problemas ignotos! pero sólo ellos pueden comunicarse y comprenderse, aún sin pronunciar las mismas palabras, sin emitir los mismos sonidos. La difusa vibración del aire, la obscura armonía de sus almas, la simpatía ó identidad del ambiente común, les llevan sus pensamientos, sus intenciones, su espíritu.

Nuestro héroe prisionero, en el trato de tantas generaciones peregrinas por las sendas de la montaña, ha aprendido mucho y ha hecho popular su vocabulario, que tiene más de canto; si bien los tonos agudos y las frases complicadas no le son habituales, pues en la confusión de lenguas acaecida en su raza, á los de su familia les tocó la más grave, la más solemne, la más religiosa. Con la gracia y la delicadeza de las formas, la divina potestad favoreció á las ranas con las voces y

las notas más flexibles, armoniosas y variadas cual si hubiese querido destinarlas para los papeles más difíciles de la inmensa orquesta de las lagunas y pantanos, en las noches luminosas y serenas. Pero allí no es permitido percibir estos grandiosos conjuntos que expresan clamores históricos de ese pueblo innumerable; allí sólo se escucha una voz, una sola, profunda ó estruendosa, somnolienta ó vaga y dulce, según la inspiren las negras sugestiones de la caverna inferior é infinita de su cárcel, ó evoquen sus altas sensaciones los fenómenos, espectáculos y reminiscencias del mundo superior, en que naciera y gozara con sus compañeros las delicias de la infancia, de la juventud y de la vida colectiva y libre de las corrientes mansas, las umbrías acuosas de las grutas, las moradas escondidas en el fondo de los lagos montañeses.

Cuando tuve noticia de esta fabulosa vida, fué en uno de mis viajes. Muertos de sed, al mediodía, escalábamos una cuesta resbaladiza y polvorosa, cuando al tropel de las herraduras, oí surgir como un griterío de alarma del paraje ya descripto, ásperas y estridentes voces semejantes á las del blanco centinela del Capitolio:

— *Klo-ooo, klo-ooo, klo, klo, klo*... Á las cuales mi viejo criado, el arriero Jonás, contestaba desde lejos con su tono más amable y casi fraternal:

— ¡ Hola, amigo, está enojado ! ¡ Somos muy pocos, no le hemos de acabar el agua !

Y era que los ecos del valle, al reproducir el rumor de la marcha, hacían creer en número mucho mayor de cabalgaduras que las tres que nos conducían. Por eso, apenas llegamos á la sombra de un quebracho vecino al manantial, y Jonás llevó sus mulas libres del bocado á hacerlas beber, entabló con el anciano señor del agua el diálogo más sencillo y elocuente que he oído, á pesar de su doble idioma:

— ¿ Por qué se ha disgustado, mi patrón; que no conoce á su amigo viejo, que hace más de cuarenta años que lo visita y le compra el agua, sin deberle nada nunca ?

— *Grooo*.... murmuró el interrogado, replegándose en su inmensa piel granulosa, y como corrido de rubor.

— Parece que hoy no han pasado por acá muchos viajeros, el pozo tiene mucho...

— *Kloáaa, kloáaa, kloáaa, klo, klo, klo* ... fué la respuesta, en voz baja, tranquila, confidencial, en la que refería que por la mañana pasaron caminantes y le hicieron apenas gasto del escaso y precioso líquido.

— ¿ Á que se fueron debiéndole, qué apostamos ? — exclamó el arriero con la viveza triunfadora del que adivina, y mostrando sus blancos dientes intactos.

—*Kroo... kroo... kroo...*

—Bueno, amigo, si empieza por fiar, no va á andar bien la cuenta... Luego se va á enojar con todos, con los que nunca le hacemos deuda... y nos va á negar el agua...

—*Gro, gro, groáa*—contestó el buen sapo, casi conmovido, para asegurar, sin duda, á su visitante, que sabía hacer la diferencia entre los buenos y los malos pagadores.

—Porque, ya sabe, yo soy muy honrao... aunque otros le engañen, yo no le he de faltar.

Y como las mulas siguiesen sorbiendo el agua del charco sin descanso y amenazasen excederse. no se hizo esperar la advertencia del propietario que, alzando la voz y más imperioso, mandó retirarlas, diciendo: «Basta, basta, no me sequen el agua».

—*Krokroá, krokroá, krokroá!...*

—¡Bueno, bueno, no se enoje, ahí tiene la plata, y hasta la vuelta!

Cuando partimos, el solitario lo sintió hondamente. Jonás era su mejor amigo; se estimaban con sinceridad indudable, y la voz del viejo arriero, oída de tiempo en tiempo en la soledad espantosa de la naturaleza, parecía despertarlo á un mundo nuevo, evocarle recuerdos amados y reconciliarle un instante con aquella vida cuyo término él mismo ignoraba...

La tristeza de su despedida se manifestaba en un vago murmullo que surgía del fondo del antro, como si llorase y tuviera miedo de darlo á conocer. Entonces, más sereno y cual si quisiera conservar por largo tiempo la grata impresión de las palabras amigas, se quedaba mudo, y el valle entero parecía sumergido en un sueño sepulcral. Sólo á largos intervalos se oyen brotar en la cueva los hondos gruñidos del monstruo aprisionado, que sueña, acaso, con las venturas de la libertad, con las excursiones heroicas ó las quietudes voluntarias del estanque, oculto entre los impenetrables laberintos del juncal.

IV.

MÚSICA NOCTURNA.

Mas la noche de la montaña tiene para el cautivo encantos supremos. Amigo de la sombra, engendrado y nacido para ella, apenas puede soportar el corto reinado de la luna, que tanta alegría evoca en las demás criaturas de su comarca. Cuando el astro apacible recorre el breve espacio entre las dos cimas de Occidente y Oriente, y parece detenerse un instante en el cenit del valle profundo, el tenebroso habitante de la gruta esquiva sus claridades amorosas, y como Mefistófeles, des-

deñando esa sugestión dulcísima, corre á refunfuñar en lo más hondo de su vivienda. Es que resuena en su oído, como una maldición funesta, el coro apasionado que se alza de todas partes á esa divinidad del firmamento, para quien se improvisan de súbito cantos nunca escuchados, y se reunen para enviarle, en acorde colosal, el íntimo anhelo de todos los seres y de todas las cosas. ¡Ah! pronto volverán las noches obscuras y tenebrosas, en que el valle circular se sumerge en la tiniebla más tupida, y en que los vientos y las alimañas encerradas en aquel cráter estrecho, se revuelven y se chocan, desgajan los árboles y derrumban los espinosos cardones, silban estridentes las culebras con chirrido agudísimo, y después de un rato de estragos y de horrores, hirviendo allí como en olla gigantesca, el vendaval se apacigua, se va, y queda el recinto penetrado de su infernal aliento. Entonces, sobre el campo de la confusión y del torbellino, asoman las estrellas, y su luz lejana, inofensiva para el noctámbulo eterno de aquel paraje, impone á la naturaleza el aspecto religioso de un templo inmenso, sin límites, sin fieles, pero cuyas luces, que cuida un dios ausente, cuelgan de la bóveda infinita del mundo.

Es la hora del canto, del recogimiento, de la reminiscencia, de la transfiguración; el viejo y encadenado monarca de su raza arroja al cieno

la pesada máscara de la protesta y del encono, para volver á ser el soberano vencido en la lucha mitológica que la leyenda ha imaginado, cuando era dueño de una multitud innumerable y acaso de un porvenir divino. Ilumínanse de pronto sus grandes ojos con la roja luz del incendio, sus rayos rasgan la sombra del valle desde la puerta de su cueva, y agrandados por la irradiación de la atmósfera, brillan á distancia como dos planetas incendiados de un firmamento ignoto. Ya le conocen los otros habitantes de ese recinto apartado; saben que es el momento de la solitaria magnificencia de un semidiós caído, y el silencio de la muerte se hace en torno de la gruta para escuchar el canto profundo, monótono, grave y religioso, que llena con su repercusión solemne los ámbitos y estremece las desnudas paredes del granito.

Para interpretar esa música de notas sucesivas, muchas veces prolongadas por larguísimo tiempo — cual si evocara un sueño interminable, ó quisiera hacerse oir de alguna divinidad remota, ó de toda la multitud de sus semejantes dispersos sobre el mundo — es necesario hallarse iniciado en la liturgia, en los misterios sagrados de la leyenda primitiva, y poseer la intuición de la tierra, de la montaña, de la superstición y de la creencia transmitida de siglo en siglo. Aquel recitado que dura

largas horas expresa, en la sencillez de sus tonos y en las escasas variantes de la nota inicial, todo el dolor de la prisión eterna, la ansiedad insaciable de la viudez sin esperanza, el odio concentrado por siglos contra sus adversarios implacables, los amargos recuerdos de la libertad y del poder perdidos, y sus intermitencias violentas y horribles que siembran el espanto en la negra noche, las explosiones iracundas, estentóreas, pavorosas de su indignación, de su protesta y de su cólera.

No ha inventado el hombre, si no es en el órgano de las grandes catedrales, el instrumento musical capaz de reproducir aquella profunda sonata, cuyos acentos, nacidos de las entrañas de la tierra, del alma oculta y sombría de los abismos, del ansia suprema de seres sin palabras — signos ellos mismos de un idioma ignoto que en tales voces se revela — adormecen y arrullan, conmueven y sacuden la montaña en las noches sin luna, pero encendidas de estrellas. ¡Oh, sí! aquel sabio pintor de la naturaleza, fué cruel é injusto con la ilustre é infortunada familia de los batracios bufónidas, cuando afeó su canto y concitó contra ella el desprecio de las gentes; cruel, porque ignoraba las desventuras que la hicieron venerable, é injusto, porque, cual crítico incipiente de arte, juzgó de las aptitudes de toda una raza por algunas espe-

cies venidas á menos, por predilecciones hacia las voces femeninas de las ranas, y sin bastante experiencia de lo que llamaremos la geografía musical de los batracios.

Verdad es que no son extrañas á los poetas, en verso ó en prosa, ya sean Lafontaine ó Buffón, las idolatrías de los antiguos maestros de la fábula ó de la epopeya, ni el espíritu de imitación, ingénito en el alma humana, fué ajeno á los más ilustres padres de la poesía. El evangelio mítico de Ovidio recorrió los siglos, modeló la literatura de todos los tiempos, como la creación genésica de Esopo, transportada por Fedro entre los latinos, se reproduce sin fin á través de las edades y de los más diversos idiomas y países. Ignoraron aquellos dos poetas los diferentes órdenes de la vasta república, y confundieron bajo el peso de las primitivas maldiciones á ranas y sapos de toda forma y caracteres. Entre tanto, los pérfidos pastores de Licia que negaron el agua á la diosa madre perseguida de Juno, que les suplicara jadeante de fatiga y de sed, en ranas fueron convertidos por justicia celeste, y á vivir eternamente entre los estanques y los charcos:

et nunc quoque turpes
Litibus exercent linguas; pulsoque pudore,
Quanvis sint sub aqua, sub aqua maledicere ten ant.
Vox quoque jam rauca est; inflataque colla tumescunt;
Ipsaque dilatant patulos convicia rictus.

Y cuantas veces elevaron plegarias á los dioses inmortales, recibieron el castigo de su pasada infamia ó la lección terrible por su impía conducta. Tal fué siempre, y traidora, en toda relación con los demás animales que buscaron su ayuda ó creyeron en sus promesas, como atestiguan Aristófanes, Esopo y Fedro y todos sus glosadores, quienes si alguna novedad pusieron en sus relatos, fué la del testimonio secular sobre las cualidades originarias de aquella familia. La hipocresía, la maldad refinada, la vanidad, el orgullo, la ambición, la mentira, la astucia desleal, son las virtudes excelsas con que la *rana loquax* atraviesa el mundo y llena las crónicas de la fábula. Mas fueron dotadas con la gracia femenina del canto y del movimiento, y con el dilatado imperio de las aguas serenas; y esa merced incomprensible de los airados dioses, es la eterna causa del engaño, de la seducción y del dominio en la conciencia de historiadores y poetas, y de la sombra y del santo horror que arrojaron sobre sus parientes mayores de nombre masculino.

¿Ha llegado acaso la hora de las vindicaciones justicieras? Un sabio argentino, espíritu candoroso y honesto, como embebido en la ciencia, ha quebrado la primera lanza en defensa de otro ilustre calumniado de la estirpe batráquida, el Escuerzo, á quien se atribuyen crímenes é instintos

feroces y mortíferos, acaso por juzgar de apariencias, siempre engañosas, y por atribuir á perversidad los naturales derechos de la defensa, concedidos sin límites hasta á la más humilde de las criaturas: el hombre. ¡Á tanto puede alcanzar el efecto del ultraje y la provocación, que aun seres inofensivos como el célebre *Uperodon ornatum*, llegan hasta encresparse en manera extraordinaria « á no soltar el objeto que muerden sino ante la fuerza superior, á dar gritos que causan espanto, y aun se afirma que estalla de cólera ».

Llevemos su reparación á los últimos términos, ahora que la crítica ha dominado tan vastos dominios, y salvemos de una condena inicua é inmemorial de ajenos delitos, á una raza fuerte y robusta que nunca manchó sus anales con pérfidas hazañas, ni sirvió de alimento á la sátira indigna de la epopeya augusta — á ninguna *Batracomiomaquía* — y en cambio, ha sabido sufrir con heroica resignación su negro destino y el estigma universal del desprecio y del escarnio. Por fortuna, la virgen América descubre para la historia un campo nuevo á la acción de esa raza, la cual, vinculada en su origen con los dioses de la tierra, elegida por tipo de divinidades regionales que tuvieron durable imperio en las almas, da existencia á una de las leyendas más sublimes que sea permitido al hombre conocer.

No fué la majestad y gravedad de su canto la menos maravillosa de las cualidades que le hicieron adorar de las naciones primitivas, sino también su fuerza y sus formas graníticas, los prestigios mágicos de sus colores y de sus miradas ígneas; de tal manera, que el mismo rey de las eternas y raras metamorfosis, el divino Zúpay, el Luzbel andino, eligió mil veces su imagen como modelo de sus místicas encarnaciones. Y así fué su gloria, y tan puro el brillo de su estrella, hasta que la propia grandeza le inspiró la osada tentativa de la rebelión, origen nefasto, allá en los días inenarrables de la infancia del mundo, de su ruina y de su inmensa desventura.

Mas antes de transmitir la revelación maravillosa, hablemos aún el lenguaje de los profanos, y hagamos ver más clara y distinta la figura del ser sobrenatural, encarnado en el cuerpo de un gigantesco « bufo marino », hórrido, « bombinator », que da su esencia y forma al relato milenario

V.

CIENCIA DEL PUEBLO.

Cuando la ciencia quiera alumbrar los misterios de vidas sobrenaturales, debe acudir también á los elementos incorpóreos, á esas fuerzas invi-

sibles que en la humana criatura son origen de acciones divinas ó fantásticas, y que por la perpetuidad de la tradición se convierten en principios, en dogmas, en leyes. El sabio contemplará con el microscopio las infinitesimales divisiones de la materia, mas escaparán á su alcance los caracteres psíquicos, residentes no ya en el cuerpo que analiza y diseca, sino en las almas de todo un pueblo, de una nación, de la humanidad entera. Y aun el análisis material resultará inseguro, pues nunca podrá afirmar que conoce cada uno de los individuos de cada especie, y en aquel olvidado ó desconocido, se hallarán nuevos rasgos que le induzcan á deducciones diferentes. ¡Lástima grande que los exploradores de nuestra fauna no hubiesen buscado los consejos de la ciencia popular, y sorprendido en su refugio inmemorial la « especie » — diremos como ellos hablan — que anima estas páginas! Pero concurramos á la riqueza de sus catálogos, y en el cuadro de las 57 especies de Berg, agreguemos esta línea:

58. Bufo diabolicus ignotus. — Riojæ

La descripción sistemática no se fundará en la observación anatómica, sino en la externa, y en una visión lejana ó indecisa, pues no hay memoria de hombre de que nadie lo hubiese contemplado de cerca, y sí sólo á través de la estrecha

abertura de su morada sombría. Su magnitud, según el testimonio de los ojos á través de la vaga luz que penetra en la gruta, es superior á cuantos registran los sabios y los museos y sin ofensa por el enorme *Bufo marinus*, descripto por Schneider y nacionalizado por Berg, puedo afirmar que por su corpulencia, su estentórea voz, su longevidad y su poder, pertenece á la familia regia y ciclópea de los *Bufonidœ Magnœ*, que ilustran y llenan la historia natural y divina de nuestra América, desde que aparecieron en su suelo los primeros seres animados, hasta el ciclo de las revoluciones y guerras que causaron su caída y la dispersión de la raza. El mismo Zúpay — ya lo anuncié antes — se vistió muchas veces para sus pontificales con las venerables formas y atributos de su estirpe; y así, en el fondo de la huaca tenebrosa y ardiente, entre el inmenso, confuso, hórrido y ensordecedor estrépito de las asambleas infernales, imponía respeto la colosal Majestad de las cavernas, y al exhalar sus gritos de tempestad y de imperio, hacía temblar los montes, acallar el concurso y sembrar el terror sobre las comarcas vecinas.

Y allí está, desde su derrota y su cautiverio, encerrado en el hueco de una roca, separado de toda comunicación y trato de sus semejantes, privado de los placeres y dolores inherentes á la

vida libre de los estanques, de los matorrales y los remansos tranquilos y, siempre de acuerdo con la observación mediata del pueblo, olvidado ya de las leyes innatas que perpetúan las generaciones. Su alimento es un misterio para las gentes; creen unos que espíritus siniestros y noctámbulos le asisten en su soledad; otros que el irresistible poder magnético de sus pupilas contráctiles atrae hacia sus fauces abiertas millares de insectos errantes; y los que nunca vieron este trágico tributo, le juzgan más dichoso y regalado, porque le dan por comida los licuosos gusanos de las tierras húmedas, los hongos blancos y violetas que ya llevan el nombre comprensivo de « sombrero de sapo », y también las doradas y sabrosas algas y raíces, que viven en los senos remotos de las aguas subterráneas y se dispersan como miriadas de líneas, de fibras, por toda la epidermis del planeta. Así se explican todos, por sus propias afinidades, ó por los caprichos de su imaginación, más ó menos lógica, los efectos de semejantes sistemas nutritivos sobre aquella existencia. Y al fin de tanta congetura, sólo se logra aumentar la confusión, ennegrecer el misterio y agigantar el dominio de esa fuerza indudable de lo maravilloso y lo fantástico, nacida con el hombre y antes que el hombre.

Hijo autóctono de la tierra andina, por más que

reconozca parentescos en la historia de otros continentes, como las razas humanas, él está ajeno á todo cuanto se escribiera para denigrar á sus semejantes. Pertenece á otro mundo, á otro génesis, á otra leyenda y á otra historia. Cuando las gentes de la anciana Europa hicieron irrupción sobre los pacíficos reinos de esta Tierra Ignota, comenzó la mezcla, la fusión, la metamorfosis de las antiguas y las nuevas creencias y doctrinas; y á los mudos pero elocuentes relatos, epopeyas y romances de la piedra, del geroglífico y del quipu, los hombres blancos constituyeron las fantasías escritas, las hazañas imaginadas y la fábula moral y predicante; y á falta de personas de su raza que les ofrecieran los caracteres y las acciones dignas de imitación, hubieron de recurrir al alma y á la vida de los animales; y aun así se atreve á llamarlos «inferiores», para marcar entre él y ellos una fingida y vanidosa diferencia.

Mas la fábula así creada y transmitida, no es sino un reflejo de la humana historia, en la cual el hombre, para ennoblecerse y divinizarse, no hizo más que atribuir á la inteligente, honrada y laboriosa república animal todas las impotencias, las maldades y los vicios que afeaban el manto ideal de su soberanía. Y acomodando la ciencia á sus pasiones y á la eterna comedia, á manera de

inagotable *deus ex machina,* calificó y describió á todos los demás seres de la creación con atributos sólo existentes en su propia fantasía, en la primaria concepción exterior de la naturaleza...

Por fortuna, y por las causas maravillosas que dan asunto á estas páginas, la especie nueva, á la cual pertenece como representante prototípico el sapo solitario, escapó á las curiosidades y á las imputaciones de la antigua ciencia, sobre la cual alzó sus edificios de oro y. pedrería el arte poético de Esopo y Fedro y sus innumerables discípulos, imitadores y plagiarios. Así, para completar la pintura de nuestro ejemplar único y precioso, diremos que no le tocan las míseras cualidades con que á su raza adornaron los clásicos ilustres, desde Virgilio hasta Odon de Ceritona: rastrero, avaro, tonto y consentido de su hermosura, venenoso, repugnante y otros mil fueron los más suaves adjetivos inventados para él en sus doctos vocabularios.

En el gran congreso referido por el fabulista medioeval, el bufo revelóse así quizás por alguna rara visión interior no comprendida, cual si se creyese el más bello de los animales y se hallase retratada tanta perfección en su hijo : —«*ille que pulcherrimus est inter omni animalia est filius meus*» ; — mas como no lo fuesen así, ni la paloma alba, ni el espléndido pavo real, hubo de descifrar

el enigma, sentenciando en el mismo latín degenerado: « aquel que tenga la cabeza igual á la mía, el mismo vientre, las mismas piernas y pies, tal será el hermoso hijo mío ». Lo cual, referido con asombro por los oyentes á un viejo y sabio león de la comarca, respondió que en esto nada había de extraordinario, desde que « *ki crapout aime Lune li semble* »; ó en lengua más clásica:

Si quis amat Ranam, Ranam putat esse Dyanam.

¿Y quién podrá menos de bendecir estas engañosas y santas alucinaciones del amor paternal, que tiene la virtud de hermosear los defectos y corregir los errores de la naturaleza, no siempre pulcra en el detalle? Si el espíritu de injusticia heredado de nuestros mayores, quiso hacer del sapo la expresión de la fealdad y del horror, y de exhibirle al mundo como ridículo ejemplo de una auto-sugestión de hermosura, la experiencia secular atestigua que los hombres imaginan siempre el fruto de su amor « *candidus et rubicundus electus ex milibus* », y á los renacuajos de su inteligencia, por lo menos cual mirlos de nieve ó aves del paraíso.

LIBRO SEGUNDO

LA LEYENDA

VI.

SUEÑO DE FECUNDIDAD.

Allá, en tiempos anteriores á toda noticia, cuando Luzbel, bajo su nombre quichúa de Zúpay, reinaba sin límites y desplegaba sin medida sobre la ignorada tierra de América toda su ciencia prodigiosa: cuando el imperio diabólico se dividía y multiplicaba en innumerables estados y jerarquías, representados por su soberano propio, regional ó genérico; cuando el Anti colosal, cuyas cumbres albergaban entre sus nieves y sus nubes enjambres de dioses que hablaban en el rayo, en el trueno, en la lluvia, en el viento, en la luz, en los ecos y en las irradiaciones infinitas del sol sobre este mundo virginal; cuando en las inmensas cavernas subterráneas se congregaban al resplandor de las hogueras millares de divinidades, poderes y fuerzas de la naturaleza, de mil formas animales ó humanas revestidos, á deliberar sobre suce-

sos pasados ó futuros, sobre los cambios terrestres, las inundaciones, los terremotos y las pestes contra la especie humana, dominadora siempre é insaciable; cuando este continente desbordaba de vigor y de rumores victoriosos, y todos los seres vivían y extendían en libertad sus potencias orgánicas y sociales, ocurrió en la vasta región del Anti, asiento principal del imperio sombrío de Satanás difundido en los senos inescrutables del granito, una agitación extraordinaria que fué causa de innumerables sucesos y caracteres en los siglos futuros, y en la historia de las naciones de hombres aparecidos sobre la tierra, de diversos orígenes, colores y costumbres.

Cuentan los anales de aquella época, que el Diablo, supremo señor del reino animal terrestre y subterráneo, erigió dos noblezas sobre todas las criaturas á su yugo sometidas, eligiéndolas entre los reptiles. Los Ofidios y los Batracios fueron los ungidos por su gracia superior é incontrastable, para tan alta distinción; y era señal y prueba de este favor el hecho de que, como no quisiera aparecer ante las cortes y congresos con sus tristes atributos de serafín desterrado, adoptaba como forma ó vestidura regia, ya la del monstruo bíblico que realizara la victoria del Edén, ya por más solemne ó trágica, la de un sapo corpulento y abigarrado, cuya espalda de verdosos y amari-

llentos reflejos, cuyo vientre blanco ó violáceo y cuya cabeza triangular y ojos exaltados, satisfacían las exigencias aparatosas de las grandes congregaciones que debía presidir sobre un trono resplandeciente.

Mas no se oculta á la engreída aristocracia sacerdotal de los Batráquidas, la preferencia de su señor por la otra rama privilegiada, la de los Ofidios, cuya forma había usado en tiempos y sitios remotos, hasta hacer de ellos la imagen misma de su culto en gran número de países y civilizaciones extraños á este suelo, y mantener en las almas dominadas por su prestigio la noción de sí mismo, en la figura de aquella casta nacida de la misma voluntad creadora de todas las cosas *(aquæ reptilia)*. Recordaba también que el monarca se apareció en el Cuzco á los naturales, armados en guerra de conquista, bajo la forma gigantesca de la serpiente *Uscaihuai*, tan grande como un muslo de guerrero, revestida de pelo como cerda, con cabeza de venado, pies de lagarto y cuya « cola era tan larga, que desde la cabeza no podían ver su extremidad extendida en tierra llana », y que así hiciera perpetuar su adoración por todos los vientos, se grabara en los muros de los templos, las huacas y las fortalezas. Entre tanto su rival, pues lo era en el propósito, no alcanzaba iguales predilecciones, y sus virtudes y fuerzas eran reservadas sólo para

las maravillas de la metamorfosis, como materia fusible en la olla de los cocimientos sabáticos, dentro de la cual se realiza la transubstanciación de lo natural en lo divino, de lo animal en lo humano, y de cuya humareda sulfurosa, pestilencial, surgían las visiones, los fantasmas, los conjuros, las plagas, los espíritus buenos ó adversos al hombre y demás criaturas.

Ya el espíritu creador del universo, esa luz inmortal del espacio, el dios Inti, radioso é invencible, había señalado á las dos razas un dominio distinto: á unos, á los Ofidios, les entregó el de las tierras que pudieran minar con sus galerías estrechas é interminables; á los otros les destinó la soberanía de las aguas que hubiese en las tierras ó debajo de las tierras, en tanto que en su reproducción indefinida pudiesen ocuparla. Mas ambos al separarse conservaron algo de nostalgia de su primera condición: de manera que la serpiente busca á menudo el consuelo de las linfas transparentes y frescas, donde le place bañar su relumbrante y coloreada piel; y la monotonía de las aguas y el hielo y la escarcha de sus senos tranquilos, impulsa á sapos y ranas á abandonar sus celdas líquidas para vagar libres sobre las praderas musgosas, bajo los follajes sombríos y sobre los céspedes dorados de las orillas.

Al antagonismo de origen venía ahora á agre-

garse una extensa y tenebrosa rivalidad política, fruto de una preferencia injusta que acaso naciera de uno de los mil caprichos de su soberano, tan variable de humor como despreciativo de toda equidad y armonía. Y el príncipe de la fuerte y ya innumerable casta batráquida, concentrado una noche en meditación profunda en el fondo de un lago montañés en cuyo asiento de lajas se retrataban inmóviles las estrellas, se decidió á perseguir la reivindicación de sus fueros, la integridad de su soberanía, el respeto de su alcurnia, ya fuese por el hechizo, ya por el recurso más doloroso. pero más eficaz, de la guerra. ¡Ah! mas sería grande, universal, imperecedera aquella revolución ideada, que llegaría hasta el trono mismo del rey de toda fuerza y magia ocultas, y quizás hiciese vacilar sus seculares cimientos.

Medio adormecido se quedó, allá en su retiro transparente, sobre cuyo fondo reposaban los astros, y envuelto por las irradiaciones de la vía láctea, á la hora en que Orión depositaba su cinto de brillantes á su lado y ponía al alcance de su brazo la flamígera espada. Y vinieron á aumentar los encantos del ensueño y á prolongarlo por muchas horas, los coros lejanos, repetidos por las laderas sensibles, de todas las lagunas, estanques y corrientes mansas, que al entonar las preces nocturnas á las maravillas de la tierra y del cielo, se

transmiten en forma musical variable, las impresiones, los pensamientos, los delirios de la contemplación y la vigilia, bajo los climas y las reverberaciones tropicales. El sueño cerró las pupilas del héroe solitario del reino acuático, y comenzó entonces el despliegue espléndido y fantástico de su futura grandeza, la que ganaría con sus victorias, cuando sus ejércitos fuesen tan numerosos que cubriesen toda la tierra, y derribados de su privanza los Ofidios y convencidos de su poder superior el soberano común, llegase á entregarle la guardia de sus tesoros, de sus reinos, de sus alcázares, de sus fortalezas, y la posesión de sus secretos más recónditos de su ciencia impenetrable; por la cual trastorna los montes, cambia la esencia y la forma de las cosas y de los seres, muda las almas, tuerce los corazones y las inteligencias, y convierte en hermosura deslumbradora la horrible fealdad, improvisa con un conjuro ó un gesto miriadas de servidores alados ó rastreros, visibles ó invisibles, terrestres y marinos ó subterráneos, y nubla á la misma noche con bandadas negras y fétidas de aves noctámbulas, surgidas de las grietas y las grutas donde se esconden del sol y se lanzan á hartarse con sangre humana que chupan como sanguijuelas, con leche materna que usurpan á los niños, con zumo de huevos que roban á las aves en sus nidos.

Cuando todo esto se realice y sea dueño de tan maravilloso poder, entonces, transformándose él y su raza en querubines alados, será señor de todo lo que pueble la tierra y el espacio, el mar y las montañas, las cavernas y los astros, y un solo acorde infinito, universal, de arpas y voces etéreas ensalzará su nombre y la gloria de su pueblo por siglos y más siglos.

Y cual si el pensamiento se convirtiese en acción, empezó á poner por obra, en sueños, su esplendorosa fantasía. Vió en todas las aguas del mundo multiplicarse los individuos, las especies, las familias, las tribus y naciones de su hechura y semejanza; las madres se volvieron más fecundas, y muchas veces en una sola revolución del astro de la noche, aparecieron las aguas cuajadas de sus redes prolíficas, que luego, al disolverse, echaban á la vida millones y millones de futuros combatientes, los cuales se multiplicaban á su vez y se esparcían por la superficie del globo, buscando aguas desconocidas para poblar. Así se veían como oleadas de sapos, ranas y renacuajos, atravesando en marchas apresuradas las llanuras, los valles, las pendientes y desfiladeros, para ir á tomar posesión de nuevos dominios, para reproducir en ellos la colonización vertiginosa de la cual surgirán un día la regeneración y el triunfo soñados. No quedó un albergue solitario, un hueco

de piedra, una rendija de granito, una concavidad de tronco añoso, ni un charco transparente ó palúdico, ni palmo de tierra en que la gota de agua hubiese iniciado su prodigioso génesis, donde no se escuchase el canto alterado y estridente de la fecundación, y de donde no surgiese hacia las corrientes ó los estanques una nueva legión de soldados para la fantástica contienda.

Al acercarse la aurora y palidecer y borrarse los astros en el espejo de las linfas, y sentir sobre sus ojos la blanca luz de *Punchau-Inti*, de rayos irresistibles, el soñador despertó de súbito, y fué á ocultar la agitación de su sueño bajo la sombra de un nenúfar colosal que se hallaba detenido en su paseo, por un gajo espinoso de la orilla. Mas como aquella visión maravillosa reprodujese con tanta verdad su pensamiento y su designio, empezó á creer en la certidumbre de su sueño, y figuróse que acaso mientras se mantuvo en el seno de las aguas, transcurrieron algunos siglos, durante los cuales se hubiesen realizado tantas maravillas; hasta que una voz familiar, la del viejo sapo adivino de su cortejo, que leía en su mente, como que había asistido al génesis de esa noche, le libertó de dudas murmurando en su oído:

— « Nada ha sido sueño. Todo se fué cumpliendo á medida y con la celeridad de tu pensamiento. El mundo está cuajado de tus ejércitos, que sólo

esperan la señal de la invasión y del derrotero glorioso».

Un grito de júbilo que ningún idioma reproducirá jamás, surgió de la inflada garganta del caudillo batráquida, y saltando sobre los céspedes de la orilla, se puso en camino hacia el lugar estratégico donde convocaría á sus legiones innumerables y retaría á muerte á sus contrarios. Era en la región del Anti, alta, riscosa, surcada entonces de mil torrentes fecundantes y lagos encerrados entre serranías vestidas de verde y oro; habitadas por mil pájaros multicolores y polífonos que adormecían la naturaleza; matizadas sus laderas y recintos por flores olorosas, musgos y helechos donde la esmeralda y el oro se debatían en combinaciones infinitas; y allí fué á buscar, por la proximidad de las líquidas fortalezas, su campo de batalla, el príncipe rebelde, porque hacia sus profundidades ignotas calculaba arrastrar al enemigo, que en el agua pierde todo su vigor y la virtud mortal de sus armas venenosas. Más le hubiese valido que su sueño fuera menos halagador y desplegado en ambiente menos propicio á las revelaciones de los ecos, de las luces errantes, de los espíritus invisibles de Zúpay, y menos accesibles á las miradas del Ofidio, cuya fuerza penetra los muros más espesos, las aguas más profundas y las tierras más compactas. Por

eso cuando el jefe de los batracios llegó á la arenosa playa elegida por su estrategia de vigilia, sintió helarse aún más las frías y escamosas membranas de su coraza de guerra, al oir en la altísima cuchilla el silbido agudísimo y el estridor horrible de Ofidio, cuyas huestes, congregadas ya por señal tan mágica, arrastraban en silencio, sobre las piedras, las ramas y los cauces de los torrentes, sus cuerpos flexibles, sus anillos elásticos, sus colas puntiagudas y sus cabezas armadas de garfios sutiles, afilados y emponzoñados para el combate. Sobre lo alto de un promontorio sombreado por espesa nube, Satán, revestido de *Uscaihuai,* como en su aparición en el Cuzco, y rodeado por siniestro núcleo de espíritus malignos y deformes, se disponía á presenciar la sangrienta lucha que había de sembrar tanta ruina y desolación sobre las tierras vecinas.

VII.

BATRACOFIDIOMAQUIA.

No podía el monarca receloso de las sombras, contemplar impasible, y sin que se removiesen sus más feroces atributos, aquella tentativa amenazadora, no ya contra la casta privilegiada de su reino y de su magia, sino contra su propio poder

y divinidad. Si antes pudo contentarse al ver la división infinita de su servidumbre, hasta poblar todo el haz de la tierra con agentes de sus irresistibles maleficios, ahora que estos se encendían contra su mismo señor, debía emplear toda la suma de su ciencia más arcana, para ahogar en sangre, en cenizas y en ponzoña tan osada y temeraria empresa. Entonces, dispersando por los campos, las grutas y los precipicios un enjambre de culebras rápidas, fugaces y sigilosas, envió con ellas la voz de alarma y la convocatoria á todas las legiones ofidianas; y mientras el Batracio congregaba las suyas, y disponía que al amparo de la noche se encaminasen á marchas forzadas hacia la montaña elegida para teatro de la lucha, una multitud horrenda de sus adversarios comenzó á deslizarse por todos los caminos y las comunicaciones internas ú ocultas, en dirección al mismo paraje siniestro. Y era de ver en las noches calladas, cuando ambos ejércitos, esquivando los encuentros anticipados, y en multitudes innumerables, que más parecían olas espesas de una creciente animada, cómo las llanuras verdosas, los valles opulentos, las laderas florecidas, las cuestas abruptas, los despeñaderos, los aludes y obscuras gargantas, se cubrían de inmensas masas móviles de reptiles, que daban al suelo, á los árboles y á las serranías una extraña y monstruosa aparien-

cia de vida. Al resplandor de los astros despedían sus irisados reflejos las pieles multicolores de los ofidios, que allí mostraban sus incontables especies, formas y magnitudes, desde el áspid diminuto y la culebrina de anillos rojos, negros, blancos y violáceos combinados al capricho de un artífice minucioso y habituada á juguetear en la cabellera de los ídolos, á brillar en la diadema de los caciques y á esconderse en las flores para engañar á las abejas y á los colibríes con los matices de su piel; hasta la víbora terrible de mosaico gris claro y obscuro, que marcha al rumor de su cascabel y con la cabeza erguida y alerta; y hasta la colosal ampalahua *(boa constrictor)*, reposada y lenta en su andar, pero en cuyas fauces enormes y en cuyo vientre de acero podían sumergirse de un golpe muchas decenas de sapos, que luego perecerían triturados al enroscarse en el tronco de un *visco*, desnudo, ó de un nudoso algarrobo centenario. Entre estas tres especies extremas, pululaba un mundo incalificable de otras de colores, dibujos, dimensiones, movimientos y aptitudes distintas; y todas juntas, marchando en medio de las tinieblas, al encender sus pupilas magnéticas, brillaban sobre el fondo negro de las montañas como millares de luciérnagas errantes é intermitentes. De tiempo en tiempo, un silbido agudo, el que caracteriza á la raza, y que venía de una lejana cús-

pide, surcaba el espacio haciendo estremecer toda fibra, y señalaba el derrotero á las mudas legiones.

Era el mismo Zúpay, apostado en lo más alto del monte para presidirlas y encaminarlas, quien lanzaba aquella señal estridente, con la cual, en las horas de su cólera y su desesperación secular desgarra las entrañas de las cavernas, difunde el temor en las sombras y advierte su insomnio y perseguida vigila á todos sus reinos diseminados en los aires, en las selvas, en los mares, en los abismos, en las grutas del mundo.

Pero, por más hórrido que fuese aquel signo de de su enojo y su venganza, no logró infundir pavor en las compactas filas de los rebeldes, cuyos capitanes, corpulentos y membrudos, llenos del ardor de la causa y chispeantes de fuego sus exaltadas órbitas, comunicaban valor y decisión por el sacrificio á las apretadas é infinitas muchedumbres de sus tribus y colonias; y así marchaban, á saltos forzados, para ganar las posiciones estratégicas. Ellos, también contaban con la protección de un espíritu superior, del caudillo ilustre que les conducía á la cruzada reivindicadora, y el cual, nacido de un connubio misterioso, llevaba sangre divina, y poseía parte inmensa del mágico poder con que su tirano realizaba sus inescrutables prodigios y transmutaciones. Y allí esperaba ansioso,

en compañía de su viejo sacerdote y de todo un lucido cortejo, á la margen de un lago profundo y circular, cuyos senos ignotos se rellenarían bien pronto de cadáveres de sus orgullosos adversarios. Él, también, para orientar sus ejércitos en la obscura noche, y valido del eco fugaz y múltiple de las lagunas y los valles estrechos, lanzaba gritos estentóreos, siniestros, ignorados de sus enemigos, y que repercutiendo en mil rumbos diversos, en mil tonos distintos y en mil lugares á la vez, llevaba á sus contrarios la confusión y el desorden, dispersando sus fuerzas y precipitándolas no pocas veces en simas sin fondo. Así pudo el Batráquida reunir y ordenar antes que el Ofidio su ejército en el campo elegido por su destreza militar, y como fuese su intención empeñar combate nocturno, más favorable á sus tropas y á su táctica y recursos, esperó que la luna menguante acabase de hundir, tras de las cumbres de occidente sus cuernos luminosos, para enviar al encuentro de una gruesa avanzada de bravas serpientes que ya descendían la falda tenebrosa, una legión de los sapos más ágiles, feroces y acorazados, que las atacasen en el desfiladero, las sorprendiesen con sus gritos destemplados y las despedazasen entre sus calados dientes.

La horrenda lid estaba empeñada. Dueños los Batracios del bajío y de las subidas de los cerros

circundantes, pudieron hacer enorme estrago en las tupidas madejas de los invasores que, sorprendidos en su descenso por el súbito asalto y extraviados en la tiniebla, rodaban á centenares y en grandes nudos hasta las aguas, donde perecían ahogados y eran perseguidos por los enemigos, para quienes el agua es elemento propicio. Bien pronto no hubo reservas, ni divisiones, ni columnas ociosas; porque, acabada de transmontar la cima, llegadas al centro del combate las pesadas pero formidables moles de las boas, cuya voracidad eliminaba de un solo empuje montones de sapos; entrados en plena y vigorosa acción los enjambres ligeros de víboras de la cruz, que al súbito incendio de su ponzoña agregan su agilidad prodigiosa para el salto y el ataque casi invisible; libres y sueltas en sus movimientos las de cascabel, que á la magnitud, á la elasticidad, al veneno y dientes agudísimos, reunen el espantoso chirrido de sus colas huecas, con que aturden y desconciertan al contrario, la pelea se ha hecho general, sin reposo, sin piedad; los combatientes encarnizados ya no escuchan á sus jefes, ni guardan disciplina, ni ven en torno más que muerte y exterminio; ovillos impenetrables de víboras y sapos que se desgarran, se clavan sus garfios y dientes y se inoculan sus venenos, entre chirridos y mugidos de dolor y de rabia, se derrumban por entre

los matorrales, se ensartan en los arbustos espinosos, y se chocan y ensangrientan en los cascajos y en las rocas, hasta que las ponzoñas confundidas se inflaman, y llamaradas rojas, verdes y amarillas surgen del montón informe y convierten en cenizas centenares de combatientes entreverados. Comunicándose el fuego á la selva, añaden al estrago del combate los horrores del incendio, á cuyos resplandores puede contemplarse la espantosa confusión y la saña de la pelea y presagiar el desastre ó la victoria.

Si dentro de una olla ciclópea se arrojasen á un tiempo todos los antagonismos de la naturaleza, todos los endriagos, menjurjes y mixtos diabólicos, y se pusiesen en ebullición, no arrojarían al aire rumores, chasquidos, chisporroteos, zumbidos, rugidos, murmullos, lamentos, gritos, estertores y estridores más extraños ni horripilantes, que los que surgían de aquel infernal escenario del odio. de la rabia, de la matanza; porque al estrépito del combate, á los resoplidos de las fauces jadeantes. á los rugidos ó roncos gritos que la ponzoña arranca á las víctimas, se mezcla el rodar de los pedruscos, el quebrajear de ramas, el silbar del viento y el chasquido del agua al caer desde alturas diversas, en enjambres, en núcleos y sartas inseparables, los empecinados y enceguecidos luchadores.

Mas, como el pérfido Luzbel viese desde su roca elevada, los efectos desastrosos que en su raza predilecta hacía la hábil estrategia del enemigo, y que legiones enteras desaparecían en el lago derrumbadas en confusión desde las laderas y los árboles, y temiendo un fin desastroso si no enviaba en su auxilio sus más fuertes potencias sobrenaturales, dispuso que una cuadrilla de expertos mineros fuese á abrir una galería subterránea, por donde en un instante las aguas se sumergiesen y quedasen en seco las rocas de su fondo. Al mismo tiempo que por una conmoción terrestre hizo que se hundieran en los abismos todas las corrientes circunvecinas y arrastrasen hacia sus cauces internos á cuantas regaban y embellecían la risueña comarca, transmitió su invencible y omnipotente magia á una enorme serpiente de su séquito, para que fuese á aprisionar entre sus anillos escamosos al mismo príncipe, cuyas hazañas y pericias pusieron en tan duro riesgo su ejército preferido. Con el hondo rumor de un cataclismo sorbió la entraña abierta del monte las voluminosas aguas, y sobre su lecho desnudo aparecieron á poco los millares de cadáveres sumergidos é indefensos, y al descubierto los traicionados rebeldes que en ellas tuvieron el secreto de la victoria. No tardó tampoco en cumplirse el fácil mandato de prisión del héroe bufónida, el cual, atacado en su refugio

mismo por la serpiente diabólica, rindió sus inútiles armas á poder tan superior, y exhalando el grito supremo de la miseria impotente, de la despedida eterna y la profética venganza, siguió á su verdugo hasta el hueco de una roca que se hallara en el centro de la ya vacía cuenca. Tal fué la cárcel que le señalara la desleal justicia de su soberano, quien sólo le concede un poco de luz y de aire, y una gota de agua permanente que filtra en aquel punto, cual único recuerdo del majestuoso y transparente lago de los encantamientos nocturnos, de los sueños luminosos y de las libres escenas de la vida primitiva.

El nuevo día alumbró sobre el campo un vasto hacinamiento de cadáveres; y fué el principio de la nueva dispersión de las naciones combatientes, como después del incendio de Troya, humillados y huérfanos los vencidos; altivos, orgullosos y más soberbios que nunca los vencedores: un nuevo « creced y multiplicaos » pareció escucharse en el lúgubre despertar de aquella noche.

VIII.

EN EL DESASTRE.

Han pasado siglos. Nuevas generaciones sucedieron á las heroicas de aquel ciclo glorioso. Extendiéronse sus descendientes sobre antes desconocidas tierras; y al par de los tiempos, las especies ofidianas y batráquidas se aumentaron con otras que al heredar los caracteres físicos fundamentales, recibieron también el legado de recuerdos, pasiones y anhelos comunes. Un odio concentrado, sordo, rugiente, odio sombrío y triste, consume y alienta á la vez á los caídos; se han hecho amantes de las sombras porque ocultan su dolor y su orfandad, y por eso en las noches del mundo, donde quiera que existe un núcleo de aquel pueblo desgraciado, se cantan canciones extrañas, ininteligibles para los modernos, como que recuerdan los episodios de la lucha homérica y fatal, y pronuncian palabras de un lenguaje místico y secreto, único que traduce las eternas angustias de toda la raza en todos los climas, y expresa las infinitas ansias de la interminable expectativa de redención. Han perdido la idea de una patria común, y sólo les es dado constituirla, con sus patriarcas y tribus, en las limitadas márgenes de los arroyos, en los lagos solitarios, en los panta-

nos infectos, en las grutas ignoradas, en los charcos escondidos; y esto hasta que suene la hora de la emigración, porque el hombre extrae el agua, ó el viento la evapora, ó el tráfico revuelve el seno de las transitorias viviendas. Ahora, su asombrosa fecundidad se vuelve una maldición; porque si tuviera patria, para ella serían sus hijos, y en sus altares murieran gozosos propiciando á sus dioses; mas la incesante peregrinación, á merced de las razas más fuertes y de los hombres inquietos, debe arrastrar consigo la prole infortunada; y allí, donde el alimento se agota y la caridad no existe, y hay que implorar en nombre de leyes altas é inescrutables la ayuda fraternal del Poderoso, los proscriptos batracios conviértense en cínicos empedernidos, en fastidiosos compañeros, en visitas siempre incómodas, en servidores inútiles, en payasos grotescos y despreciables, que para conseguir una migaja, creen halago exquisito la ronca queja de la angustia con que advierten su presencia.

Así se les ve inundar las casas, buscar el abrigo de los lechos, acurrucarse en los rincones no transitados donde se arroja el mendrugo y las sobras, ó se reunen los insectos, obstruir los canales de huertos y jardines, asomarse sobre los potajes en preparación, ocultarse entre los toneles de bodegas húmedas y obscuras, y hartarse y embria-

garse entre los mostos de la cosecha; todo esto sin que el hombre, que para él es acaso el más cruel de los animales, se dé cuenta de su utilidad, ni del bien que quiere hacerle; pues apenas existe otro de más largas abstinencias, de más fortaleza y salud, ni que soporte las ofensas, las injusticias, los golpes, los escarnios y persecuciones con resignación más heroica y sublime, gracias á la vitalidad maravillosa de sus tejidos, que le permite reconstruirse con sólo un átomo de vida. Y esta longevidad y resistencia extraordinarias en que consiste el secreto de su destino y de su futura rehabilitación, es causa de escenas múltiples en que la ferocidad y la superstición humanas resplandecen con sus más siniestras luces. No es raro presenciar en las aldeas y villorrios lejanos las bandas de niños vagabundos, armados de piedras que arrojan sobre el sapo indefenso, para ellos maléfico y venenoso, hasta formar sobre su cuerpo aplastado enormes pirámides funerarias; y después que por creerle muerto le abandonan, aun les grita desde su entierro con acento sepulcral:

— « Aun tengo un resto de vida! ¡Venid á arrancármela, vosotros que no conocéis la compasión! »

Después del hombre, cuya supremacía reconoce, pues nunca le hizo daño, á pesar de lo mucho

que se le calumnia, sólo se muestra su perseguidor implacable la víbora, su eterna antagonista. No satisfecha aún esta raza rencorosa y potente con la abyección, la ruina y la errante condición de su contrario, á través de los siglos no ha extinguido su saña, y donde quiera que solas ó en grupos se encuentran, la lucha se renueva espantosa, horrible, infernal. Pero entonces el humillado sapo se transforma, engendra en sí propio fuerzas y jugos mortales, y encrespando sus miembros é inyectando en su secular rencor sus pupilas, se lanza contra el astuto adversario á arrancar ó rendir la vida. Y la guerra es sin cuartel, y en ella toda arma y recurso son permitidos por el código inmortal de la naturaleza, si bien la ciencia del vulgo, tan profunda como experimental, describe el ingenioso ardid con que el batracio combate y da la muerte á su rival aristocrático, semidivino, cuyas refinadas costumbres son proverbiales. Espera aquél que el sueño rinda á la víbora después de su alimento, y que, saciada su sed en la orilla del estanque, se enrosque y oculte la cabeza en el centro de su propia espiral; y entonces, reuniendo su colonia, arrastra con sigilo las sartas interminables de los batracos-permos en incubación, y forman con ellos en torno del reptil dormido una muralla circular verdosa y movible, que provoca la sensación violen-

ta de las náuseas. Es el instante del suplicio. Oculto el sapo más vocinglero y áspero tras de un arbusto, comienza á lanzar intensos y desacordes gritos que sacuden y despiertan azorada á la serpiente, la cual, al verse circuida por aquella baba horrible, espesa, infecta, infranqueable, y aturdida, burlada, provocada de lejos por la desacorde y chillona gritería del sapo, se estremece, se enrosca, se retuerce, se trenza, se hace un círculo, se dobla en dos, en tres, en cuatro ; entierra en el suelo su cabeza, se muerde la aguda extremidad de la cola, lanza chispas de fuego y sangre encendida sus pupilas, vibra mil y mil veces su biforme lengua entre sus fauces espumosas, choca y hace rechinar febril sus dientes finísimos y curvos, se cubre de polvo, golpea con la cabeza y la cola, como con un látigo, la maldecida tierra en que la sorprendiera el sueño ; y á medida que se acelera su fiebre y paroxismo, el enemigo, lleno de gozo, ejecuta la destemplada música macabra del aquel baile fúnebre, cuyo final es la agonía delirante, la epilepsia y la contorsión por la ponzoña y el fuego ; y por fin, como cinta de acero comprimida y luego suelta en el aire, da un salto postrero y cae exánime dentro del círculo fatídico.

Y la lucha continúa sin cuartel, uno á uno y en comunidad, y en todo paraje y ocasión, porque ellos, los eternos rivales, como las naciones, así

lo tienen escrito en sus leyes de guerra. Multiplícanse sin límite, unos en sus cuevas inaccesibles y profundas, otros en sus lagunas y pantanos; pero la fuerza del vencedor ofidio y sus inexpugnables viviendas comunicadas con estrategia invisible bajo la tierra, las montañas y los rugosos árboles centenarios, protegido siempre por su divino señor, más fuerte y grande hoy que en las pasadas edades, merced á la ciencia y á las artes, alejarían más y más para el batráquida infeliz la hora esperada de la revancha, si una sublime profecía del Dios alado que impera en las cumbres, en las nubes y en las alturas celestes — del eterno Kúntur — no hubiese fortalecido sus almas, alentado su vigor para la dura peregrinación, encendido en ellos la sagrada virtud del sacrificio, y transmitido á sus corazones vacilantes la suprema esperanza de la victoria.

La santa profecía fué comunicada á la vencida raza mucho tiempo después del sangriento desastre. Ya no quedaba un solo hueso sobre el campo; árboles corpulentos sucedieron á las algas, los líquenes y los helechos de los lagos antiguos; la faz cenicienta ó rojiza de los cráteres reemplazó á la de los muros antes bañados por las aguas serenas; y desde las altas cimas que circundan la cuenca desecada, las águilas y cóndores echaban de tiempo en tiempo hacia el fondo su mirada in-

vestigadora y profunda. Eran sin duda mensajeros del soberano de los Andes, porque un día reverberante de sol y de azul, vieron todas las aves de la montaña, y los insectos de las grietas, y los demás habitantes nativos de aquel valle, descender seguido de un magno cortejo imperial, á un cóndor inmenso, negro de cuerpo, orladas de alba nieve sus alas y su cuello, de oro y hierro el ciclópeo pico, de coral y acero sus regias garras. Al bajar, balanceándose majestuoso, hízose la noche sobre el valle, hasta que fué á posarse, custodiado á distancia por su séquito, en la puerta de la pobre cueva, donde agitado y presa de las más hondas emociones, esperaba el cautivo de la lucha homérica, aquel bufónida ilustre, sepultado vivo dentro de la roca por la saña cruel del señor de las sombras.

— « Kúntur, dios del espacio — murmuró en lenguaje místico el ave fantástica — que no tiene principio conocido, y cuyas miradas abarcan siglos y siglos del futuro, sabe que el poder de Zúpay, grande, inconmensurable, terrible, no es absoluto ni universal. Tu condena y cautiverio habrán de cesar por fuerzas superiores, incontrastables, que tienen su impulso primero en la mente divina y su incubación y actividad en las entrañas del planeta. Aquel que las rige y conduce sabe recompensar en hora incierta, pero infalible, las virtudes

excelsas, los sacrificios heroicos y las esperanzas supremas. Vive, sufre y espera, mientras vive, sufre y espera tu raza ».

Alzó otra vez el vuelo con rumor de manso viento el cortejo celeste, y mientras la calma habitual volvía en torno de la solitaria piedra, el cautivo cerró los ojos con deleite jamás sentido desde su infortunio; su mente se iluminó con luces extrañas, y con una fantasía luminosa, cerró sus párpados insomnes.

IX.

LA GOTA DE AGUA.

Entre tanto, mientras pasan las décadas y las centurias, cambios profundos se suceden en la tierra y en sus habitantes. Maldecidas y arrojadas al abismo las aguas, extiéndense por toda la región montañesa y por los llanos que la tributan, la sequía voraz, la desolación, la melancolía que brota y gime en todas partes. Sobre aquel suelo fundaron los conquistadores una ciudad y un gobierno, entraron dominando tribus, naciones é imperios, y bien pronto á millares tuviéronlos por esclavos. Calchaquíes, diaguitas, famatinas, huarpes, eran los nombres de las más numerosas y ricas, y formaban, en lo político, esa inmensa cadena de pue-

blos que sometiera el Inca, antes con la guerra y ahora con la sabiduría. Al enajenar sus tierras, sus tesoros, su libertad, conservaron en sus almas vírgenes y toscas como sus moles de piedra, la íntima conciencia de sus dioses, de sus creencias, y vagos temores de lo desconocido. Era necesario arrancarles la vida para despojarles de esa unión absoluta de las almas con el alma de la tierra patria, que como una sola esencia daba vida á la naturaleza, á los animales y á los hombres.

Al desastre doloroso del vasto reino batráquida, cuyo caudillo y semidiós sufre prisión irremisible en inquebrantable roca, sucedió la caída del imperio del Sol, con sus leyes, sacerdotes y divinidades; y la tierra misma, como asociada al duelo, comienza á languidecer, á ocultar en sus entrañas más hondas las fuentes, lagos, manantiales y arroyos que antes la cubrían de verdor y de gracias; y á medida que sus montes buscan la región de las estrellas, las grandes aguas de otras edades parecen huir hacia la región de las sombras, donde se engendran, incuban y estallan los fuegos exterminadores. Apenas quedan sobre la superficie las precisas para mantener entre los hombres la discordia y la guerra, las que desprenden de sus coágulos pétreos las nieves perennes, las que á largos intervalos arrojan las lluvias fugaces en sus tormentas devastadoras ó en sus formida-

bles inundaciones... Pero todas pasan con la violencia que las conduce, y vuelven las tierras á abrir sus secas fauces devoradas por la sed.

La gota de agua que filtra lenta y coloreada al sol, desde el seno del témpano inaccesible, y se junta en su caída con otras — desprendidas á su vez de su fría petrificación — al recorrer las grietas de la montaña desde la cumbre, baja á los valles habitados, y sometida á las leyes que el fuerte impone al débil, el más astuto al más sencillo, es riego que fecunda heredades, fuerza que hace girar una rueda y una máquina, sorbo que aplaca en la cabaña y el rancho la sed y el hambre del pobre; la gota de agua nacida en el génesis ignoto de la estalactita, en el seno inviolado de la gruta, cae sobre la vasija natural, rebalsa y se difunde para asomar á la luz en la forma estruendosa de la cascada, ó en la lenta filtración del manantial; la gota de agua, concebida en el calor de la tierra, elevada al espacio en exhalación invisible, y luego condensada en nube, congrega otras infinitas, y juntas descienden de nuevo á su origen, marchan en procesión compacta, abren surcos en el suelo y en las rocas, y se desparraman por las llanuras para convertirse pronto en verdor, en lozanía y en riqueza; la gota de agua de la nieve, de la gruta, de la nube, que forma el charco aislado, se calienta al sol y hace germinar mi-

riadas de seres impalpables que luego se esparcen por el aire, se infiltran en el cuerpo humano, siembran en él la muerte, prolifican en los sepulcros y renacen y se transforman sin término en frutos, flores, árboles, musgos, larvas, mariposas y nuevos mundos con nuevos reinos hasta lo infinito; la gota de agua que así realiza en cada instante el génesis eterno, es ley, voluntad, inteligencia, inspiración, virtud y delito, y convirtiéndose en alimento y en potencia de vida, impulsa y gobierna á la sociedades animadas, las agrupa, las divide, las lleva al heroísmo, las hunde en la desgracia, enciende en ellas la ambición, el odio y la guerra, y marca la ruta fatal que siguen las naciones en la historia.

Como toda idea ó sentimiento colectivo se condensa en el símbolo, este universal anhelo del agua, en la región andina de La Rioja tiene, sin duda, el suyo, en aquel sapo solitario de forma y aspecto fósiles, como arrancado del muro de un templo antiguo. Él expresa en sus nocturnas salmodias, que ningún coro acompaña, las ansias ardientes de todas las generaciones, así de las primitivas como de sus dominadores y las que luego se perpetúan sobre la misma tierra; y la avaricia colérica con que guarda su tesoro, sólo es una pálida y grotesca copia de la que enciende á los hombres, que por legado de sus mayores, ó á

costa de sacrificios inenarrables, adquirieron también la gota de agua con que riegan su heredad, cultivan su huerto, ó mueven la rueda de su molino. ¡ Ay de aquel que burlando las lindes consagradas ó la vigilancia del señor, rompa el cauce del torrente y usurpe una gota de agua! Doblarán las leyes su rigor, surgirá la protesta indignada, vacilará el asiento de la justicia, peligrarán los vínculos sociales y se conmoverán las bases de la comunidad política; porque si el hombre cede ó abdica con frecuencia su libertad y soberanía, sólo es en cambio de hacer inviolable su propiedad y seguro su alimento: cual si sólo fuese libre y soberano cuando más se acerca á su condición originaria.

Al imperio sacerdotal del Inca, los pueblos diseminados por los valles y llanos de aquella comarca le rendían vasallaje y tributo de su sangre, vírgenes y oro, en cambio del agua con que regarían sus tierras, y el rey mandaba construirle diques para detener la que caía del cielo y canales para llevar á lo lejos las exiguas vertientes de los montes. Al capitán gobernador, cabildo, virrey y emperador, las ciudades y aldeas cristianas les concedieron todo el tesoro de sus libertades y el fruto de sus arduas labores, en cambio del agua que fecundase sus campos, aumentase sus cosechas y dilatase por la riqueza sus propios domi-

nios. Á los santos, intermediarios entre la criatura y el Creador, las almas piadosas erigieron altares, iglesias y patronazgos seculares, y son entre otros, San Nicolás, en La Rioja, Santa Rita, la vencedora de imposibles, en la villa Argentina, Santa Rosa, la de Lima, en Anguinahan, la Candelaria en Sañogasta, San Isidro, el labrador celeste, en el Huaco de mis mayores, y les dedican aún — « firmes en la fe » — fiestas y honores regios, en súplica humilde y reverente por el agua que restaura, conforta y fructifica, y siembra alegrías en los hogares, paz entre los vecinos y grandeza en las naciones. Y ahora, en los tiempos de la República, cuando hemos escrito leyes é instituciones que nos prometen libertad, que nos confían la hechura de los gobiernos, que nos encargan la elección de tutores transitorios de nuestras vidas, honras y haciendas, las comunidades lejanas, huérfanas de ayuda y protección, azotadas, flageladas, diezmadas por la sed, el hambre, la desnudez, la lucha cruel y continua de vivir, entregan desesperadas á sus gobernantes su propia libertad, su soberanía efectiva, su hambre y sed de justicia, en cambio del agua, el agua que brote de la peña y se reparta por igual; el agua que es alimento del hombre, de la bestia, del suelo; el agua que es salud, vigor y encanto del alma y de la naturaleza; el agua que es para el hogar, la comu-

na, la Provincia, la Nación, alegría, paz, fortuna y poder. Y todo lo que en la llanura y la montaña tiene una voz, una plegaria, un canto, un perfume, se alza, se postra, se arrodilla y lleva á la eterna voluntad, á la infinita fuerza generadora del bien, la súplica perenne, traducida en lenguajes ignotos:

— «¡Agua, Señor, agua del cielo, de la roca, de la nieve, del fondo de la tierra!»

Éste es también el clamor universal de ese linaje destinado á habitar las aguas — *aquæ reptilia* — y para cuyos ruegos fueron provistos de voces y conceptos armónicos, gratos á toda divinidad. Así en el silencio de las noches estivales el viajero sediento de las travesías, llanas ó montañosas, aplica el oído al fondo de la tiniebla por percibir el concierto ó eco solitario de las ranas ó sapos que guardan el depósito precioso, y lo anuncian al caminante para atraerlo á sus retiros cual sirenas benéficas, y para que éste, acaso con la inconsciencia de la sed, vaya á secarlo para siempre y privar de su alivio á sus propios moradores. Y es de oir entonces, cuando la fuente se ha secado y el fantasma horrible de la sed, envuelto en fuego y en sombras se yergue en el centro del charco vacío, cómo los tristes batráquidas refuerzan sus tonos, modulan con dolor y trémulas de angustia sus agudas ro-

gativas que la soledad del desierto, de la selva, de la montaña, propaga hasta muy lejos y hasta muy alto, y quizá conmueve el corazón de los invisibles genios, dioses ó demonios que velan los orígenes de las fuerzas del mundo y envían á los suplicantes la gota de agua en el manantial, en la lluvia, en el hilo sutil del deshielo, que filtra de la piedra musgosa, fresca y cristalina como bálsamo de resurrección.

X.

LA PROFECÍA DE KÚNTUR.

«Vive, sufre y espera» fueron las palabras misteriosas con que el mísero sapo, al quedarse solo, entró en el reino luminoso de los sueños, de esos que duran siglos y que parecen realizarse en el mundo á medida que se despliegan en la mente sus maravillas. El poder de la magia satánica no es absoluto, aunque sea grande y terrible; y si es capaz de realizar las más caprichosas metamorfosis en el mundo animado, no alcanza á impedir, ni á variar, ni á dirigir la salida de los fuegos subterráneos que cambian la fisonomía del planeta. Y vendrá un día en que una tremenda convulsión interior despierte de sus somnolencias inquietas á las lavas escondidas, las cuales al

buscar el camino de su expansión hacia la superficie, sacudirán de un solo impulso los estratos más profundos, que á manera de cobijas de un lecho, mantienen por siglos y siglos el calor. Entonces todo el universo negro de Luzbel, dominio inexpugnable para toda criatura, se conmoverá con fragor inusitado y final ; y devoradas por el incendio, fundidas por las hirvientes olas metálicas, iluminadas por la luz del sol, se desvanecerán en humo ó en cenizas las pavorosas viviendas, fuertes, palacios, templos, huacas malditas, cuevas y grutas, donde se refugia, se aclimata, se esconde, elabora sus maleficios, acrecienta su culto, multiplica sus ejércitos infernales el soberbio príncipe de la sombra. Perecerán para no aparecer jamás, todos los individuos de la ofidia raza, sus servidores reales y mortíferos; y al penetrar el metal derretido en las grietas del granito, sorprenderán en sus propias moradas á las pérfidas víboras, y las aplastarán las piedras al chocarse entre sí y pulverizarse. Saldrán como abortadas por el abismo las cohortes horripilantes de los monstruos que nunca vieron la luz del firmamento, porque se ocuparon allá, en las cavernas ignotas, de la alquimia secreta y oculta con que su rey y señor operaba sus fantásticos prodigios, cual comediante inimitable que tuviese escondida del espectador su maquinaria. Las bandadas fétidas y fu-

nerarias de los vampiros que arrancan con la sangre la vida, sorbiéndola durante el sueño del hombre mientras le sugieren la sensación de un beso amoroso, surgirán de sus antros con zumbidos temerosos, é irán á estrellarse enceguecidas por la luz contra las espinosas ramas ó las erizadas rocas. Echará de sus entrañas convulsas la tierra, todo lo que en ellas acumulara desde el principio de los tiempos el indomable Zúpay, y él mismo, al presenciar impotente, desesperado, vencido de nuevo, la total dispersión y desvanecimiento de su secular grandeza y poderío, se estremecerá en su invisible refugio, se retorcerá rechinando y chispeante, se morderá las afiladas garras, se azotará el cuerpo con sus manojos de serpientes famélicas, se desgarrará las carnes con sus propias uñas y sus propios látigos venenosos, agitará con frenesí contra sus flancos las inmensas alas de murciélago provistas de ganchos acerados como de tigre, brotarán de sus ojos chispas como de incendio naciente, y al escuchar el postrer gemido del reino que se acaba, lanzará en el espacio obscuro la más horrible de sus blasfemias, á modo de despedida, y provocando con su impulso una tempestad furiosa, emprenderá el vuelo con rumbo hacia otros continentes donde aun impera sin límites, y donde la niebla sutil que sabe

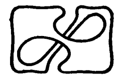
inocular en las almas, aun cubre millares de naciones, razas y tribus.

¡ Oh, qué acorde glorioso, qué canto gigantesco, qué salmo sublime de libertad será el que se alce de todos los espíritus que vivieren en perpetuo cautiverio en los senos profundos del granito, ó en los troncos huecos de árboles centenarios, ó en los cuerpos deformes, asquerosos de reptiles, pájaros siniestros ó endriagos indescriptibles ! ¡ Qué sonrisa radiante la que iluminará las comarcas consagradas por la leyenda, cuando, relevadas las cuencas de los lagos sumergidos, de los ríos, las fuentes y los arroyos sepultados debajo de la montaña, vuelvan á correr por los valles, las selvas y las llanuras, abriendo cauces nuevos, poblando el ambiente de rumores, de perfumes, de brisas ausentes por siglos, evocando generaciones muertas, de plantas y de aves ya olvidadas de los vivientes y perdidas hasta en la tradición más remota !

La estrecha gruta de toscas donde el cautivo pasara su mísera existencia, fué, en aquel ensueño magnífico, abierta por la presión de las corrientes desbordadas, y al rellenarse de nuevo el recinto de la contienda inmemorial, el vencido de entonces sintió reflejarse en su mente toda la épica grandeza de aquella noche, de modo tan infausto sellada por el genio de las maldades ; y

viendo ya realizada la santa profecía de Kúntur, hace siglos murmurada en su oído, se detuvo sobre una roca de la orilla y comenzó á entonar con ecos estentóreos, musicales, sublimes, el canto de su victoria, que un día soñara en la alucinación de su ideal revolucionario. Mas no resonaron solas sus voces en la bulliciosa y alborotada soledad de aquel mundo resucitado; porque reunidas al parecer por fuerza milagrosa todas las naciones batráquidas de la región, en los lagos, manantiales, ciénagas musgosas y bosques sombríos, respondieron en coro gigantesco, atronador, al himno de triunfo de la raza vilipendiada, del pueblo escarnecido, del soberano preso entre muros de piedra inquebrantables; y al elevarse hacia las cumbres y más arriba de sus postreras agujas de nieve, iban proclamando por las regiones infinitas del azul:

— « ¡ Gloria á Dios en las alturas, y á Kúntur, genio protector, invencible, inmortal, heraldo majestuoso de su sabiduría y su potencia ! »



PARTE SEGUNDA

HISTORIAS

UNA HISTORIA DE VIOLETAS.

A la señora Julia García de Vedia.

I.

Hago un esfuerzo para apartarme de las positivas ocupaciones que embargan mi espíritu en la hora presente, y vuelvo por un instante la vista y el corazón hacia el pasado, me olvido del medio actual y de sus febriles sugestiones y vértigos, y como el devoto en el umbral del santuario, antes de penetrar en el dulcísimo refugio de los recuerdos, arrojo á la tierra todo lo mundano y lo falaz, y con la emoción profunda que los sitios sagrados despiertan, aspiro la primera ráfaga del perfume inmortal, el único que no dispersa y disipa el viento: el perfume del recuerdo de los tiempos felices.

Tan heroica acción me la inspira una bella y amable joven, hija de la ciudad de los templos majestuosos y de los huertos coloniales, la amada Córdoba de mi juventud y de mis primeros vuelos en la ciencia y en la vida, porque esa alma infantil, y por eso buena, se ha sentido dichosa al oir-

me recordar bellezas de la tierra de sus abuelos, y fueron sentidos sus deseos de que yo les diese la forma de un escrito, no para que viviesen más, sino por esa ilusión, también juvenil, de que lo escrito no se pierde en el vacío y en la nada. La juventud es hermosa y es querida porque sólo en ella caben esas ilusiones y esos sueños tras de los cuales nos desvivimos y por cuyos mandatos nos agitamos los hombres en perpetuo rodar sobre el planeta. ¡Y pensar que todo ese afán y movimiento, que todo ese anhelo de grandeza, de gloria y de conquista, no tienen otro destino que el de convertirse en un recuerdo, semejante á la última nubecilla de humo del incendio que ha consumido la selva!

Era yo muy niño; mi padre me había dejado dentro de los claustros del antiguo Colegio de Monserrat, donde bajo la disciplina severa, pero amada, de mi primer rector, estudiaba mucho en las horas de trabajo, pensaba y soñaba más en las de reposo, y entre las melancolías de mi terruño abandonado y las fantasías nacidas bajo aquellas bóvedas eternas, pasábanse los seis días de labor, que yo ejecutaba con pasión, con fe y entonces, con un ardiente entusiasmo por la vida. Mis notas eran siempre buenas, porque estudiaba mucho y así, jamás se me privó del derecho de salir de paseo el domingo, pero derecho que no pude apro-

vechar sino después de algunos meses, cuando hice relaciones con colegiales de la ciudad, quienes viéndome solo, sin más hogar allí que el recinto vasto y resonante de la casa de estudios, invitáronme á salir con ellos, á conocer los sitios donde vagabundeaban y corrían, ya fuese por las márgenes del río torrentoso, cubierto por una techumbre solemne de sauces llorones, ya á las orillas del histórico lago Sobremonte, en cuyas aguas muertas, pero límpidas como el cristal, se retrataban quietos y majestuosos, también sauces gigantescos del siglo pasado, y nítido y sin variante el paisaje del cielo, azulando el fondo donde esas imágenes se reflejaban serenas, sonrientes, inmóviles.

Aquellos compañeros iniciaban mi espíritu en un mundo de sensaciones desconocidas; sentí que me hacían falta y los esperaba ansioso. Pero he de confesarlo todo: después que me revelaron el secreto, preferí salir sin su compañía: la soledad de aquellos sitios, el rumor del torrente que viene de la montaña vecina, la quietud del lago por cuyo fondo veía desfilar toda la fantasmagoría de un cielo siempre igual, pero desbordante de luz y de gracia, cruzado por nubes blancas y caprichosas en cortejos alegres, empezaron á absorberme, á esclavizarme, y luego, los domingos, bien con Dios y con mis maestros, era yo una vi-

sita infaltable, una especie de accidente necesario de aquellos cuadros, de tal modo que en cualquiera copia del pasaje del río ó del lago, habría aparecido mi personita solitaria y meditabunda, recostada sobre el musgo ó en un asiento de cal y ladrillo tan antiguo quizás como los sauces, para que sirviese de punto de comparación á las demás cosas inanimadas, ó representase allí en miniatura el consorcio de la naturaleza con el hombre.

II.

Uno de esos días no pude escapar al compromiso de los compañeros; querían llevarme á otro sitio desconocido para mí, y hablábanme de cosas bellísimas, de un pueblecillo cercano, donde los huertos desbordaban en vegetación y los árboles de todas las fincas parecían de una misma heredad, por lo unido y espeso del bosque. Era San Vicente, encerrado entre dos eminencias del terreno, como jardín oculto de una ciudad de encantamientos y de magias, para que los moradores de los palacios misteriosos, de los templos y de las viviendas, fuesen á respirar el aire puro en las noches de luna, para no desvanecer el secreto de su vida sobrenatural; sus quintas eran entonces, en el tiempo de estas memorias, bosques de árboles

corpulentos, alineados en hileras ó agrupados á capricho dentro del vasto recinto de la heredad, y los muros que marcaban los linderos y limitaban el paso á los extraños, eran tupidos cercos de rosales de toda especie, que enseñaban cómo la naturaleza entiende separar el hogar de los hombres, y cómo cuando reinan entre ellos el amor y las sencillas virtudes, las fronteras más seguras son las de flores. Y allí las había en profusión, bordaban los cercados exteriores, se encaramaban sobre las tapias y dejábanse ver por encima de ellas, de trecho en trecho, como una banda de niñas enclaustradas que se divirtiesen en asomar sus caras de rosas abiertas ó de granadas en sazón. Los frutales en la estación de los brotes y la florescencia desplegaban, como preparados para una fiesta, sus mantos multicolores sobre las ramas sin follaje, y presentaban todas las quintas reunidas, en conjunto, semejanza con una bandeja colosal llena de flores para todos los templos y las calles de la ciudad. No había necesidad entonces de quemar el incienso en los altares los días de grandes solemnidades religiosas, porque cuando los altos campanarios, que de lejos parecen un bosque de obeliscos y pirámides, empezaban á lanzar olas de armonía á todos los vientos en anuncio de la gloria del Eterno, ó cuando á la oración recorría todo el valle el tañido solemne

de la campana mayor, del fondo de aquellos huertos y jardines se levantaban nubes invisibles de aromas que iban á embalsamar el ambiente de la ciudad, cual si saliesen de las naves de las iglesias, ó llegasen de región ignorada, donde lo estuviesen derramando sobre la tierra para hacerla sentir efluvios de divinidad en las horas de recogimiento y de plegaria.

Ya he dicho que era yo muy niño : los recuerdos se me aparecen con cierta vaguedad semejante á la que dejan los cuentos de hadas, respecto de los jardines maravillosos y los ornamentos de oro y piedras relucientes que esparcían los etéreos personajes por sus patios y avenidas; y así se me reproduce hoy en la mente la visión de una de aquellas moradas silenciosas que yo llamaba « la quinta de las violetas », y donde desde aquel día no falté ningún domingo, mientras pude abandonar mi encierro. Los demás niños tenían en el pueblo sus familias y sus entretenimientos; eran dueños de la tierra; mientras yo, lejos de los míos, hallaba hielo en todas partes, y empezaba á invadirme el mal de la ausencia y á ponerme triste, amigo de las horas melancólicas y de los objetos que adulasen mi naciente enfermedad. Explícome ahora, después de un cuarto de siglo, por qué me sentí atraído por aquel paraje delicioso, donde tantas flores encantaban mis ojos y

mis sentidos, y donde una acogida inesperada, por lo dulce y cariñosa, hicieron que mi corazón sintiese calor de hogar dentro de su recinto. Verdad es que aquella impresión conmovió hondamente mi ser, y casi la siento renovarse ante el recuerdo: tan solo me encontraba en la vida, pensaba tantas tristezas y — ¿queréis que lo diga? — lloraba tanto en mis paseos por los alrededores de la ciudad los días de fiesta, que cuando los moradores de la quinta de las violetas tuvieron para mí palabras de bondad y caricias maternales, los bendecí en lo íntimo de mi alma, y una gratitud inmensa me ligó desde entonces á aquella casa.

Aquel día me detuve en la puerta del jardín; y mientras contemplaba maravillado las largas avenidas bordadas de violetas, una joven salió de las habitaciones, y con una tijera empezó á segarlas y á formar un ramillete que incitó mi codicia. Yo me mantenía apoyado por fuera en la puerta de reja. Dudé mucho rato si haría notar mi presencia, y más aun de insinuar mi vivo deseo de penetrar en la quinta y de llevar muchas flores para el colegio. ¡Oh, cómo las cuidaría sobre la mesita de mi celda! Las haría durar toda la semana, las ocultaría en las hora de clase, de la traviesa rapacidad de los otros niños, para que fuesen sólo mías, y cuando estuviesen marchitas las juntaría todas, y bien achataditas las enviaría á mi madre,

que se había quedado llorando al verme partir, una tarde de otoño, mientras el sol en medio de un archipiélago de doradas nubes se ponía tras de mi montaña nativa. ¡Y cuántas cosas más pensé durante aquellos instantes, pegado como la hiedra á los maderos de la puerta, sintiendo á veces nublárseme las pupilas y anudárseme la garganta!... Era la primera vez que una vivienda casi rústica, pero más bella que un palacio por sus flores, sus árboles y la santa simplicidad de su aspecto, me traía á la memoria la casa paterna abandonada allá, tan lejos y por tantos años.

Resolví por fin el arduo problema: llamé con las manos, pero muy suave, muy tímidamente, para que sólo me oyese la joven, que parecía también, como yo, poseída de alguna vaga melancolía; su tarea de cortar las violetas se me figuraba más un pretexto para hablar con ellas á solas; mi voz y mi rostro debieron reflejar tan al vivo mis sentimientos, debía estar yo tan romántico en mis doce años, que provoqué en la niña un sentimiento de simpatía tan espontáneo, tan efusivo, tan fraternal, que apenas pude dominar la sorpresa y el júbilo que transfiguraron en ese instante toda mi vida. No recuerdo lo que dije para explicar mi presencia y disimular el antojo de entrar; pero sí recuerdo que aquella joven adivinó cuánto sentía, no me dejó hablar una palabra y condújome —

casi protegido por un abrazo cuyo dulce calor, porque era de madre y hermana para mí, aun siento que conforta mi corazón — hasta una de las habitaciones de la casa, donde debían mis impresiones recibir la última sacudida.

Sentada en un viejo sillón medio rústico, pero con toda la nobleza de una tradición de virtudes domésticas impresa en todos los objetos de la casa, hallábase una señora anciana cuyas facciones, á través de la inmensa distancia de veinticinco años, se me representan como esfumadas sobre una tela antigua, así como esas pinturas que después de siglos suelen encontrarse entre los altares de las grandes iglesias, apenas perceptibles, pero donde una boca ó unos ojos que han resistido al tiempo dibujan todavía una sonrisa y revelan un poema de amor ó de gracia. Sí; yo veo aquella imagen de mujer anciana, algo enjuta de cuerpo, y en su rostro marcadas con profundidad las líneas de la ternura y de la bondad del alma, con unos ojos serenos cual si esperasen una vida mejor, y una voz dulce como arrullo de paloma que abriga á los polluelos debajo de las alas. La recuerdo así porque ante la exquisita acogida que me hiciera se grabó su imagen en mi memoria con la impresión de la gratitud, que no se borra jamás en los corazones bien nacidos. La joven. su nieta, sin duda, condújome á su lado;

le dijo que había ido á buscar violetas y que, viéndome solo y triste, me había creído huérfano, y añadió otras cosas que no recuerdo bien, pero cuya vaga reminiscencia me acaricia de lejos.

¡Ah, si yo pudiese reconstruir el diálogo que entre la venerable anciana y yo sostuvimos después! Puso una mano sobre uno de mis hombros y con la otra oprimió mi derecha, y entretanto me preguntaba muchas cosas que iban interesándome por ella, y haciéndome creer en que allí tal vez encontraría ese calor de hogar, esa atmósfera de familia que en vano se busca en tierra extraña y que me helaba á veces el corazón.

Yo le dije mi nombre, que era el de un niño desconocido, y los de mis padres dejados en provincia; le revelé, satisfaciendo su infantil y franca curiosidad que hermanaba nuestras almas, mis mejores proyectos para el porvenir, mis sueños dorados, mis afectos más queridos; y durante largos momentos, aquellos dos niños, la anciana y yo, estuvieron comunicándose confidencias que sellaron una amistad sólo interrumpida después por el tiempo, por las tempestades de una de esas vidas, y quién sabe si no por el olvido de la otra...

Luego, dirigiéndose á mi amable protectora, le

pidió que me condujese á conocer la quinta, donde un sol benigno y declinante estimulaba á las plantas y á las flores á exhalar sus emanaciones perfumadas: — « Vayan á juntar violetas — fueron sus palabras — y que este caballero lleve muchas para que no se olvide de nosotras en su colegio ». Y mientras recorríamos los bordes tapizados con la planta de mi devoción, y arrancando de trecho en trecho manojitos de flores, que mi cariñosa guía echaba en su delantal bordado, apenas me atrevía á imitarla en la hermosa tarea, por timidez, y porque mil pensamientos é impresiones me agitaban.

Ella me lo advirtió al instante, y empezó á darme bromas cual si tratase de consolarme y llenar ese vacío con que la ausencia y la soledad habían inundado mi ser. Entre tanto, con gentileza y ternura exquisitas me hablaba siempre sonriendo, y mirándome de tiempo en tiempo con miradas picarescas ó cariñosas, iba llenando su delantal con las violetas arrojadas en él en desorden, hasta una cantidad que ya me parecía excesiva. Aquella joven, me imagino ahora, sentía una especie de embriaguez durante la tarea; y nada tendría de extraño, porque al arrancar esas flores impregnadas de intenso perfume que se comunicaba al ambiente, soñaba, hablaba como si delirase, como si desease adormecer algún sentimiento oculto pero

inquieto. Porque las violetas tienen esa virtud terrible: evocan todo lo que ha muerto ó ha pasado, y cuando nada se ha vivido aún, iluminan el porvenir, anticipan el tiempo y sugieren y revelan ensueños nunca entrevistos. Sí, ahora no puedo equivocarme: aquella joven que veo aún después de tantos años, recorriendo las callecitas del jardín de las violetas, inclinándose á cada momento para cortar y llenar con ellas su delantal bordado, soñaba, deliraba, evocaba algo que vivía sin formas en su fantasía, ó desvanecido por una larga ausencia y una interminable expectativa.

El sol se iba, llevándose mi día más feliz de aquellos tiempos. Era ya hora de dar reposo á la faena de las flores, y luego mi amable compañera, alzándose de pronto de junto al borde, abriendo con ambas manos su delantal repleto, me preguntó :

— ¿ Son bastantes ? Ahora se las voy á amarrar y se las llevará á todas, ¿ eh ?

Y esto diciendo, volvimos á la sala, donde la abuela con la misma ternura volvió á prodigarme cariños y obsequios. Mientras la niña, provista de tijera y de hilo, formaba el mazo de violetas, la viejecita me llenaba los bolsillos de confites fabricados en la casa, poniéndomelos ella con sus propias manos y acompañada la operación con palabras ungidas de una santa bondad. Todos

esos regalos, me decían las dos, me obligaban á volver á visitarlas; el domingo siguiente crecerían más violetas, abrirían también muchas rosas, nardos y jazmines; no debía olvidarme de colocar algunas en el altar de la Virgen, en la capilla del colegio, para que me amparase en mis estudios, ella, la patrona de los hijos de Monserrat, nunca sorda á sus reclamos ni indiferente á sus aflicciones; á mi madre, cuando le mandase las que le estaban consagradas, no me olvidaría de decirle que allí tenía una amiga que de lejos la acompañaba en la pena de mi separación, que debía ser muy dolorosa; en fin, los votos con que me despidieron parecíanme nuevas flores agregadas al obsequio del día y á medida que me alejaba, resonaban sus voces en mis oídos, y anidando en el corazón, hacíanme sonreir y pensar en cosas bellas, soñar venturas, é imaginarme un porvenir dichoso.

III.

Vestido de gala quedó á la noche mi rinconcito del salón, donde al lado de la cama tenía una mesa de pino con algunos libros; sobre ella puse mis violetas, acomodadas para que durasen mucho y me hiciesen compañía mientras estudiaba, y me perfumasen el alma mientras con los ojos

cerrados y las manos juntas sobre el pecho me entregaba á las fantasías, á los juegos de la imaginación, siempre en torno de la tierra ausente. No olvidé el encargo de mi vieja amiga para Nuestra Señora, la Virgen de Monserrat, que encerrada en la urna blanca con dorados casi consumidos por el tiempo, solía mostrarnos su cara sonriente y sus ojos dulces todas las noches cuando rezábamos á sus plantas, y las madrugadas cuando íbamos á pedirle su ayuda para las tareas del día; cumplí mi promesa, dejando entre los pliegues de su largo vestido de seda el ramito de mis flores. ¡ Ah, cuánto debió sorprender la ofrenda á la solitaria imagen, destinada á pasar los años en aquella madriguera de demonios, sin que nunca se la adornase con ese cuidado femenino que embellece los altares y poetiza las materiales fórmulas del culto !

Nunca cosa alguna realizó de manera más perfecta el símbolo de una vida, como aquellas violetas custodiadas por mí con amor y aspiradas con deleite en las horas de abandono, cuando después de la campana de silencio y apagadas todas las luces y los ruidos, me quedaba realmente entregado á mí mismo, á merced de mis pensamientos, y empezaba á infiltrarse en mis venas, en mi corazón, en mi mente, ese frío de la soledad que invade al niño cuando necesita una caricia

materna, una mano que acomode sus cabellos, unos labios amantes que pronunciando una bendición cierren sus párpados entre los vislumbres de un ensueño, porque sabe que ha de encontrarlos al despertar con la aurora, y esa mano y esos labios no existen, y el niño, entonces, sintiéndose aislado en un desierto, se encoge como aterido por el hielo, se estremece como el gajo sacudido por viento borrascoso, y cubriéndose con las ropas de su lecho, deja correr sus lágrimas ocultas, silenciosas, abundantes, entre sollozos que se ahogan y gritos de desesperación que sólo retumban en el alma porque se dan en lo íntimo: es la primera batalla reñida con el dolor, el primer paso de hombre por el mundo y el primer desgarramiento.

Aquella noche ha de ser inolvidable en mi existencia: la recuerdo con todas las imágenes que pululaban en sus espacios iluminados únicamente por una luz fantástica, con las armonías vagas y errantes que cruzaban el ambiente de mis sueños, con las emociones que á cada instante, como empuje de volcán, me levantaban el pecho con las evocaciones de los sitios, escenas y personas queridas que al pie del Famatina se quedaron con lo mejor de mi infancia; la recuerdo más aun porque en ella sufrí una pesadilla horrible y tuve una visión espantosa: vi á mis padres ancia-

nos marchando con paso tardío y penoso hacia la cima de una montaña cubierta de nieve, volviéndose de tiempo en tiempo á mirarme como diciéndome adiós. y cuando llegaron á la cumbre, los vi envueltos por un lampo rojo de sol poniente, contemplarme por última vez y desaparecer lentamente. Sentí entonces que tendía los brazos para detenerlos, grité con el estridor de un clarín guerrero, me lancé á la carrera hacia la cúspide para alcanzarlos, pero luego mi voz enronqueció, flaquearon mis piernas y mi cuerpo se desplomó sobre las rocas. La impresión de este sueño no pudo borrarse, porque al despertar no encontré á mi lado, para desvanecerlo, á esos seres amados que se iban para siempre; pero sí, cuando abrí los ojos y los busqué con la mirada por todas partes, encontré sobre mi mesita el mazo de violetas húmedas aun con el baño que yo les diera por la noche, y derramando en torno mío un ambiente delicioso que reconciliaba con la vida.—« Sí, es ella,—dije para mí; — es ella quien al partir me las ha enviado en recuerdo » — y me puse á soñar otra vez, ya despierto, con cosas reales y vivientes, y á traer á la memoria y á renovar la impresión que despertaran en mi alma los idilios del terruño nativo, las informes personificaciones del amor, semejantes á neblinas fugitivas en la mente de los niños,

las promesas inocentes de alguna Virginia de mi aldea, ó las caricias de una Cloe de mis montañas.

Cumplí mi palabra, porque las flores me duraron toda la semana, y porque luego, cuando estuvieron marchitas y bien impregnadas de mi adoración y de mis besos, separé algunas y las puse en camino para mi pueblo, dentro de una de las primeras cartas que han salido de mi pluma, á mi madre, á esa mujer tímida y amante, sensible como una flor, y casi sin palabras, llorosa por el placer y por la pena, y susceptible de resentirse con sus hijos cuando parecían con ella indiferentes ó fríos. Su imagen, que al través del tiempo y de la distancia se me aparecía en la noche durante el sueño como evocación de mundos mejores, se me representó aquella vez sentada bajo los árboles plantados por su mano misma enfrente de nuestra vivienda, abriendo mi carta, trémula y lacrimosa, y sintiéndose sin fuerza para leerla porque lloraba por todo sentimiento, llamando á mi hermana para que se la leyese «despacito, despacito», porque no se le escapase nada, y cuando abrían la carta, vi caer sobre sus faldas las violetas mensajeras de mis soledades y vigilias. ¿Qué decía esa carta, conductora de tan poético regalo? Era de desagravios y juramentos, de promesas y votos para el futuro, y sabía que al leerla mi padre sentiríase dichoso, y mi

madre vertería sin recelos torrentes de su inagotable llanto.

¿Y para qué más confidencias, si sólo han de conmover mi propio corazón, y no han de interesar sino al que con ellas renueva sensaciones de una edad apenas vislumbrada tras de veinte años de distancia, y á los espíritus amigos que tantas veces han buscado en sucesos actuales la causa de melancolías y dolores que han nacido con nosotros, los hemos respirado en la primera ráfaga de aire y adquirido en los primeros pasos de la vida? Pero debo confesar que aquellas flores, las violetas de San Vicente, tuvieron sobre mi espíritu una influencia verdadera, dándole modalidades propias y matices indelebles. Allí, bajo los claustros de Monserrat, donde tantos hombres ilustres han soñado y presentido grandes sucesos, empecé también á adquirir los que imagino fundamentales defectos de mi carácter: la creencia en los ideales y en el sentimiento como fuerza impulsiva del progreso en las ideas y en las instituciones positivas, y la inclinación cada vez más poderosa por encerrar mi vida en el más estrecho rincón del mundo, donde se llegase á olvidarme hasta ignorarse de mi existencia, y donde ella transcurriese como la de las violetas, perfumando el ambiente con el aroma de los sentimientos más puros por la patria y por el hombre, hasta el día, siempre

feliz, en que fuese á alimentar las raíces de otras plantas y otras flores más opulentas, en el seno de la tierra donde, si alguien ha de escuchar y cumplir mis votos, ha de ir el puñado de tierra que me oculte mezclado con semillas de la flor humilde, para que nazcan después sobre los despojos del hombre que tanto las ama y que tanta gratitud les debe.

LA SELVA DE LOS REPTILES.

I.

Pedro, el pastor montañés, era un hábil fabricante de flautas rústicas. Obligado á pasarse solo en los campos, entre los bosques tupidos de talas, biscos, algarrobos y garabatos, las horas eternas en pos de su rebaño sin otra compañía que su perro, se habituó á entretenerse con las melodías nativas, que brotaban de la caña al soplo de su aliento y por los ágiles movimientos de sus dedos.

Su amigo era de confiarle toda la majada durante largos espacios; sus ladridos frecuentes eran las señales convenidas para hacer saber el sitio y la distancia, y las novedades que pudieran ocurrir en los solitarios valles y en las espinosas laderas.

Verdad es que desde niño vivieron juntos, se alimentaron de la misma leche, que les daban en unos platos de barro, y empezaron á andar tras

de las ovejas y á recorrer los más íntimos senderos de la tierra, así por las cumbres como en los arenales mullidos de los torrentes, más suaves y blandos que las alfombras de Esmirna.

Así, cuando llegaban á uno de esos lechos más brillantes y limpios, donde el sol se reflejaba como en superficie de diamantes, Pedro se revolcaba abrazado de su perro, que gruñía alegre y desbordante de gozo, no sin echar de rato en rato miradas muy serias hacia la falda musgosa y florida, donde el blanco rebaño desfloraba los pastos más tiernos.

No era extraño que se adivinasen los pensamientos, se comunicasen á lo lejos sus señas y temores, y conversasen, el uno con sus ladridos policromáticos, el otro con silbidos ó con gritos, ó con la flauta de caña de las melodías rústicas.

Para ellos, la soledad de la montaña no era soledad. Aunque sabían que ninguna otra ánima viviente había en muchas leguas á la redonda, eso nada les importaba: los valles se sucedían á los valles, separados por colinas superpuestas que reproducían al infinito, en tonos siempre diversos y cada vez más vagos y dulces, los ecos innumerables de la naturaleza, de la flauta, de los pájaros, del viento, de los arroyos.

Los ladridos del perro, agudos y penetrantes, duraban en su repercusión largo tiempo, y pare-

cía como si unidos otros pastores les respondiesen de valles y montañas remotas, ó les llamasen á mezclar sus ovejas, á combinar sus cuidados y á acompañarse en sus jornadas.

Por eso la soledad de las montañas no es soledad. Allí todo canto tiene su respuesta, todo grito tiene su eco, y todo estremecimiento se comunica y se difunde en ondas invisibles por toda la tierra.

Apacibles y sonrientes eran sus excursiones durante el otoño y la primavera. El invierno helaba el rocío en las hierbas y en las flores del campo, congelaba y detenía el curso de los torrentes, y los pobres pastores apenas podían soportar las horas de sol, cuando las nieblas condensadas no se empeñaban en esconderle por días y más días...

Ya tenían todos, en cambio, en los veranos, sol para embriagarse y para arderse junto con sus rebaños y sus praderas tapizadas de gramilla, verde y dorada como brote nuevo de hinojo, porque en esas comarcas andinas la naturaleza es exacta y sincera hasta la rigidez: la nieve, la escarcha y la neblina en el invierno, llamas é incendios en el estío. Busquen sus otoños y primaveras los que ansíen sus besos de amor y sus delirios de placer.

II.

Sufren mucho los pastores cuando el sol estival caldea las rocas, quema los pastos, convierte en rescoldo las arenas y seca los manantiales. Y Pedro, el de las melodías rústicas, salido de mañana para volver con la puesta del sol, pasaba horas muy tristes, aquellas en que toda la vida de los valles, de los bosques y las colinas parecía consumirse entre las llamaradas de la siesta, y en que su rebaño rendido se acurrucaba debajo de los árboles y de las peñas, y en que su amigo inseparable se le acercaba anhelante y sofocado, con la lengua estirada, los ojos lacrimosos y suplicantes.

Entonces, si la soledad de la montaña no le parecía soledad, su tristeza y abatimiento se transmitían también á todos los objetos que antes le correspondieron con alegres ecos ó resonancias armoniosas. Y su imaginación juvenil, excitada por la caricia perenne de la naturaleza, desfallecía, se agitaba, y como en delirios de fiebre soñaba las cosas más extraordinarias, y veía en los árboles, en las cimas distantes y en los espejismos del aire abrasado, imágenes rarísimas y muchos engendros sobrehumanos, diabólicos, amenazadores.

Sólo en esos momentos tenía miedo y deseaba que su amigo tuviese palabras. Pero contentábase con mirarle los ojos, leer en ellos la cariñosa expresión del amor fraternal, y volver á buscar en el horizonte, en los paisajes, en las ramas de la selva, las impresiones de la realidad conocida. Las reverberaciones de la atmósfera le difundían la mirada, le enturbiaban las ideas y le sumían de nuevo en la febriciente agitación de la asfixia.

Un día de esos más ardientes, condujo el rebaño á una garganta estrecha de la montaña, para que no faltasen las sombras y las ráfagas frescas; y antes del medio día ya las caídas de los cerros se bordaron con la majada dispersa, semejante á las del Líbano, de los Cánticos. Por el fondo del bajío murmuraba un torrente entre piedras enormes; árboles gigantescos llenaban el plano, siguiendo la cortadura y aspirando á mirar con sus últimas hojas por encima de las cumbres; por el cielo giraban algunos cóndores impasibles y el sol de enero empezaba á poner en ebullición y en corrientes de fuego las ondas del aire.

Ya es la siesta, la siesta abrumadora y mortal. El pobre Pedro vino á guarecerse bajo el ramaje espeso y amplio de un tala antiguo, mientras sus corderos, refugiados en asilo seguro, no le inspiraban cuidado: vigilaban por ellos las madres y el

perro leal, nunca dormido en su guardia. Si no hubiese tanto fuego en el aire, tanto pavor indefinible en el bosque solitario, tanto amago misterioso en las cuevas y en los nidos desiertos y en las grutas ignoradas, habría dormino el pastor tendido en la blanda arena. Pero las siestas son semejantes á la media noche, y en ellas aparecen los duendes rapaces, los insectos cautelosos, las visiones terribles de la sofocación y del silencio... Y luego, el cerebro de un adolescente es rico en repercusiones extrañas, en recuerdos y temores punzantes, de relatos y consejas oídos en las noches del fogón.

Pedro tuvo miedo de todo lo que le rodeaba; á pesar del calor intenso, una corriente helada crispó su piel curtida; miró en torno y con la idea de salvarse de ataques de fieras, demonios ó brujas, se encaramó por el tronco del árbol corpulento, y á buena altura de la tierra se quedó sentado sobre un gajo enorme, cubierto por el ramaje espinoso.

Su perro, hermano de crianza y amigo de toda la vida, se hallaba en su puesto de servicio, y como un centinela, era sagrado, inviolable. Entonces habría creído que la soledad de la montaña era una soledad, si no hubiese recordado de súbito la flauta de caña, que asomaba en ese instante su boquilla modelada con cera silvestre, de uno de

sus bolsillos. ¡Ah, no! la soledad de la montaña no es soledad, y los vagos y sutiles fantasmas de la siesta de enero, se desvanecerían como leve polvo en el aire candente, al eco de sus suaves y queridas canciones.

Cuando el sagrado y sepulcral silencio de aquella colosal necrópoli de granito, arrullada por el acorde difuso de los mismos ruidos de la noche, fué sorprendida por las primeras modulaciones de la flauta campesina, hubo una sonrisa en el valle estrecho, y el mismo pastor, aterrorizado, no pudo contenerla en su rostro. Después acudieron una á una á su memoria, y fueron dispersándose por las infinitas sinuosidades de la montaña todas las melodías que recogiera en los valles, sin saber de quién, á punto de creerse que ellas flotaban con la flébil caña de los torrentes, y que éstos las traían de tierras lejanas y de tiempos olvidados; pero todo un mundo de memorias, de generaciones y de razas, gemía ó soñaba en las melifluas notas de la flauta del pastor, mientras el sol transponía el breve espacio entre dos vecinas cumbres, caldeaba la tierra hasta las entrañas, removía el fondo de las cuevas y expulsaba á los golpes de sus dardos el mundo infecto y misterioso de los reptiles.

Y la flauta de caña y de cera seguía evocando en el silencio de la siesta solemne, todos los ecos

adormecidos; sus dulces y quejumbrosas confidencias, surgiendo del tupido ramaje que ocultaba al artista, parecían moduladas por el genio invisible de las selvas, por esa alma errante de las montañas, nunca revelada en la forma, pero sí en las vibraciones armoniosas del espacio, en los cantos de las aves y en las melodías que los pastores ejecutan en la flauta campestre, sin saber quién se las enseñó jamás...

Medio adormecido por la somnolencia de la atmósfera, por el arrobamiento de su música y por un vago temor no dominado del todo, Pedro no abría los ojos, y así se hallaba más confiado y tranquilo. Pero era forzoso reposar; y cuando de pronto cesaron el canto y la embriaguez de las rústicas melodías, y como sorprendidas de su embelesado sueño, tres serpientes enormes, de piel abigarrada y caprichosa y de miradas fascinadoras, se agitaron en contorsiones violentas de fuga sobre là cabeza del pastor-artista, le rodeaban con sus anillos elásticos y lucientes y se deslizaban en espirales hacia el tronco rugoso y áspero del árbol que le servía de refugio...

Fué el espanto de la repentina visión tan horrendo, que el pobre niño lanzó un grito desgarrador, estridente, que hizo estremecer mil y mil veces los cerros, las faldas, las cimas inconmovibles; puso en alarma los nidos, las grutas, el

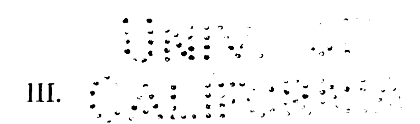
rebaño y las manadas de guanacos errantes que le respondieron con agudos relinchos; y en las ramas del árbol, no hallando salida inmediata, se atropellaban y enroscaban en confusión ante los ojos extraviados del pastor centenares de víboras y lagartos, que en la prisa del terror se acometían entre sí, despedían chispas de sangre las pupilas rencorosas, se agitaban y hacían rechinar colmillos de marfil finísimo, se arrojaban al suelo formando nudos indisolubles; y por todas partes la arena se movía cual si cada uno de sus granos innumerables cobrase vida y ondulaciones de reptil, en generación espontánea y maravillosa. Las hojas, los tallos, las plantas parásitas de racimos rojos, los nidos ocultos, adquirían en la pupila espantada de Pedro las curvas inquietas de la víbora, y se coloreaban con sus tintas inimitables, que á él le parecían de luces y de fuego.

Cuando el terror llegó á su colmo, fué al ver que amenazaban aprisionarle en sus sortijas escamosas; clavarse en sus carnes los garfios de marfil y las dobles filas de sus lenguas de grana, agitadas con furia incesante entre las fauces abiertas; entrelazarse y morderse las colas huecas ó agudas de los cascabeles, y las culebras, irritadas de su propia ponzoña, hincar los dientes húmedos en la vieja corteza del árbol, ó desgarrarse su misma carne en festín suicida y delirante...

Al horrible grito del espanto respondió el perro fiel con un doloroso aullido que sembró el pánico en el dormido rebaño, y cuando el pobre animal se acercó al amigo infeliz, éste tuvo la resolución suprema de dar un salto hacia la tierra y emprender carrera desesperada para salvar de la persecución de los reptiles, que él sentía tras de sus pasos chirriar, silbar, zumbar en sus oídos, horadar su cuello con las puntas de sus lancetas mortíferas, rozar su piel con la piel fría y espeluznante. De trecho en trecho volvía azorado la cara, atraído por el mismo horror de las visiones, y veía á los reptiles arrastrándose veloces en multitud famélica y chispeante, cual si luchasen por alcanzar la presa fugaz, para devorarla, para encenagarse en su sangre joven.

Despavorido el pobre pastor se despojaba de su sombrero, de su manta, de sus ropas para arrojarlas á la voracidad y avidez del diabólico enjambre de sus perseguidores, y mientras éstos en montón informe y jadeante se detenían ciegos de furor sobre la ardiente arena del campo á acribillarla, á desmenuzarla y á convertirlas en hilachas imperceptibles, el niño infeliz avanzaba largo espacio en su fuga enceguecida, sin que fuesen capaces de darle alcance, ni el perro amigo que llorando le seguía, ni la nube de polvo que el rebaño asustado levantaba huyendo hacia los establos...

III.



Refieren las gentes de la aldea montañesa que esa tarde, poco después de medio día, divisaron hacia el paraje donde el pastor condujera por la mañana el rebaño, un gran remolino de polvo que corría en dirección de la casa por el camino polvoroso del valle; y pronto distinguieron, entre el asombro y la pena más honda, á Pedro el pastor venir en fuga desesperada y ciega, dando gritos de espanto, con la faz descompuesta, las pupilas dilatadas y las desnudas carnes chorreando sangre, seguido de cerca por su perro que lloraba sin cesar, y más allá por todo el rebaño presa del más extraño terror.

Creían todos que el pobre muchacho hubiese sido víctima de alguna visión maligna; que el Diablo se le hubiera aparecido en la soledad de la siesta, semejante á la media noche por sus rumores y fantasmas; y los más expertos del lugar pensaron en algo más verosímil, en la presencia de alguna fiera, un león, un tigre cebados, que hubiesen llevado su ataque sobre el rebaño dormido. Pero las exclamaciones angustiadas é intermitentes de Pedro no les permitieron dudar por más tiempo: cuando le sobrevenía la fiebre del espanto, se estremecía

entero, se acurrucaba en un rincón del rancho ó entre las jergas de su cama,

> tutto smarrito dalla grande angoscia
> ch'egli ha sofferta, e guardando sospira.

murmurando trémulo y con los ojos extraviados:

—¡Ay, ay! ¡las víboras, las víboras!—y entre los gimoteos del perro y un sopor profundo, se dormía agitado por horribles pesadillas.

Algún tiempo después, si la crisis material había desaparecido, nunca volvió á asomar en sus serenos ojos y en su semblante ingenuo, ese resplandor vivo de la inteligencia que los ilumina y les da un lenguaje. Quedaron sus pupilas selladas para siempre con una vaga expresión de espanto, y cuando los favores de la caridad ó los relámpagos fugaces de su memoria le hacían sonreir, eran las suyas unas sonrisas tan rápidas, que luego la contracción de su rostro causaba más tristeza y dolor.

Pero nunca se le apartaron, hasta la muerte, dos amigos suyos, muy suyos: la flauta de caña y de cera silvestre, y el perro leal que se alimentara con él en un mismo plato. Y así, los vecinos del lugar no se inquietaban de sus vagabundajes y ausencias por los campos, los lechos arenosos de las corrientes, las faldas alegres y decoradas de los

cerros, los bosques centenarios de algarrobales, retamas, breas y aromas, porque le sabían bien defendido y guiado por el más amoroso de los guardianes, quien al ponerse el sol detrás de las lejanas cimas del ocaso, le volvería á la casa conduciéndole de una punta del poncho, y con caricias llorosas que eran un mundo de amor.

Tampoco entonces la soledad de las montañas era para el pobre loco una soledad, porque las melodías intermitentes y extrañas de la flauta rústica, errantes por todas las selvas, las quebradas, las colinas y los valles, iban despertando, á su paso incierto y caprichoso, las innumerables canciones de los nidos, las grietas y los peñascos, cual si fuesen por doquiera llamando la razón perdida del artista montañés, que acaso se refugiara en algún nido desierto, ó en el fondo misterioso de ignorada gruta, de donde sólo surge la gota de agua interminable, sonora, transparente como lágrima...

Deben tener los crepúsculos otoñales una virtud suprema sobre las almas sin luz y sin esperanza, porque en esas horas, cuando el sol, de oro puro, se difunde, irradia y transfigura todas las cimas, el pastor seguido de su perro, iba á sentarse sobre una alta roca, con vista dilatada hacia el poniente; y allí, mientras se realizaba la mutación maravillosa de la luz en las nubes ó en los cielos abier-

tos, abrazaba el cuello del amigo triste y dejaba brotar de su flauta, en desorden y continuidad, con alegría y dolor confundidos, todas las melodías que antes aprendiera sin saber de quién, tal vez de los mismos torrentes á cuyo borde crecieron los cañaverales. La última vislumbre del día, del color del hierro candente que se apaga sobre el yunque, reflejábase en la pupila del pastor con vivo reflejo, porque ella le enviaba un adiós intraducible en una gota de agua, cálida y silenciosa que caía sobre la piedra...

Por mucho tiempo, en aquella región de la montaña andina, vagaron sin rumbos y sin enojos los dos amigos que un tiempo fueron pastores; la flauta de caña oíase por todas partes, como si una multitud de notas, huídas de su dueño, buscasen entre los manantiales, las ramas ó las rocas el seno armonioso de donde brotaran; los zorzales y las calandrias les contestaban y les hacían acordes; y por último, fueron á enriquecer la infinita variedad de los cantos, las armonías y los lamentos que adormecen las noches, sonríen á las auroras, aturden los días y bañan de melancolía las puestas de sol.

Si el viajero preguntaba á las gentes de la aldea por el secreto de aquellas dos existencias tan extrañas como atractivas, respondían con tristeza:

— Ese loco fué un pastor; un día á la siesta se puso á tocar la flauta en la *Selva de los reptiles*, y las víboras, las culebras y los lagartos que allí habitan, salieron de sus cuevas y lo persiguieron para devorarlo... Desde entonces anda así, por los campos...

LA MAESTRA DE PALOTES.

« ... the hamlet of Nonogasta, where in consequence of the facilities for irrigation, vegetation once more improves. Here the first object which catches the eye of the traveller, if he arrives in due season, as I did, is a brilliant hedge of roses 15 feet in height and 250 yards in length. This hedge, which bounds a vineyard, and the road forming the southern entrance of the hamlet, is covered with a profusion of magnificent flowers like the large common garden rose, and forms a charming object... » (*On the Province of La Rioja, in South America, to accompany a Map.* By J. O. French, Esq. 1826-1828. (The Journal of the Royal Geographical Society of London », V. IX, 1839).

Podia haber bautizado estas memorias que voy á contar, con el título más poético de « el cerco de rosas », para estar de acuerdo en todo con el caballero inglés cuya relación, exhumada en pacientes excavaciones bibliográficas, ha venido á recordarme uno de los episodios que más honda impresión dejaran en mi mente, localizado en una residencia deliciosa que se defendía tras de aquel

«muro cubièrto de magníficas flores, iguales á las grandes rosas comunes, formando un encantador objeto... »

Mas hay algo que se levanta en el vago cielo azul de mi infancia, con relieve luminoso y sonriente, por encima de aquel deslumbrante cerco de rosas que borda la calle por donde los viajeros entran en mi aldea nativa: es Augusta, un alma serena y bondadosa, cuyas caricias maternales y enseñanzas rudimentarias prestan gracia y unción, á través de treinta años, á las palabras que van á referirlas.

Revueltos, intranquilos, sobresaltados eran aquellos días. Adheridos á las soldadescas criollas algunos bandidos extranjeros, armados de generales por la osadía y la crueldad, recorrían los valles y las llanuras sembrando el espanto, la desolación y el oprobio, al estrépito salvaje de las turbas ebrias de sangre, de rapiña y de brutalidades sin nombre. Pero mis recuerdos nada saben de historia, ni por qué cierto día todos los niños cultos de la señorial aldea, nos hallamos reunidos en una sola casa, bajo el gobierno amoroso de aquella mujer providencial.

Era que se esperaba una horda que acababa de vencer, en batalla desigual, á los desgraciados defensores de la civilización, y en la cual formaban todos los dueños aristocráticos y feudales del poé-

tico pueblecillo de las rosas y los viñedos trepadores y fecundos. Imitando á la estrategia de sus cultivos, formaron una muralla de hombres contra un torrente de bárbaros; pero las aguas despeñadas arrasan los improvisados diques, y la ruina se esparce sobre los campos.

Oíanse los ecos de la sangrienta é injusta victoria, los alaridos y blasfemias de los vencedores transmitidos por la resonancia de la montaña, y veíanse desde lo alto de los olivos y los naranjos, las nubes de polvo levantadas por las tropas, y las manchas rojas distantes de las blusas y gorros de bayeta.

—¡Han triunfado los montoneros de Felipe Varela, y se vienen á acampar en Nonogasta!—fué el parte del vigía avanzado que las familias enviaran, por conocer la suerte de sus padres, hijos y servidumbre; él significaba la amenaza terrible contra las vidas, y los respetos y los bienes seculares. ¡Y aquellas venerables viviendas se vieron durante cuatro décadas asediadas y perseguidas, como tesoros de guerra, por esas hordas sin otra disciplina que la lanza ó el sable de sus propios jefes! ..

Mas ¿á qué traigo yo estas tristezas, cuando quiero contar cosas amables y tranquilas? Es que

en el transcurso de una de esas campañas de nuestros padres contra la montonera invasora, están fijos con líneas más claras los incidentes de esta confidencia; por eso nos hallábamos reunidos en la quinta encantada de las rosas y los viñedos, los niños cultos de la aldea señorial.

Por encima de la cerca que álamos altísimos alineaban y los rosales tupidos hacían impenetrable, asomaban las obscuras copas repletas de savia, y en primavera desbordantes de azahar, los naranjos añosos de la huerta; y los sarmientos del parrón elegido, incontenibles en los encatrados, subían enroscándose como culebras sin fin, hasta los vértices de los gallardos álamos. Y luego, pasada la fiesta del Niño-Dios — para quien eran las primicias de los racimos, apenas salvados de nuestra rapacidad, y cuyas uvas, negras y transparentes, se asemejaban á las pupilas de nuestras compañeras — desplegarían todas las plantas su vigor y madurez, y como colgaduras de una fiesta regia, las parras atrevidas y los rosales robustos extenderían sobre sus altos ramajes la pompa multiculor, perfumada y deslumbrante de su fecundidad.

Apenas, sólo á fuerza de bondades y cariños, conseguía la maestra honoraria mantenernos sujetos al deber, sentados en torno de la mesa del comedor. Cada uno con su cuaderno y su lapi-

cero, con los dedos rebeldes. indisciplinados y untados de tinta de puro torpes, trabajábamos con la menor atención posible, no obstante la severa vigilancia de la preceptora y sus amenazas espantosas para unos estómagos como los nuestros, y para las ansias de libertad que nos comunicaba el aire, repletos de aromas nuevos, de rumores renacientes, de cantos y aleteos universales.

Afuera, los cisnes salían en bandadas del estanque, dando gritos de alarma que repercutían y contagiaban á todos los pájaros de las viñas y sembrados vecinos; y sin presentir peligros como los del Capitolio, nos electrizaban y nos conmovían en nuestros asientos. Más de un lápiz soltado de pronto rodó sobre la pizarra, y más de un garabato imprevisto trazó en el papel la representación gráfica del impulso interior contenido, por salvar de un salto el umbral y correr como los cisnes, dando gritos de júbilo por las arenosas calles bordadas de rosas y de sauces.

Fué en aquella casa donde aprendí los primeros rudimentos de la escritura. No sé hoy — lo digo con el alma — si es de alegría ó de dolor la impresión de este recuerdo, pero sé que allí estuvo el génesis de este mal incurable, entre cuyas consecuencias debo contar estas mismas páginas.

Yo hacía palotes; mi mano indómita rechazaba toda posición escolar; tan pronto los amontonaba

como una araña entumecida, en la punta del lápiz, tan pronto los alargaba sin concierto hasta hacer imposible todo trazo; y esta resistencia primitiva y salvaje que ojalá nunca hubiese vencido mi maestra, fué razón para que ella no se apartase de mi lado, hasta conseguir que empuñase en forma correcta el funesto buril que graba los devaneos y las vanidades de nuestro pensamiento. Ella — la comtemplo ahora como á través de un tul sonrosado — trazó con admirable perfección los palotes de muestra, tan rectos, tan iguales y equidistantes, que debió parecerme empeño inútil la copia, porque yo tuve un impulso de rebeldía suprema que hubo de sofocar la preceptora con un imperio, y acaso con un *quos ego*, más supremos que mi resistencia.

Entre gimoteos de vencido; entre visiones deleitables tras las puertas del escaparate bien provisto; entre las esperanzas de la próxima excursión colectiva por los parrales, nidos de pájaros y uvas pintonas, semejantes á los ojos de mis primas, recuerdo que salieron los primeros palotes, quizá lo mejor, lo más artístico, lo más feliz que mi pluma, hoy gastada, haya producido jamás. Cierto es que no podían aspirar, ni siquiera de lejos, á una comparación con su atildado modelo; pero también lo es que yo hice una gran cantidad, de todas dimensiones: ya los agrupaba y enre-

daba entre sí como gusanillos inquietos, ya los separaba en colonias más ó menos abundantes y antagónicas con sus compañeras; y lo más cierto de todo es que cuando se llenó la plana, y antes que yo hiciese ademán de presentarla, oí resonar junto á mí, como un arpegio desconocido, la carcajada más armoniosa y franca nacida de un corazón de oro puro, como era el de la maestra; pero su timbre era cariñoso y simpático, y entre corrido y satisfecho, sin esperar la licencia, arrojé la « escritura » sobre la mesa, di un solo brinco en la silla, y no pararon mis pies hasta el último rincón de la huerta.

¿Cuánto tiempo transcurrió en tan deliciosa vida? No lo sé. Sólo resucita en mi memoria el cuadro medio cubierto por brumas matinales, y en su centro, amorosa y solícita como la dulce Carlota de Goethe congregando sus pichones á la hora del alimento, sonríe entre los niños la imagen apacible de Augusta. Si fuese pintor representaría en la tela un cielo de azul y de rosa, muchos árboles llenos de pájaros cantores y cubiertos de pasionarias simbólicas y de racimos, y por ahí, bajo los parrones sombríos y fecundos, ó por las calles de naranjos bordadas de jazmines, dalias, claveles, camelias y rosas, y más rosas, de variedades, colores y matices innumerables, la amiga adorada de los niños, cortando para ellos los mejores fru-

tos, llenándoles los rostros de caricias y las manos de dulces de su inagotable alacena, provista de su propia fabricación...

Estrépito infernal, sólo comparable con el que hiciera una horda de indios salvajes entrando en son de exterminio, turbó un día, de pronto, la apacible sucesión de escenas de aquel idilio delicioso. Una nube de polvo, espesa y extendida á lo largo del camino que desciende de la montaña al valle, divisada por los hombres de la finca, anunció la catástrofe. Los rostros sonrientes de las señoras, la tranquila confianza de las gentes de servicio, se cambiaron en un instante por la expresión del miedo y de una exquisita prudencia: todos hablaban bajo y marchaban como á escondidas, cual si temiesen ser descubiertos por la voz ó por los pasos, de algún oculto genio maléfico.

Recuerdo muy bien esta mutación trágica, porque me impresionó hasta lo más hondo de mi ser. Sólo mi maestra de palotes mantuvo su bondadosa sonrisa para todos los niños, y parecía asombrada de que se creyese en amenazas de los hombres contra los hombres. Después hizo de nosotros un grupo, nos condujo con sus suaves é inalterables caricias hacia la huerta y nos ordenó estar quietos bajo un espeso bosque, donde se entrelazaban en

denso tejido los rosales, los juncos, los membrillos y los sarmientos, cuyas curvas en todas partes se presentaban.

Allí se encontraban ocultas, en silencio, trémulos los labios del temor y de los rezos, otras pobres madres con sus niñas, que eran su único tesoro, y por eso las ocultaban de los bárbaros invasores. ¡Qué cambio tan horrible en todas las cosas, en el mundo interior de los corazones y en el panorama externo y desbordante de colorido de la naturaleza! Se estremecía y callaba todo lo que hace poco era regocijos y cantos. El sueño fantástico y gracioso de los niños era cortado por la brusca sacudida de una mano torpe. ¡Qué lástima y qué contrastes tan feos al repentino despertar!

No tardamos en escuchar estridores de clarines, que groseramente profanaban las dianas de victoria; llegaban en confusión gritos destemplados y tropeles múltiples de caballerías en desorden; y pronto, por encima del cerco de rosas, vimos asomar las puntas de las lanzas, adornadas con banderolas de sangre, marchando por la calle única del pueblo, bordada de viñas y alamedas... ¡Y aquellas puntas de hierro se habían manchado, acaso, en sangre para nosotros querida, mientras los cuerpos heridos ó exánimes yacerían entre los arbustos, las piedras ó las zanjas del campo de batalla!

Un toque de clarín y estrépito de sables y herra-

duras resonaron en el patio mismo de la casa que nos asilaba: la impresión del terror fué semejante á la perspectiva de la muerte y el vilipendio, para el grupo doloroso y azorado de las pobres mujeres, á quienes se podía repetir las eternas palabras del Maestro: « Llorad por vosotras y por vuestros hijos ». Luego, alguien trajo la noticia:

— Han entrado los montoneros. El comandante Varela con su escolta se aloja aquí en casa, hasta mañana. Parece que no peligran nuestras vidas, porque así se lo ha prometido á la señora vieja.

¡ Era toda la magnanimidad del insigne bandido, lanzado de su tierra propia para ensangrentar la ajena! Y ante esta seguridad, nosotros por lo menos, ya no pudimos resistir el encierro, sin ver ese aparato marcial y conocer de cerca al hombre que, para nuestra imaginación, era como los gigantes de los cuentos. Guardo apenas una memoria medio borrada, nebulosa, de aquel agitado y tremendo día; y de que mi maestra, llevándome protegido por sus brazos, se acercó al corredor y saludó al jefe, que en ese instante podía disponer de todas las vidas y haciendas. Y como yo me escondiese entre las faldas y me encogiese de miedo, advirtió mi presencia, y puso en mi cara su mano rugosa y ennegrecida en la campaña:

— No tenga miedo, amigo; venga; luego nos vamos juntos, ¿eh?

Y como yo, casi magnetizado, no quitase los ojos de los suyos, brillantes y pequeños, y me atrajeran sus prominentes facciones y su gran bigote —de los que allí se comparan con las « astas del diablo » — creyó el sanguinario invasor que debía hacerme mayores agasajos, y alzándome sobre sus rodillas, me habló varias cosas entre las cuales sólo recuerdo que me dijo: « ¿Quiere irse conmigo? » Y como yo hiciera fuerza para escapar de la prisión, y él en vano pretendiera cautivarme con sus palabras y ofrecimientos, á mi preceptora se le ocurrió auxiliarme en la difícil empresa. Le contó mis travesuras, le habló de mi glotonería, y por último, se fué corriendo á traerle mi plana de palotes!

¡Oh, santa mujer! Por tales artes procuraba alejar en aquel hombre tan temible y odioso, la cólera ó la sed de venganza que imaginaba ya pronta á estallar sobre nuestras cabezas, mientras que en mil escondrijos se helaban de horror las viudas ó los huérfanos de sus víctimas, inmoladas por las lanzas, las bayonetas y los sables de sus tropas, ebrias de sangre y de vino. Y aquella victoria fué horrenda, porque ninguna como esa costó vidas más amadas ni presenció mayores crueldades y horrores. Quiero olvidar lo que después supe de ella por la historia y la tradición de los testigos, y velarlo todo con la espesa neblina

que enturbia mis propios recuerdos de infancia.

Un viento del desierto, de los que pasan para no volver jamás, arrancó la tela luminosa en que se hallaran descritas sus escenas, cuadros é imágenes adorables, que hoy después de treinta años reaparecen al poder de la evocación, desvanecidos, difusos, y como salvados de entre los huesos de un sepulcro.

Y volví entonces á la aldea nativa, por la calle única de árboles entretejidos con el rosal añoso que al viajero inglés sorprendiera por su pompa y magnificencia. Recuerdos de su lozana juventud quedadan todavía; retoños diez veces renovados me ofrecían sus flores inmortales; nidos y cantos nuevos respondieron á los silenciosos latidos de mi corazón atravesado de hondas cicatrices, y cuando entré en la querida vivienda que nos asilara en los días sangrientos que quiero olvidar, oí el bullicio arrobador de otra naciente generación de niños y de pájaros que salían á recibirme. Y como la madre y gentil castellana, señora de la heredad, notase en mis nubladas pupilas una lágrima empeñada en regar el umbral de su santuario, me condujo al comedor, y señalando con gracia exquisita un sitio de la gran mesa, me dijo:

—Ven, siéntate aquí, donde Augusta te enseñó los primeros palotes.

AMISTAD DE ARTISTA.

En el mes de Diciembre se contiene el aniversario de la primera desilusión de mi vida. Hace un cuarto de siglo en que mi corazón sintió el vacío de una amistad muerta apenas acariciada, hacia uno de esos seres nacidos para la eterna peregrinación, que hoy asientan el vuelo en un paraje. y mañana la ráfaga de viento los arranca sin piedad, á veces dejando adheridos á los árboles fibras despedazadas y sangrientas.

Me causa cierto rubor el confesar que ese amigo perdido para siempre era... era un artista, pero un artista de circo, de circo ambulante en lejanas provincias interiores. No obstante, los que tienen el privilegio de despertar tan intensas emociones con los prodigios de su fuerza adiestrada, desafiando á cada instante la muerte con heroísmo incomparable, porque luchan con el vacío, por un ideal recóndito que les hace olvidar al rumor de un aplauso la ley terrible de la existencia, esos tienen tanto derecho á la admiración de los demás

como los otros, los autores de lienzos soberbios, de poemas inaccesibles, ó de batallas reñidas sobre campos envueltos en humo rojizo.

Pero dejemos lo trágico para el final, como exige una antigua regla literaria, y asistamos á un espectáculo adorable: el de un pueblo sencillo, aislado casi del resto del país inmenso, pero reclinado con abandono de príncipe indolente en la falda nevada del Famatina que se dispone á asistir á la primera función de la compañía de acróbatas, recién llegada á través de desiertos, de montañas y de llanos.

Ya por la tarde, durante el prolongado y sereno crepúsculo de la región, recorrieron las calles más pobladas del vecindario los principales actores, montados sobre un carro vestido y engalanado con telas vistosísimas, donde el rojo, el azul, el amarillo, tachonados de lentejuelas y bordados de esmaltes, daban al pueblo la buena nueva más alegre y deslumbradora de que se guardase recuerdo.

Lucían los artistas á la plena luz del sol los trajes de punto, de igual colorido y relumbrón que todo el equipaje; y al verlos así, casi desnudos y con sus líneas atléticas y robustas formas, recorrer la Vía Apia de aquella Roma casi primitiva, única empedrada por milagro de algún gobierno progresista, arrancaban a los vecinos arrimados á

las puertas las más raras exclamaciones, y conducían tras sus huellas un enjambre de muchachos alborotados como avispas, y que de rato en rato dispersaba con arremetidas de caballero andante, sobre un burro enjaezado y pintado á brochazos de añil y grana, el payaso de la celebrada compañía.

— « ¡ Á ver, sabandijas ! » — gritaba, encarándose con ellos hasta ponerlos en rápida fuga, mas para atraerlos de nuevo con alguna mueca, en la cual había más cariño que ganas de reñir con esa turbamulta escurridiza y aturdidora, que tan pronto se desparramaba, como volvía á amontonarse tras él como anunciador del estreno.

Nunca el valle había repetido rumores más alegres. La música, de apenas cuatro instrumentos, con el bombo y platillos irreemplazables, por lo mucho que ellos reemplazan, repercutía en aquellos ámbitos con ecos infinitos, á los cuales iban á agregarse para comunicarles mayor encanto é intensidad, los de la gritería de los niños que el payaso se encargaba de hacer chillar cada vez más con provocaciones y burlas.

Llamó vivamente la atención de los mozos del pueblo la « dama » de la *troupe*. Era una morocha meridional de cabellera abundante y suelta con ondulaciones suaves y reflejos del ungüento aromático empleado para disciplinarla; con unos

ojos negros, profundos y melancólicos en cuyo fondo había una vaga expresión de majestad y ensueño que despertaba en los pacíficos moradores de la villa irresistibles anhelos de contemplarla ya en toda la esplendidez de su reino artístico.

Aquellas horas transcurridas desde el anuncio del espectáculo no acababan de pasar jamás. Si en todas las familias ocurrió lo que en la nuestra, es seguro que en ninguna se pudo poner orden en la mesa; ni se hizo caso á ninguna reprensión ni amenaza paterna, y cada golpe de bombo con que desde el circo se advertía la aproximación del instante supremo, repercutía en los corazones infantiles como en una caja acústica.

En fin, ya no se puede resistir más. La noche ha cerrado después de un fastidioso, de un eterno crepúsculo, pues ni aun á la belleza le es permitido abusar de su presencia ante personas impacientes, y la pequeña caravana se encamina guiada por el padre benévolo, que no puede contener su gozo al conducir á la gloria tantas almas.

Al paso, por la calle real, encontramos otros grupos de niños y de muchachos del pueblo, con quienes nos tuteamos en la escuela y en las andanzas por todas partes, y con cierto orgullo les preguntamos:

—¿Ustedes también van á las pruebas?

—Sí; nosotros tenemos sillas aparte.

—Nosotros palco.

—De arriba del tablado se ve mucho mejor.

—Nosotros no necesitamos entrada—dicen otros menos aristócratas—porque de la tapia de casa se divisa y se oye todo lo del circo.

—Pero no es lo mismo...

Y el bullicio continúa hasta la puerta, donde á pesar de todos los esfuerzos por tener calma y moderación, las personas más distinguidas no pueden contenerse y llegan á producir aglomeraciones y apreturas de ciudad populosa, hasta hacer temer por los niños llevados de la mano para que no se extravíen.

Cuando entramos y nos vimos instalados dentro de un corralito de cuatro palos donde estaban las sillas enviadas por la tarde, desde casa, como todos los demás vecinos acomodados, sentí—y aquí empezaré á singularizarme—cual si poseyese en ese instante todas las grandezas del mundo, una oleada de vanidad invadirme el corazón é hinchármelo como á la rana del cuento.

No se borrará nunca de mi recuerdo aquel cuadro del circo de aldea, levantado como la tienda del árabe, por la pobre compañía errante á través de desiertos inauditos; y hoy, después de un cuarto de siglo, lo contemplo envuelto en la

vislumbre de centenares de candiles de barro y sebo, productos casi espontáneos de la alfarería indígena, y en la humareda que las mismas luminarias despedían en su penosa faena de combustión.

En el fondo, rodeada de un cerco de madera como el de nuestro palco, la banda de música ejecutaba, á título de sinfonía, una zamacueca célebre en la historia local, adornada con curiosas variaciones que en los bailes se suprimían por inútiles, pero que en las audiciones públicas concurrían á dar á ese gracioso aire argentino todas las solemnes apariencias de un trozo de ópera.

Pero lo malo era que en lo mejor de extasiarnos en las novedosas escalas y arabescos del clarinete y el pistón, solía asomar el payaso por entre las roturas de la lona, para remedar con espeluznantes cacareos las pifias de los veteranos instrumentos de tantas alegrías populares y domésticas, ó los fáciles y retumbantes «acordes» del bombo, al que siempre comparaba con un vientre opíparo...

Y luego repetía el programa oral de la tarde; y sin más demora, comenzaba la compañía á hacer desfilar ante nuestros ojos maravillados, los prodigios de su fuerza, la maestría de algunos caballos, la elasticidad de los cuerpos y el valor realmente sublime de los artistas de resis-

tencia. Éstos eran los que daban los saltos mortales, caminaban sobre cuerdas á grande altura, fuera casi de los candiles indígenas, se colgaban por la punta de los pies de alguna argolla invisible, para causar la sensación de una suspensión aérea ó de una caída y muerte inminentes; para lo cual, después de una agitada y solemne espectativa, lanzaban un grito de angustia y prevención á un tiempo:

— «¡Páyacitoo!» — y al abandonar el cuerpo al vacío, crugían las cuerdas y palos de las maromas, y el toldo remendado, al sacudirse también como al empuje del viento, ahogaba el grito de la concurrencia, que era de terror, de sorpresa y de asombro, todo junto.

Convirtióse desde la primera noche en el centro de atracción de todas las simpatías, un niño de mi edad — un héroe, un mártir, un santo — cuya abnegación, destreza, disciplina, arrojo y renuncia de la vida, eran el tesoro inexhausto de aquel núcleo de bohemios mediterráneos. Él realizaba las cosas más increíbles, sometíase á los más brutales y terroríficos excesos de la fuerza, soportaba sin una queja ni un suspiro, ni un gesto de dolor ó disgusto, los funestos errores de los demás, y siempre, al levantarse del suelo después de sus caídas, era infalible su saludo infantil al público, con una reverencia y una sonrisa que arrancaban

á nuestras madres lágrimas de piedad, y á nosotros un profundo y silencioso homenaje de admiración.

Su apellido era Rosas. Así lo anunciaba el payaso. Tenía una expresión de melancolía suave y resignada y un timbre de voz tan dulce, que al exhalar desde la altura de los aparatos, perdido á veces entre las sombras de la noche, su grito de alerta: « ¡ Páyacitoo ! » estremecía los corazones como la voz de la despedida eterna al hogar, antes de tender el vuelo hacia el abismo inmensurable.

Yo me sentía encadenado á aquella existencia fugaz con toda la fuerza de una esclavitud. No pude resistir al deseo de verlo de cerca, estrecharle la mano, darle el nombre de « amigo »; y como me lo figuraba huérfano, también hice el propósito de llevarlo un día á casa, á jugar, á vivir un rato con nosotros, á hacerle participar de las relaciones con los demás niños. Él también, de seguro, aunque tenía tanta fuerza y parecía todo un hombre cuando desafiaba la muerte en los espectáculos, era un niño como yo, como mis hermanos, y habría de gozar con el recuerdo de la dicha íntima que transmite al alma la caricia materna.

Mi padre era hombre de alguna influencia en el pueblo, y no sé si desempeñaba también auto-

ridad; lo cierto es que influencia y autoridad fueron puestas á mi servicio para conseguir penetrar hasta el departamento reservado á los artistas, y venciendo una grande emoción y extraña cortedad, acercarme al héroe de mis afectos nacientes, y decirle entre palabras entrecortadas que yo quería ser para él un amigo, y ofrecerle la casa y cuanto en ella pudiera serle agradable.

No sé con qué palabras se lo dije, y si adopté ó no esa vaga forma de discurso diplomático adquirida en las fiestas escolares; pero sí me acuerdo bien del intenso placer de mi alma cuando me insinuaron que le diera un abrazo, y se lo di sobre la ropita de punto adornada con estrellitas brillantes, con que había salido á sus primeras hazañas del circo.

— Bueno, pues, ya que son amigos — dijo mi padre, dirigiéndose « al joven Rosas », como allí le llamaban — esperamos que nos haga una visita mañana, ó cuando usted guste. Los niños vendrán á buscarlo, cuando no le sean molestos.

Mi amigo era poco ó nada expansivo. Quizá lo confundía el inesperado, el fraternal agasajo; y al estirar su mano tímida primero, y luego al ceder á mis abrazos contenidos apenas, le oí balbucir algún monosílabo.

Muchos días paseamos juntos después por las viñas y las huertas, y no tardaron en desatarse las confidencias del misterioso amigo con tanto empeño conquistado. Había en su alma un sentimiento de tristeza que yo adivinara, y fué ese el vínculo inicial, la sugestión primera de su espíritu sobre el mío. Él no se daba ninguna cuenta de este prestigio sobre los corazones y concluí por llenarme yo mismo de cierta supersticiosa confusión, cuando al preguntarle una vez, casi en tono romántico, si sus padres vivían, si lo querían mucho, me contestó con estas dos sílabas, que sólo ahora retumban en el fondo de mi ser con la lúgubre sonoridad de un abismo subterráneo:

— No sé.

En mi imaginación comenzaban á removerse con palpitaciones de vida las mil fantasías que luego, en la adolescencia, toman formas complicadas y se combinan y luchan, y agitan ó sacuden el alma, el cerebro, la voluntad, y son impulsión, fuerza ó destino irrevocables.

No fué de temor ó desengaño la impresión de esas palabras en mí, que era todo pasión filial, sino de más viva piedad y simpatía hacia esa existencia que yo imaginaba ya en el abandono, en la orfandad, en la ausencia eterna de los afectos de hogar. Llegaron mis padres á mirar con cuidado mi adhesión á mi nuevo amigo, y á recon-

venirme por los extremos con que la revelaba. Ellos sabían que aquel lazo había de romperse muy pronto, por la inquieta, la imperiosa ráfaga que arrastra esas vidas errantes.

Cuando le veía por las noches en sus trabajos ante el público, realizar las mismas proezas, soportar las mismas crueldades y desafiar á cada instante la muerte en bárbaras aventuras aéreas, se formaba en mí un torbellino de contradictorios sentimientos é ideas: orgullo, compasión, entusiasmo, dolor y deseos inexplicables de poder libertar á mi amigo de esa situación en que yo era el primero en admirarlo.

— ¿Por qué no lo pide y lo hace quedar en casa? — fué una insinuación involuntaria que yo dirigí á mi padre una de esas noches...

— Pero muchacho — fué la respuesta dada entre sonrisas, — ¿estás loco?

Llegaron pronto nuestros exámenes de la escuela para alejarme del cultivo inmediato de mi amistad artística. No me figuré jamás que el encanto hubiese de ser pasajero, que al concluir mis ocupaciones intelectuales desempeñadas á conciencia y al hallarme libre de todo obstáculo, había de volver á la amada compañía, á quien á cada momento le enviaba mensajes cariñosos, obsequios y promesas de nuevas visitas para las vacaciones próximas.

Pero al volver un día vencedor en el último torneo escolar, ansioso de consagrarme con toda mi alma á lo que era entonces mi afección más querida, me esperaba la dolorosa, la terrible noticia, cuyas huellas en mi memoria un cuarto de siglo no ha podido borrar, y que al oirla de labios de mi padre — « ¿ Sabes, Carlos, que tu amigo Rosas se ha ido ya con una parte de la compañía de acróbatas, para no volver ? » — me causó una sorpresa tan amarga, que me desaté en lágrimas y luego me invadió una tenaz, incurable y honda tristeza.

Cuánto tiempo pasé desde entonces entregado á la soledad, á la meditación de esta ausencia tan desgarradora, es cosa para mí imposible de precisar tras tantos años. Pero ya sabía escribir sin dictado, de mi propia cabeza y en letra regular, y fuese por inspiración ingénita ó por consejo materno, recuerdo que me encerré en la alcoba donde el Cristo de la familia tenía su oratorio, y escribí una carta al amigo ingrato que al partir no había tenido una palabra de adiós.

Pero no importa; mi sentimiento era invariable y lo seguiría por todos los pueblos donde le condujese su destino...

¡ Pobre carta mía ! ¡ Si habrá aspirado alguien el exquisito perfume del sentimiento que la dictara !

LA CANCIÓN DE LA PRIMAVERA.

(ECOS DE LA MONTAÑA).

Ya pasó la estación de las nieves, cuando todo se complace en ostentar señales de vejez y en remedar el silencio de los sepulcros; cuando los árboles amanecen vestidos de blanco, con las hojas pegadas como mechones de una cabeza anciana, y cayendo de ellos una á una las gotas de la escarcha derretida por el tibio sol del invierno; cuando los pájaros que dan voces fantásticas á los abismos, á las quebradas y á los valles, enmudecen y buscan el calor en misteriosos nidos, sólo visitados por el hada invisible que cuida el fuego de los amores, para que luego todos puedan saludar con cantos de regocijo á la primavera, triunfante sobre su carro de rosas.

Entonces el cuadro cambia; el sol aparece con la cara risueña, abriendo las sutiles brumas apiñadas en el fondo de la llanura distante, y cuando sus primeros rayos encienden las flotantes

pajas de las cumbres, se oye en todos los rincones de la montaña un vocerío de júbilo, como de niños que despertasen ansiosos de corretear por las arenas de las avenidas.

La vista y el oído difúndense en todas direcciones y no perciben sino paisajes bañados en luz primaveral, matizados de colores nacientes y cantos de tonos y modulaciones innumerables, lanzados al aire libre sin orden ni concierto, pero que luego, arriba, viene á formar un acorde grandioso, para derramarse como lluvia serena sobre las faldas y las hondonadas repletas de brotes y de retoños.

Á la primavera anuncian esos cantos; á la primavera que viene á reconquistar su imperio del poder del canoso invierno y á obligarle á volver á sus cuevas profundas donde, como el Lucifer de Dante, ha de pasar nueve meses entre las gruesas capas de su propia nieve, allá en el fondo obscuro de la tierra, sufriendo sus cadenas de témpanos y la incesante y helada gota de agua de las estalactitas, semejantes á cirios petrificados é invertidos sobre una tumba secular.

*
* *

Pero falta todavía la gran cantatriz, la reina de las aves montañesas que debe hacer su aparición victoriosa en medio del aplauso de la multitud,

congregada para escuchar las variaciones, las melodías y los arpegios más sorprendentes que instrumento alguno es capaz de producir. La calandria tiene su imperio limitado por las cumbres que rodean y forman los valles altísimos; todos los árboles son para ella tronos y escenarios, y cuando canta es de ver cómo las demás aves le hacen silencio para oir con claridad las más ligeras, las más leves notas de su música inimitable é intraducible. Y ella es artista de sentimiento, de pasión; porque si el aire está quieto y los rapaces no la tienen intranquila, asiéntase sobre la copa verde obscura de un *molle* floreciente, y olvidándose del mundo exterior para sólo embriagarse de armonías, empieza á desplegar los infinitos tesoros de su garganta incomparable.

La he escuchado toda una tarde, mientras el sol recorría el cielo desde una á otra cima, guarecida debajo de un árbol encantado, porque sus ramas servíanle de sitial. La consentida y vanidosa lo sabía, y por eso mismo se posó en aquel sitio, para hacer coqueterías, para adormecerme, para hipnotizarme, para seducirme, aprovechando de la tibieza del ambiente, de los mil aromas difusos de la selva, y de esta mi afición á abandonarme al mundo de lo fantástico, de lo etéreo, de lo sobrehumano. Hallábame solo, lejos y muy arriba de los hombres, en un cielo serenísimo y poblado de vi-

siones sonrientes, movedizas, bañadas de sol y de celeste, y todo difuso, magnificado, humanizado en ese dulcísimo instante, cuando los párpados van cayendo y á través de las pestañas, mientras la realidad se ausenta, comienzan á sucederse las imágenes extraordinarias, las formas deslumbrantes de seres semidivinos, conjunto de verdad y de sueño, de cosas presentes y de recuerdos vagos.

Era la embriaguez luminosa, el reinado del pensamiento y de la imaginación, recreándose en el reposo de la materia, en pleno espacio ideal y al son de una música deliciosa que recorría los tonos conocidos é ignorados, imitaba los cantos de todas las aves del valle, como si se los enseñase ella misma; desde el levísimo cuchicheo de los canarios de plumas de ébano y oro, hasta las robustas pero melancólicas notas del zorzal, cuya canción repercute de falda en falda como si llamase á la novia ausente; desde el lamento melodioso de las palomas solitarias, hasta el relincho lejano, semejante á una carcajada diabólica, del guanaco veloz y asustadizo.

No hay en aquellas alturas un ser viviente dotado de una expresión musical ó prosaica, dulce ó áspera, agradable ú horripilante, ni un rumor apreciable para el sentido artístico, que no encuentren en esa reina melomaníaca la imitación,

la reminiscencia, la parodia, la caricatura, siempre bellas, durante el espacio de tiempo en el cual se propone agotar su vasto, su riquísimo repertorio.

También asoma la nota festiva para evocarnos una sonrisa ó una exclamación de asombro; porque la naturaleza posee al lado de los cantantes excelsos, de los acordes magníficos y de los rumores de angelical dulzura, los payasos grotescos, las desafinaciones espeluznantes y los gritos destemplados, que ora causan horribles sensaciones, ora provocan una risotada, que va á su vez á recorrer los ámbitos del valle.

¡Ah! pero es muy exquisito y delicado su sentido estético para no brindar la nota cómica en exceso; y así, apenas ha conseguido el efecto esperado, la oiréis levantarse de nuevo á las más puras regiones del ideal y la armonía.

Esta coquetuela se entretiene al parecer, por la noche, en estudiar en voz baja los trozos de la música siempre nueva, con la que ha de deleitar á la comarca cuando la aurora asome; y como es su cuerpo tan leve, y su vuelo no hace ruido entre los árboles y entre los flexibles juncos que bordan los manantiales silenciosos, puede vagar sin dejarse sentir, de nido en nido, de peña en peña, de torrente en torrente, observando y oyendo todo lo que en el misterio de las noches montañesas se habla, se rumorea y se canta.

Muy calladita debe de ir á sentarse sobre la corona de la agrietada roca en cuyo fondo, y debajo de tupidas madejas de espinas ó de *chaguares*, se suceden los idilios eternos que la bella estación enciende y rodea de poesía; y por esto, cuando el día vuelve, ya la calandria sorprende á los enamorados con sus propios secretos, cantándoles con voz dulcísima las apasionadas endechas del nido. O bien, dando saltos y escurriéndose por entre los tupidos helechos y las apiñadas varillas de lirios silvestres, que ocultan y cercan los diminutos lagos abiertos sobre la piedra maciza, se pone á escuchar esos monótonos é intrincados conciertos de las ranas, cuyos coros, dúos y solos, ora agudos, ora graves, repercuten como salmos de religiosas encantadas en invisible templo, mientras la luna blanca y serena se retrata de cuerpo entero sobre el inmóvil y transparente espejo de las aguas.

Mi seductora cantatriz se queda por largo espacio adormecida por esos trinos, que tienen toda la mística unción de la naturaleza solitaria, virginal y primitiva, y apenas puede reprimir el deseo de unir su voz al coro mágico; pero no lo hará por temor de interrumpir aquel arrobamiento delicioso de las cautivas, cuyos rezos musicales imponen á la alta noche la somnolencia contemplativa y luminosa que inspiran las gran-

des catedrales vacías, cuando en medio de la obscuridad, parece como si aun vagasen perdidos los ecos del órgano de los salmos y tardasen en ausentarse las últimas ondas del incienso.

¡ Oh, noches sagradas, tantas veces sentidas, en las más hondas, en las más puras abstracciones de lo mundano y perecedero! Abandonado en cuerpo y alma á sus influencias aniquiladoras, he sentido muy cerca de la realidad los sensuales deleites de ese tránsito inconsciente del ser al no ser, que entrevemos apenas cuando los supremos desalientos ó los supremos impulsos hacia lo alto, nos iluminan de súbito el negro espacio que separa la vida de la muerte. No se puede negar la existencia de ese universo sobrehumano, cuando en medio de una noche primaveral, de plena luna, encima de las más elevadas cumbres de la tierra, embriagado de perfumes y de armonías, y mirando á los astros disolverse en fantástica irradiación ante nuestros ojos, se percibe, se oye lo que se agita en la región soñada de la belleza pura, de la absoluta beatitud, de la originaria libertad del espíritu...

No podrá penetrarse jamás el sentido de ciertas obras inmortales de los maestros de la armonía, ni leerse el pensamiento íntimo de Beethoven, si no se ha ido á sorprender á la naturaleza en los instantes de sublime éxtasis, cuando exhala de su

seno generador los innumerables tesoros de sus acentos y rumores; y cuando en esas noches he abierto mis oídos, entregado mi imaginación y limitado mi atención sólo á ellos, no viviendo sino la vida interior del pensamiento, he escuchado de nuevo entre el vago y confuso concierto de los sonidos nocturnos, los intensos poemas del genio alemán que dió al mundo las sublimes sonatas, cuyos acordes y melodías traducen con igual verdad y colorido los cuadros animados de la naturaleza selvática, las sordas luchas de la pasión y los suavísimos deleites del sentimiento. Así, en presencia de las escenas descriptas en esas obras eternas, la música ha surgido evocada por el recuerdo, porque la realidad y los sonidos que la hicieron sensible se han encontrado de nuevo en el espacio del cerebro. Al contemplar á la luna solitaria en el desierto azul, rodando lenta y majestuosamente por encima de los valles dormidos, ¿qué alma no se siente bañada de esa indefinible tristeza que va, sin dejarse sentir, humedeciendo las pupilas y filtrando una lágrima? ¿Qué corazón, si alguna vez fué agitado por las pasiones que ennoblecen ó amargan la vida, no se siente invadido de nuevo por aquellos mismos afectos del pasado, y qué espíritu no vislumbra en la región interna de las visiones las mismas imágenes que antes le movieron al llanto ó á la

alegría? Beethoven ha realizado en notas musicales lo que el pincel jamás habría podido; y en sus poemas, por una múltiple evolución mental y sensitiva, llegamos á percibir en su forma, color y armonía propios, los sitios que fueron teatro de nuestras felicidades é infortunios; porque la música en su expresión más alta, es potencia evocadora de todo cuanto en el fondo del corazón y del pensamiento yace ó se agita confuso, hasta que por el espacio exterior pasa vibrando la onda sonora que ha de arrancar del caos la sensación unísona.

*
* *

Mas quiero volver á hablar de la artista que he dejado acurrucada entre los juncos, escuchando el concierto del lago; y para recobrar el hilo de la historia, he de contaros cómo desde allí, rasgando de un solo golpe el encantamiento, vuela hasta posarse en la última roca de una cima, frontera de su reino, para registrar en la memoria los ecos errantes de otras comarcas lejanas, y que se perderían para su arte si ella no fuera á recogerlos en las alturas, donde al fin se difunden y mueren los más grandes acordes de la montaña.

Y de este modo, la curiosa é inquieta « emperatriz del canto » pasa la noche volando de un cerro á otro, asomándose á todos los albergues

donde se murmura ó se ama, penetrando hasta el seno de las grutas donde la gota de agua, con regularidad cronométrica, cae en el centro de la vasija de granito con la resonancia de la copa de cristal; y cuando lo ha escuchado y aprendido todo, corre entonces á la coronilla del árbol más alto, á ensayar en secreto los pasajes más difíciles de la gran sonata con que ha de saludar las primeras rosas de la alborada; porque el Creador de todas la bellezas le señaló la misión de anunciar ese instante delicioso, cuando se dan el beso de adiós la noche y el día.

¡Ah! por eso la temen los amantes, y se estremecen las ramas y se alborotan los nidos! Es la hora de las amargas, aunque breves despedidas, de romper los velos del misterio nocturno, de acelerar las últimas caricias, de arrancar las desesperadas promesas y de renovar los ardorosos juramentos de la entrevista. Es la inmortal escena del balcón de Verona, donde al rayar la aurora los novios discuten aún si el canto que surgió del granado es el del ruiseñor ó de la alondra.

—¿No oyes, amor mío, que es el ruiseñor?

— No; es la alondra que anuncia mi martirio, porque he de separarme de tus brazos!

— ¡Dime mil veces que me amas!...

Y el instante llega por fin. Un breve tinte rojizo brota lentamente del fondo de la noche, como

esas pinturas antiguas que el tiempo revela de nuevo sobre los muros ennegrecidos.

Es la aurora implacable y soberana; y cuando la calandria ha lanzado al espacio los primeros arpegios de su himno matinal, siempre nuevo, y la cascada melodiosa de sus trinos derrama sus perlas por todos los ámbitos del valle, es solemne y conmovedor el estremecimiento de todos los árboles, de todas las grutas y de todos los lagos escondidos.

Un rumor vago y confuso revela cuántos idilios de fuego y cuántos misterios sublimes fueron desbaratados por esa luz importuna y cruel, que destierra las fantasías y trueca de un golpe en fría realidad los celestes ensueños de las almas.

Oigamos el canto de la aurora, el ditirambo fervoroso de la diva montañesa que de pie, sobre la copa del árbol y mirando hacia el oriente, ha comenzado á desplegar sobre las frescas ráfagas, húmedas aun del rocío: primero el ¡ salve ! de la bienvenida, de entonación robusta imitada del viento y de la cascada; luego las variaciones y recitados innumerables, que se suceden con intermitencias estudiadas, y en las cuales la notas se precipitan como el torrente, se desparraman como la lluvia, se detienen y parecen dormir como en éxtasis y estallan de nuevo y de súbito como tempestades en miniatura, — porque es su garganta

pequeñita, y no podría igualar al estampido del trueno ni los formidables rugidos de los vendavales; — después, y á capricho, las notas se levantan al agudo y bajan de un solo impulso hasta el grave más religioso, con la misma celeridad de su propio vuelo; y al juguetear así con los sonidos, y al recorrer con velocidad casi inapreciable los tonos y los tramos de su infinita escala, no hace otra cosa que repetir las músicas salvajes aprendidas y modeladas por su genio, y cantar á la alborada en lenguaje divino y etéreo las innumerables historias, romances y poemas, en parte vividos y en parte observados entre los solitarios bosques y las hacinadas rocas, donde se mueve un mundo bullicioso sometido al imperio de su magia sobrenatural.

¡Y las aves todas callan ó se alejan ruborizadas, ó se agrupan en torno suyo hechizadas por el flúido magnético de aquella arpa que todo lo cuenta y lo divulga, aun los más ignotos misterios de los nidos, aun los más sagrados coloquios del amor!

*
* *

« Aurora de mejillas rosadas y de pupilas humedecidas con llanto de la noche, párate y escucha — parece decir — lo que en el silencio de mis dominios ha pasado durante tu ausencia; tú, que

debes saberlo todo porque eres la mensajera del sol, que calienta y enciende en llamas la pasión desfallecida, da fuerza al germen ahogado por las escarchas en el seno de la tierra, devuelve el vigor á las alas entumecidas de las aves, para emprender sus peregrinaciones atrevidas de selva en selva, inspira á los cantores del aire y de las ramas motivos nuevos para embellecer la estación de tus esplendores y victorias, y porque eres tú, divina aurora, el nimbo que alumbra el paso de la primavera, cuando viene pintando las llanuras distantes, los valles, las pendientes y las cumbres, con los virginales matices de las flores rústicas, ebrias de sus propios aromas y con sus cálices llenos hasta los bordes de miel y de rocío.

« Párate sobre la cima de oriente, y escucha mi canción, porque ella te dirá que ya los pájaros de este valle tienen aprendidos los salmos cotidianos que has de oir mientras dure el reinado de la primavera; que han nacido sobre las peñas y los árboles las flores del aire; que ya tendieron las margaritas sus tapices á la margen de los arroyos, para que vayan á bañarse las avecillas acuáticas; que ya están por abrir las magnolias montañesas, y tanto te aman, que sólo es para ti su suavísimo perfume, y sólo para ti descubren su seno rico en estambres y polvo de oro; y te diré, por fin, lo que por ti hicieron durante la noche los

zorzales que viven entre aquellas *chilcas* olorosas, y lo que cantaban cuando se morían de amor; sabrás que la bandada de canarios negros de este valle no durmió anoche, cuchicheando en medio de aquella enredadera donde se queja esa pasionaria recién abierta; y te contaré también que las ranas de esa gruta próxima me invitaban á dejar tu culto y el espacio para ir á encerrarme en los claustros donde viven, salmodiando á una diosa que no eres tú y que en tu ausencia se aparece en el cielo á arrebatar la quietud á nuestros corazones y el sueño á nuestros párpados, y los cantos que sólo para ti aprendemos.

« ¡ Cuántas cosas quiero contarte, oh dulce mensajera del día ! He pasado toda la noche en insomnio ; todas las demás aves tenían su compañero, porque se adelantaron al tiempo de los amores ; yo, abandonada, he volado sin rumbo, envidiosa de la dicha ajena y con el alma huérfana. Los pájaros de esta comarca huyen de mí, porque dicen que no tienen cantos como los míos, y así me veo sola entre el esplendor de mi corte ; y los aplausos y las alabanzas que mis cantares provocan, resuenan en mi corazón con el eco pavoroso de los grandes principios, donde se queja el viento y se apiñan las nubes y las ramas lloran azotadas por incesantes y frías ráfagas. Tú eres bella, pero intangible ; eres adorable, pero incorpórea ; eres

sublime, pero sólo un lampo de luz. Te amo, pero como á una divinidad, con amor religioso, y esta sed de amor profano, que me abrasa como el de las otras aves, no me lo calmas tú, mil veces hermosa, porque tus encantos mismos inspíranme pasión por lo que me rodea, por lo que puede ligarme á la vida y hacerme amar con ese fuego regenerador que tú misma infundes en las plantas y en mis compañeras. De aquéllas veo brotar las flores y siento con fruición extraña sus aromas intensos, y de éstos nacen en cada estación, haciendo desbordar los nidos, polluelos hermosísimos que luego pueblan el árbol y después la selva, piando á su dichosa madre con vocecillas apenas perceptibles, como si fuese un coro de músicas oídas en sueños. Mi nido, en cambio, ¡qué frío está y qué solo! Bien merezco la suerte de las otras por lo mucho que te adoro: tuyas son las armonías, la inspiración y las galas de mi canto; pero no podré ofrecerte siempre melodías nuevas, porque no me aman, y mi arte necesita el aliento perenne del calor y de la savia que siento brotar donde quiera, ya detenga el vuelo sobre la sierra, ya en el espacio.

« Esta es mi confidencia, esta mi primera canción matinal á la primavera; si oyes mi súplica, si te ablanda mi ruego y haces que de mí se enamore quien puede darme la felicidad y llenar este

doloroso vacío de mi ser, te juro por el Sol, tu señor, que todos mis cantos serán nuevos, y siempre, mientras yo exista, irán á tu encuentro envueltos en ondas perfumadas y serán gratos á la tierra y al cielo».

*
* *

Pero el sol mostró bien pronto su primera llamarada roja, y la calandria, cuyos últimos gorjeos fueron tristes como una plegaria, suspendió la canción para escuchar á un trovador que vino á posarse enfrente del árbol, en la falda del cerro vecino. Ella le respondió en dulces y claras notas, diciéndole que volase más cerca, á la misma rama, donde hablarían mucho y allí podría referir la historia que en breves palabras la ofrecía, de una pasión naciente inspirada por aquella aurora primaveral. Y cuando estuvieron juntos dialogaron por largos momentos en recitados vibrantes de emoción, y por último, los dos ocultáronse en el fondo del tupido ramaje, y no cantaron más.

Pero los árboles de aquel valle se convirtieron de súbito en arpas de invisibles cuerdas, porque todas las aves congregáronse en ellas para entonar el himno nupcial y el coro solemne con que el mundo alado saluda á la primavera y exhala su regocijo, porque viene á inundar de flores las montañas y de amor fecundo los corazones.

LA SONATA DE LA LUNA.

La noble anciana parecía en su hogar una emperatriz que hubiese repartido los Estados de la corona entre sus hijos, y viéndolos reinar en paz, se hubiese quedado en el palacio como una diosa, para recibir el homenaje debido á su experiencia, á sus virtudes y á su exquisito sentimiento. Pero el palacio no se parecía al de los príncipes alemanes: era una humilde casita de los barrios tranquilos de Buenos Aires, donde aquella divinidad, coronada con el nimbo de plata de sus cabellos, todavía abundantes, tenía el trono sólo deslumbrante con esa luz suave é invisible para el vulgo de las gentes, de los santos amores domésticos.

Era un encanto el ver cómo sus hijas se disputaban la tarea de peinarla, la gracia con la cual adornaban sus cabellos, y la serena majestad de la sonrisa con que ella premiaba tan dulces afanes. Había que tributarle todo el ferviente culto que ella supo inspirar, y hacer partícipes de esa

adoración á todas las gentes que acudían á buscar el amparo de aquella alma celeste.

Había en ese espíritu una pasión que rejuvenecía constantemente el cuerpo donde se encerraba: era la pasión del arte, pero concebido en la más ideal y pura de sus formas — la música. Cuando niña, tuvo una época de predominio y de espléndidas victorias sobre los corazones, porque los rendía sin sentir, como los pájaros y las fieras se dejan adormecer gradualmente por la melodía de la flauta campestre, hasta caer rendidos, sumisos á los pies del pastor-artista. La música fué la magia oculta de esa mujer, saturada de ella como lo están el viento, las hojas y las gotas de agua que caen en el seno de las grutas con sonidos semejantes al de la copa de cristal golpeada por la coraza de un insecto. Esa alma era todo armonía, pero armonía vaga, tenue, difusa, que está en todas partes, se manifiesta en todas las cosas y envuelve en ondas musicales á cuanto llega á su ambiente.

Por eso cuando alguna de sus hijas traducía en el piano pasajes de los grandes maestros, la anciana reclinaba la bella cabeza sobre el respaldo de un sofá antiguo, y con los ojos entreabiertos y los labios apenas sonrientes cantaba á media voz, suave, muy suave, cual si se imaginase volando sobre las alas de los acordes mismos, por espacios ba-

ñados de luna y hacia los mundos entrevistos en sus ensueños. Todos le hacían silencio para que no se oyesen sino las celestiales armonías de Beethoven, y para que la artista no fuese despertada de su místico arrobamiento, en el cual había visiones del más allá, luminosas y sonrientes, y poemas bellísimos sin formas ni palabras, pero que se imaginaban de aromas y de sonidos. La placidez seráfica de su actitud de diosa soñadora traía á la mente la concepción de un fenómeno extraño: ocurríase comparar esa alma con una nota prolongada sin término, que se fuese dilatando en el espacio hasta perderse en el infinito, y que así traspasara los lindes de la vida, sin sentir la transición, esto es, que la onda sonora recorriese primero el hemisferio de la luz para internarse luego, sin vuelta, en el reino de la eterna sombra.

El silencio con que en el salón era escuchado Beethoven y era contemplada la anciana de los cabellos de plata como la luna, se parecía al de los templos, cuando se quedan solos, y dentro de las vastas naves giran todavía las últimas notas del órgano repetidas sin cesar por los ecos. Al terminar la sonata incomparable, se quedaba ella un momento más en la misma actitud contemplativa, como siguiendo la repercusión de los postreros acordes, y esperando que se apagasen del todo para volver á la realidad. Despertarla de

pronto habría sido darle muerte; dirigirle una palabra habría sido como derribarla de una cumbre al llano.

Oíasela, entonces, decir que así deseaba morirse, sin sentirlo, y mientras escuchase embelesada las maravillosas confidencias que á todos los espíritus transmite la música del ciego divino del Rhin; y este pensamiento de la muerte se le ocurría en tales momentos porque la música tiene el poder de evocar lo que está más allá de la vida, de elevar la humana fábrica desde la tierra al cielo, desde la materia al ideal. La muerte, en tal sentido, no es sino la transición de lo real á lo incorpóreo, de lo tangible á lo etéreo: y así la temida solución de la vida no es siquiera más triste que el vuelo de una ave, de un canto, de un perfume que se han alejado del alcance de nuestros sentidos. De todas maneras, ellos van á vivir en otro clima, van á conmover otros oídos y á saturar otros espacios. Las almas que se van también llevan á otros seres y á otros mundos sus encantos, que en parte alguna reinan por la eternidad.

— Sí, yo quiero morir escuchando esa música — dijo una de aquellas noches — y el placer de mi alma ha de ser inmenso cuando, concluído el último compás, pueda ver desde la altura mi cuerpo inanimado, cual si estuviese vivo y soñando aún entre los párpados la pupila.

El concurso se ponía triste, pero había algo de grande, incomprensible y misterioso en ese voto íntimo de un corazón que no alentaba sino para las más puras idealidades, y contagiaba con el mal divino de la eternidad y de la gloria, ese inconsciente anhelo de escaparse de la vida sobre las alas de esas notas incomparables, que tienen la atracción del abismo, el flúido adormecedor de las noches primaverales, el rumor de las selvas y los torrentes y los mares, cuando la luna atraviesa el azul bañado por ella de oro pálido, y va vertiendo sueños en las almas, anhelos amorosos en los corazones y en el pensamiento ansias de emprender el vuelo.

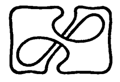
Una noche la anciana sentíase alegre como nunca, el poema de su alma resplandecía con luces desconocidas como si hubiese estallado de súbito la urna secreta que las guardaba; llegó al salón compuesta con sus mejores atavíos, risueña, jovial y traviesa; parecía que fuese á sorprender á los suyos con la noticia de sus bodas y se preparase á festejar el asombro de los demás. Ella misma levantó la tapa del teclado y pulsó la primera nota de la *Sonata de la luna*, como indicando que deseaba escucharla, y fué á reclinarse en el sitial de sus ensueños de siempre. Pidió que la inmortal composición fuese ejecutada con el mayor cuidado, que no hubiese erratas ni repeti-

ciones de notas, y que no la interrumpiesen mientras escuchara, porque aquella vez tenía sed de empaparse en la corriente armoniosa.

Se apagaron las luces para que no la hiriesen los ojos, se abrió el balcón para que la luna llena entrase sin obstáculos, y la joven intérprete de Beethoven, con pulsación apenas perceptible, empezó á arrancar una por una las notas de aquel poema delicioso donde el arte ha reproducido la naturaleza de tal suerte, que el sonido nos transporta á su seno, nos hace ver los cuadros magníficos de la noche iluminados por la luna, y en los cuales son escenarios las montañas, las selvas y los ríos caudalosos y serenos, personajes las aves y los insectos, los vientos y las olas, y palabras los rumores dialogados de los árboles, las cumbres y los abismos, cuyo lenguaje arcano sólo el arte traduce. La hermosa anciana quedó pronto sumergida en el éxtasis, esta vez mucho más profundo y deleitoso, porque se asemejaba á la perfecta ausencia de la vida; y á medida que la acción del poema musical desarrollábase reproduciendo en el firmamento interior del espíritu, como por magia portentosa, las escenas, paisajes y cantos de la noche primaveral, iba entrando en la sala una sombra extraña semejante á la que se filtra por los muros cuando algún espíritu está preparando las alas para alejar-

se de la tierra. La joven no lo advirtió hasta que, concluída hasta la última vibración de la grandiosa sonata, fué á dar un beso, poseída de incomprensible emoción, en la frente de rosa de la anciana; pero la rosa estaba fría y los labios amantes eran de fuego. La impresión fué horrible y se expresó en un grito de angustia que no logró turbar aquel éxtasis, sublime como ninguno, porque fué el postrero, y en el cual por fin se libertó de su envoltura de carne aquel espíritu soñador, destinado á las esferas de lo ideal y de lo infinito.

Los suyos se quedaron de rodillas viendo cerrarse para siempre los párpados de la anciana, cuyos cabellos de plata resplandecían á los rayos de la luna llena como una aureola, y por el espacio, sobre las alas invisibles de un acorde, cuentan que el alma se alejaba y se perdía en la sombra.



FLORES DE IDEAL.

I.

LAS AUSENTES.

En el torneo, batalla y fiesta de la primavera, donde han brillado el lujo del arte y la esplendidez de la hermosura, han faltado algunas flores que no crecen en este clima ni en abundantes ejemplares se prodigan. De ellas no pueden arrojarse manojos en el desborde del entusiasmo y en la embriaguez de la lucha: viven lejos en los bosques, en las márgenes de lagos solitarios, sobre rocas salpicadas por la espuma de los torrentes, ó viven la vida mística de las vestales en ese inmenso templo de la creación, flotando sobre la linfa transparente de quietud inalterable, ó siguiendo en abandono supremo, como un *nirvana* de la naturaleza, las corrientes dormidas que « se llevan á la mar », ó á ese otro océano infinito deseado por las almas exóticas, ocupado

por una sombra difusa semejante al caos primitivo, que unos llaman el Leteo y otros el dulce y sabroso Olvido.

No sólo esas ocultas deidades de la selva, de los montes ó de las aguas hallábanse ausentes del festival concurso del reino perfumado; no sólo las violetas, las flores del aire, los aromas, los nenúfares faltaron al llamamiento de los heraldos ideales de esta primavera, porque unas son hijas del otoño, otras de tierras abrasadas por el sol, y las más existen ocultas en palacios encantados que es necesario sorprender al amparo de mágico secreto; no sólo se quedaron en sus ignotas, humildes ó salvajes viviendas aquellas soberanas de la forma y del color, sino también aquellas que nacen un día en el sagrado del alma y viven allí escondidas, á veces para siempre, y la siguen por el mundo llenándola de gracia, de anhelo místico, de inspiración pura, y ellas son las que resplandecen en las pupilas, se desbordan en una lágrima, se asoman como la alborada en la mejilla de rosa, ó de nieve, y cuando la hora del último crepúsculo aparece entre las rojas llamaradas del ocaso, esas flores que llevamos ocultas en el santuario secreto de la vida, son las que embalsaman la ruta invisible por donde nos alejamos de esta tierra.

Asistimos á las batallas donde se riñen amores

tímidos, recelosos, informes, ó se despliega la pompa facticia de los jardines y de los parques, donde el mármol disputa al jazmín su blancura, y los iris de los surtidores ó los esmaltes pretenden reñir con las amapolas adormecidas, ó con las orquídeas tan caprichosas en el color como despojadas de aroma; asistimos con las sonrisas preparadas en los labios, como llevamos guirnaldas ó ramos dispuestos á arrojarlos al paso de las que creemos amar; pero ¿no es verdad que todos tenemos una flor predilecta que quisiéramos apartar de las otras, de las que se ostentan y se arrojan en homenaje, al paso de la hermosura triunfadora? Reímos de las delicadezas exquisitas, hacemos la gracia de una amable y compasiva mirada á los que sueñan ó forjan los ideales, y entre tanto, ¡ay del que se atreviese á profanar ese retiro, ese rinconcito no confesado, ese nicho cubierto de velo sonrosado ó sombrío, donde adoramos la divina concepción de nuestro ideal ó de nuestro sueño!

Esa es la flor mística, compañera innata de los que cruzamos el mundo. No ha nacido de la misma fuente, no es hecha de la misma substancia, no ha sentido la opresión de ninguna forma:

Io son fatta da Dio, sua mercé, tale
Che la vostra miseria non mi tange,
Ne fiamma d'esto incendio non m'assale;

ha brotado de un manantial que surte luz, calor y perfumes eternos, es hija de una esencia infinita, y sin modelarse en líneas, ni revelarse en colores, es fuerza suprema, es genio, es divinidad; la mente la concibe y la guardamos en el santuario como una flor siempreviva, que se pone pálida, languidece, agoniza cuando la regamos de esencias y artificios, pero cuyos pétalos, tintas y aromas deleitan todo el ser y lo inundan de suprema ventura, cuando dejamos llegar hasta sus raíces el rocío divino de la emoción pura, del sentimiento primitivo, del fervor de un ideal. Pero las fuentes de sus gracias se desbordan, los surtidores de sus aromas celestiales se difunden por la naturaleza, las rosas y las nieves invisibles de su cáliz reverberan como en rapto apasionado, cuando una lágrima desprendida de los ojos ha ido á bañar su seno palpitante, en cálida y fecunda germinación.

He formado una corona de aquellas flores ausentes de la selva nativa, de la montaña abrupta y dantesca, de los lagos ignorados del trópico, de las nieves irisadas, y sonámbulo y errante, arrastrado por la ráfaga en que giran tantas bellezas juveniles, tantas ideales creaciones en que el mármol de Praxíteles deseara un día más de inmortalidad, la prendo en el cabello sombrío de la virgen ante cuya majestad inclino mi frente, y

cuyo umbral riego con el alma trocada en mirra, cual la que embalsama los Cantares; y cuando he rendido mi culto y he aspirado el aura que besó su boca, y he oído la etérea confidencia de su espíritu errante como el mío, sigo de nuevo el ímpetu de la humana corriente, fortalecido como el que hubiese vislumbrado la tierra prometida y oído de los labios de la diosa la revelación de la esperanza.

Hay una flor en el mundo, que nace y muere silenciosa en los parajes abandonados por los hombres: dicen las razas sentimentales é imaginativas que ella vela su primer sueño, el sueño del amanecer. Los hijos del Norte nebuloso la creen hija del primer rayo de sol que rasgó la nube difusa del invierno, como las niñas rubias y pálidas, como Ofelia de Dinamarca. Pero los que nacieron en las tierras del sol donde los árboles buscan su llama y construyen bóvedas ciclópeas para abrigo y cuidado de las aguas cristalinas, de los trovadores nativos, de las flores olorosas; donde los torrentes al llegar á los valles se calman y sueñan como antes se agitaron y mugieron, y los ríos majestuosos recorren como reyes, entre homenajes de música y color, los vastos territorios de su imperio, piensan también que ella, que llaman la « flor del agua », ha nacido como los hombres, del mágico hechizo de una diosa que vive

cautiva en el seno de los peñascos, de donde manan las corrientes que luego fecundan el suelo.

Es flor, es urna, es corona regia, y como hija de las ondas, dormita sin cesar sobre ellas, semejante á los cisnes por la línea y por la sombra imperceptible que dibuja al bogar serena y casi impalpable :

> «Fleur de mystére... inconnue
> aux profanes terriens, car dans les eaux
> elle fait son séjour et s'y épanouit,
> fleur de beauté, fleur de gráce et de réve
> que mes Flamands apellent «fleur de cygne»:
> par tout pays où on la trouve,
> l'homme est joyeux, la femme est belle».

Sí, es la flor ideal que la fantasía helénica, de aquella radiosa juventud del alma humana, adorada en la forma de las ninfas risueñas de los lagos, de las fuentes, bajo los follajes tupidos, al lado de las colinas musgosas y entre las blancas espumas de las cascadas vocingleras, para que el joven enamorado se lanzase atraído por la música vaga de las selvas en busca de esa

> «... fleur d'eau épanouie sur l'onde
> oú la Nymphe se cache nue,
> la Nymphe belle et pure et claire et vague
> que l'esprit conçoit et désire,
> que le pinceau retrace, que le poéte
> dans ses visions éternellement évoque,

la Nymphe séductrice, voluptueuse,
qu'autour du nageur, au cours de l'eau,
laisse flotter sa chevelure
et se confond et fond avec le flot.»

He soñado también con todo el delirio de la musa nativa, ya ría bajo los cielos azules de la Grecia, ya resplandezca sobre las nieves ó las cúpulas sombrías de los patrios bosques seculares; y cuando en apoteosis deslumbrante he visto rodar torrentes de flores que no eran sino pálidas copias de modelos animados, he recordado con melancolía á las ausentes, aquellas que guardan en urnas invioladas el alma suprema de la poesía y del arte, y aquella otra que sólo fué un soplo del aura, una vislumbre del crepúsculo, un reflejo de mármol clásico visto en fantástica iluminación y luego se alejó convertida en nota de órgano, en nube de incienso, en recuerdo sagrado.

II.

VICTORIA REGIA.

(RELATO DE UN PIONEER DEL CHACO ARGENTINO).

Mi amigo, el *pioneer* de la región tropical del Chaco, ha venido á llenarme el corazón de vanos deseos y envidias punzantes. Su carta me dice

que tiene él la dicha de contemplar la « Victoria Regia » todos los días, en los lagos de aquella opulenta región, mientras que nosotros los metropolitanos la llamamos exótica y la tenemos entre cristales, en temperatura artificial, como niña enferma. ¡Y allí, en nuestras selvas nacionales, abre á la luz del sol sus grandes hojas y espléndidos cálices, sin temor á las brisas que son suyas y su mejor ambiente!

¿Cómo fué conocida esta reina de los nenúfares en su oculto imperio de los bosques? Como en la *Belle au bois dormant*, cierto día un sabio rico — ¡raro caso en verdad! — que llegara en viaje de placer en su luciente yate, tuvo la ocurrencia de internarse en el país, en busca de raros ejemplares de arácnidos, y aunque encontrara preciosas criaturas de la prodigiosa naturaleza, entre ellas un pez musical, no alcanzó á descubrir el castillo encantado de la princesa dormida, no obstante los zumbidos de los insectos y los fanales encendidos de las luciérnagas que corrían hacia el misterioso paraje.

¡Oh, los sabios inadvertidos, insensibles á las insinuaciones de la magia, cuántos tesoros huellan bajo sus pies, sin dar jamás con el resorte maestro que conduce á los paraísos ignorados, donde despliegan sus fantásticos esplendores las emperatrices, las ninfas, los genios alados que

invisibles las sirven al pensamiento! Una telaraña donde se congregaban sus habitantes y obreros diminutos, enredó al explorador como una circe maléfica, porque no se había cumplido la sentencia de la hada perversa.

Crecieron una vez las grandes corrientes que nacen en el seno de la zona tórrida, y en las tenebrosas entrañas de las cordilleras: sus gruesas aguas vinieron henchidas de limo y de savia de lejanas comarcas, donde en tiempos antiguos viviera una mitología, y donde brotan los caudalosos ríos

... que en veloz corrida
se llevan á la mar...

bañando vastos imperios y naciones, con el nombre de Orinoco y Amazonas, Paraná y Uruguay; y cuando fecundaron las miriadas de gérmenes transportados á las selvas argentinas, otro enamorado, no de las arañas sino de las flores, pudo admirar á la soberana « Victoria Regia », que según las consejas y las historias de aquel reinado, vino en son de conquista sobre las ondas viajeras, á sentar para siempre su dominio en tierra del Chaco, bajo doseles de follaje y sobre sitiales de transparente cristal.

El tierno narrador de este éxodo, ó si queréis, de esta invasión sorprendente, refiere que pudo

ver dos especies de la celebrada planta, como dos hermanas del mismo connubio, una del color rosa pálido, otra blanca como su pariente extranjera, que reina en los países nebulosos de la Escandinavia, la « Nymphea Alba », ó « Nekros », la rosa de la náyade. Ésta vive en medio más accesible á los amantes; pueden sacarla de su trono nativo y ella no se niega á embellecer los jardines, ni los palacios de los poderosos, ni los parques de las ciudades.

Pero la hija de América, llena aún del agreste é indomable orgullo de sus inmensos dominios, que heredara del mismo Sol, la soberbia « Victoria Regia » de la augusta familia de las « Nympheas », no sólo se halla defendida en sus fortalezas por tupidos bosques que extravían al caminante y desgarran al invasor, sino que conduce formidable coraza y cota de malla de aceradas púas. « El atrevido que intenta quitarle una de sus flores — añade el autor de esta verídica historia — tiene que retirar, con un grito de dolor, su mano ensangrentada por las espinas que defienden el tallo, el dorso de las hojas y las mismas corolas ».

¿Cómo hacerse amar de esa beldad robusta y fiera, semejante á heroína germánica, portadora de yelmo, lanza y armadura, pero allí en el fondo del alma, sensible á la música eterna que todo lo arrulla y lo conmueve? Busquemos la palabra

misteriosa, la melodía indígena inventada por la ráfaga montañesa ó la brisa de las llanuras americanas, y traducidas después en la flauta rústica por el artista conductor de rebaños, cuando sentado sobre una roca, mirando en las cumbres los reflejos de oro del sol poniente, hace decir á dulce *quenal* todas las ocultas pesadumbres, los anhelos infantiles, los vagos aleteos de una inspiración muerta al nacer, como la raza que llora en sus acentos.

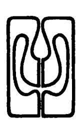
Quizá es el *yaraví* y su informe poesía el lenguaje que ablanda el corazón de estas reinas hurañas de las praderas y los precipicios, y como conjuro mágico abre rutas ignoradas en las peñas escuetas y los bosques impenetrables, para guiar, por fin, al que ha de arrancar la flor sagrada, y conquistar con su posesión todo su reino deslumbrante y perfumado, tan rico de color como de armonías.

Concluye nuestro autor su cuento — no, mejor es decir que lo suspende — diciendo que él ha obtenido los secretos para acercarse á la «Victoria Regia» del suelo subtropical: la ha visto de cerca, ha analizado sus rasgos y se ha extasiado en la contemplación de su hermosura, que describe así como el tipo de la belleza épica, unión inconsubstancial de fuerza y de ternura. Sus hojas son discos del diámetro con que el

sol nace en el mar y se pone tras de las selvas, y están rodeadas por un borde á manera de un muro circular. Creen los naturales que nace del agua, como Venus. En el agua ciertamente tiene sus raíces, y nuestro amigo el *pioneer*, piensa que es más fácil que prenda por la raíz que por la semilla, pues no se aparta mucho del fondo de los lagos y las corrientes tranquilas.

Reina solitaria de las tierras vírgenes, el hombre la ha descubierto en el corazón de los continentes inexplorados. Su nombre viene de la primera sorpresa que le diera el perdurable afán de la ciencia. Livingstone la halló en las márgenes del lago Nyanza, en el África Central, y al lago y á la planta nacida para el trono, los bautizó con el nombre de su reina.

Y aquí se acaba el cuento del *pioneer* del Chaco.



PAYASOS Y NIÑOS.

Debía ser una fiesta commovedora la que consagró en el teatro San Martín el más querido de los payasos, el que ha venido á ser como la expresión misma del género artístico, tan amado por los pueblos sanos y fuertes: el clown es hijo secular de la humana comedia, pero en Inglaterra tiene su cuna más legítima. Ese gigante sólo comparable con la naturaleza misma, llamado Shakespeare, lo ha ungido con su genio. Y la prueba más evidente de su eterna gracia, es que lo hace suyo la edad más bella de la vida, la niñez.

Ya lo conocen todos los niños felices de Buenos Aires: es el amigo esperado con ansia para el día de fiesta, cuando el teatro se abre de día y se inunda de luz verdadera que viene del sol y de las almas infantiles; él lo matiza de oro y azul y ellas lo saturan de vibraciones matinales, de cantos y risas que sólo las aves entonan en el despertar de la selva.

¡Qué dicha poder soñar con la esperanza de la realidad, en la llegada de ese día! ¡Cuántas cosas nuevas les guardará el amigo, cuántas amables sorpresas, cuántas confidencias y juegos fraternales! Pero aunque Frank Brown sea ya, más que un payaso, un carácter, una idea, un símbolo, pululan sobre la arena los discípulos, que sólo necesitan imitarlo para ser queridos y ponerse en comunicación con el espíritu de la vibrante muchedumbre. Así como el músico debe sentir un goce supremo cuando arranca á la cuerda extendida la nota pura y trémula de sus armonías, así el buen payaso, que es artista de género adorable, ha de sentir en su alma la repercusión gloriosa de la risa virginal y sonora, semejante al primer trino que saluda á la aurora en los nidos...

¿Por qué no ha de haber corazones sensibles, conmociones tiernas, melancolías de dulces recuerdos, contagios de inocencia y de amor debajo de las máscaras grotescas y al través de las muecas, contorsiones y saltos, que son aparato, decoración y lenguaje de ideas, sentimientos y nobles aunque á veces intraducibles impulsos de los corazones que laten en esos cuerpos de serpientes y de panteras? Aquella grande alma, alma del universo, imagen de su grandeza y variedad infinita — la que creó un Macbeth y

un Falstaff y puso entre ambos como vínculo de unidad la tragicomedia de un rey loco, gran amigo de bufones y de hombres agradecidos — Shakespeare, engendra, ilumina, engarza los clowns en medio de sus génesis deslumbrantes ó sombríos, como si en la tierra misma, al lado del viento que brama ó gime con rugidos y lamentos desgarradores, existiese el canto de amor, la risa ingenua, la carcajada cromática de los pájaros y el rumor alegre y festival de las brisas ligeras.

Por eso hay enternecimiento y júbilo desbordantes, cuando entre loca y estridente algarabía invade la arena el grupo abigarrado, multiforme é inquieto de los payasos, que en sus brincos, caídas, golpes, gritos, llantos, gesticulaciones, curvas aéreas ó rastreras, trenzas y pirámides, remedan en alegre confusión, sin darse de ello cuenta, un mundo de semejanzas ignoradas, de parentescos desconocidos, de aptitudes menospreciadas, de calidades comunes á cuantas anima el soplo de la vida, presta forma movible la línea caprichosa, la interminable, la infinita curva de la belleza plástica. Y todo aquel conjunto es hermoso, es amable, es bueno, y evoca en el corazón de los niños — siquiera sean los niños grandes — emociones suaves, alegrías saludables, sugestiones de fuerza y de gracia, hijas sólo de la natu-

raleza libre y abrupta de los bosques y las montañas.

Llena de agradables impresiones estaba la fiesta de los niños pobres y huérfanos, la fiesta ideada para ellos solos por el clown, amigo de todos los niños de Buenos Aires, con que ha querido decir su adiós ese año al público familiar y casi hermano suyo, que le llama y le acaricia porque es parte de sus horas de olvido y de reposo: la gran sala del coliseo se hallaba desbordante de cabecitas graciosas, animadas de expresiones diversas, al comenzar, con la vaga expansión de la espectativa, y luego transformadas por las múltiples y sorprendentes emociones de la fiesta: los juegos, las gracias, la música; los pequeños animales sabios; la inexplicable maravilla del equilibrio y de la magia; las pantomimas decorativas ó ruidosas que ora aspiran á la magnificencia de la fantasía oriental, ora se complacen en lo grotesco y estruendoso de la farsa terrena; la seca, repetida y estimulante sonoridad del látigo en manos del domador adusto ó la *ecuyère* sonriente y decorada de vivo color de rosa y de esmalte, ó perdidas las blandas líneas del femenino eterno en el fuerte y continuado ejercicio de los músculos: todo en sucesión más ó menos ordenada y vertiginosa, para mantener sin solución de continuidad la ilusión de los senti-

dos, tanto más deslumbradora y febril, cuanto más nuevo é infantil era el concurso.

Advertíase en la sala — llena por mil cuatrocientos niños de los dos sexos, de los colegios y asilos de nuestras sociedades caritativas — no las francas y torrenciales manifestaciones del público ordinario, profano, diremos así, de los domingos, sino las más tímidas y retraídas de los colegiales, sujetos á la disciplina y al orden semimonásticos, en presencia de sus directores, maestros, sacerdotes y hermanas de la caridad; pero así eran también de interesantes, regocijados y armoniosos, los estallidos del entusiasmo, cuando olvidando el régimen y la compostura del claustro, centenares de manos palmoteaban y los semblantes sonreían ó reflejaban el asombro y la sorpresa.

Allí los clowns, los niños «duetistas», los papagayos adiestrados, la inmortal *Cenicienta* — modelo de virtud y del poder de la humildad — tuvieron la misión de verter en tantos corazones y cabezas de niños, nacidos fuera de los halagos de la fortuna, un rayo de ese sol de la dicha que gozan los demás, los que no perdieron sus padres, en los talleres, en las labores rudas, en los lechos de la caridad ó en los campos de batalla. ¡Qué hermosa, qué sagrada alegría la que revelaban esas sonrisas y esos aplausos,

espontáneos y musicales, nacidos del fondo del alma sorprendida por un placer tan nuevo!

Ciertamente, la fiesta del clown de los niños, consagrada á los pobres y huérfanos, es digna del recuerdo que ellos guardarán, así de las cosas que vieron, como de su iniciador generoso. Por eso el testimonio del reconocimiento de la alta sociedad de Buenos Aires, otorgado en un pergamino con las firmas de las nobles damas que tienen bajo su amparo la niñez desvalida, deberá ser para Frank Brown el laurel más puro que haya conquistado en su carrera de artista, y un lazo imperecedero que le vincule á nuestra tierra, más aun de lo que ya lo está por el cariño y la gratitud.

Aquella noche y muchos días más en el tiempo, los que asistieron á la fiesta del payaso, se habrá poblado el silencio de sus salas, colegios y asilos, de cuchicheos y rumores, de comentarios y risas restrospectivas, allá, cuando en los juegos de la memoria y en los espacios del sueño, cruce alegre y ruidosa la imagen del clown, con su gesto deforme y burlesco y su pirueta desarticulada. Y los niños desheredados reirán en sus sueños y bendecirán al amanecer el día en que recibieron la ofrenda del artista.

EL PATRONO DEL HUACO.

Tengo en el alma algo como una vaga tristeza que no sé de donde viene ni por qué razón; pero cuando pasa uno por estos momentos, siente deseos de remontarse en alas de su memoria á tiempos mejores, que siempre son los que han pasado.

¡Oh niñez, dichosa edad — diré, parodiando al Hidalgo de la Mancha, — en ti nada hay que no despierte un acorde, nada que no sea una armonía, un idilio, un poema! De ella quiero hablar; quiero volver á ella, aunque sea para recordar episodios insignificantes, que tienen todo el encanto de esas leyendas del hogar que hacen reverdecer las canas del anciano.

El Huaco fué un fuerte de la indomable tribu que la conquista española encontró poblando las faldas orientales de los Andes, en la provincia de La Rioja, la de los bravos calchaquíes, en cuyo indomable valor había toda la fiereza y el heroísmo

de los suizos de Guillermo Tell. Eran soberbios como sus montañas, inaccesibles como sus rocas sumergidas en las nubes.

La conquista religiosa penetró antes que la militar, porque los indígenas, como los niños, están más dispuestos á ceder al arrullo del amor que al empuje de la fuerza.

El Huaco, fuerte militar de los calchaquíes, se convirtió en asiento de una misión jesuítica; y al abandonar los Padres sus posiciones americanas, dejaron también en aquel lugar de las montañas los restos de su paso, en las chozas las imágenes de los dioses embellecidas por el culto de muchas generaciones, y en las conciencias una mezcla informe de las supersticiones que engendra la fe con las extravagantes pero poéticas tradiciones de la raza.

Allí se establecieron mis antepasados, allí llevaron sus penates y se entregaron con labor infatigable al arte que Virgilio cantó en églogas inmortales, en aquellas planicies cubiertas de verdura, donde la flauta rústica de Teótrico congrega los rebaños al caer la tarde.

El sentimiento y la imaginación religiosa han divinizado también los atributos de nuestra madre tierra. San Isidro, con su rostro tostado por el sol y su par de bueyes, ha reemplazado á la fecunda Ceres:

¡Benditos sean sus frutos!

En lo alto de aquellas montañas he aprendido á balbucir mis primeras palabras, y sus espectáculos gigantescos me enseñaron desde niño á tener fe en el trabajo y en el pensamiento del hombre. Quizá también allí aprendió mi corazón á desafiar las tempestades.

Todos los días un anciano criado de mis padres se apoderaba de mí, é internándose en las gargantas de los montes, encumbrándose en los picos elevados, recorriendo las altiplanicies, me hacía admirar toda aquella grandeza silenciosa y soberbia. Para distraerme me contaba las historias de cada uno de los monumentos de piedra que la naturaleza, la labor incesante de la extinguida raza nativa ó el sentimiento religioso habían levantado en la lenta sucesión de las épocas. Volvíamos á nuestra casa cuando

lo bel pianeta che ad amar conforta

comenzaba á brillar sobre las cumbres del occidente.

Aquel anciano me condujo un día al borde de una fosa abierta por la naturaleza misma sobre la peña dura, de tal manera que al contemplar sus formas regulares y geométricas, parecía increíble la ausencia de la mano del hombre.

La fosa estaba vacía, y sólo una planta de *nogal*

del campo, nacida en su fondo, la llenaba con sus ramas.

— Ve, hijito — me dijo, sentándose y tomándome entre sus brazos, — aquí fué donde encontramos á nuestro padre San Isidro, con su *yuntita* de bueyes y la campanilla con que llamaba á los fugitivos ó transeuntes.

San Isidro se apareció aquí por primera vez en circunstancias muy tristes para todos los habitantes. Hacía más de tres años que el Señor no favorecía á esta tierra con los beneficios de la lluvia; los campos, yermos y desolados, presentaban el aspecto de un incendio apagado; las fuentes, los arroyos que bajan de esa montaña que ahí ves, se habían secado en las entrañas de las rocas; los rebaños y los ganados de tus abuelos, llegaban hasta la casa desesperados por el hambre y la sed, y en todas partes no se veía sino los montones de huesos de los que morían... Ya no había frutas, ya no había pastos, ya no había nada: los moradores del Huaco tenían que cavar las peñas para conseguir un trago de agua.

Un día nuestro amo mandó á toda la servidumbre á recorrer todo el campo y la montaña en todas sus sinuosidades, á ver si se descubría alguna vertiente que hubiese permanecido ignorada hasta entonces.

Salió mucha, muchísima gente: hombres, mu-

jeres, niños. Recorrieron en vano las quebradas más hondas, siguiendo las huellas del ganado, desde la mañana hasta la tarde. Todos se disponían á volver á sus hogares con la desesperación de siempre. Se hallaban reunidos para volver, sobre una de estas colinas, cuando escucharon el sonido de una campanilla metálica, que salía del fondo de unas enormes rocas á cuyo pie el seco cauce del arroyo gemía de sed.

La curiosidad y el asombro se mostraron en todos los semblantes, y corrieron á aquel llamamiento misterioso que parecía el anuncio de la anhelada salvación.

Llegados á la cima de la roca, sólo se descubrió una fosa cuadrilonga, cubierta apenas por algunas ramas secas que los peregrinos levantaron con religioso temor.

Dentro de ella se encontraba una imagen de San Isidro, con su yunta de bueyes, todo de yeso y en tal estado de frescura, que parecía acabada de salir de manos del escultor.

Á su lado tenía una campanilla, un misal viejo y un cuadro en lienzo que representaba al mismo Santo.

Pero ¿quién había tocado la campanilla? Esto se preguntaban, cuando alguien creyó ver huir por entre los matorrales y desaparecer en un instante, á un hombre vestido de larga capa y amplio sombrero.

— ¡Es el santo que nos ha llamado para que encontremos su imagen, nuestra salvación y nuestra felicidad! — gritaron todos. — ¡Milagro! ¡Milagro!

El júbilo más indescriptible se siguió á aquella escena; las gentes alentadas por la fe pensaron al momento en acudir á su milagroso Patrono, pidiéndole lo que era su necesidad mayor en aquellos terribles instantes: agua para los ganados, lluvias abundantes para los campos y sembrados.

Se resolvió hacer solemne función al día siguiente, en que expondrían al Santo á los rayos del sol que abrasaba los sembrados y la naturaleza toda, en la esperanza de que desde el cielo enviaría las lluvias que son la bendición de los labradores.

La imagen fué llevada con gran estrépito á la casa de los amos, donde se le levantó un altar.

Al siguiente día nadie pensó en el trabajo; todos se preparaban con ansiedad febril á presenciar uno de aquellos grandes milagros que son la salvación de los pueblos.

Se improvisó un altar en el patio, se colocó allí la imagen del santo de las labranzas con su par de bueyes de yeso uncidos al arado, mientras el sol, más encendido que nunca, amenazaba devorar aquel día el mundo entero.

Comenzaron las rogativas en coro fervoroso.

Todos permanecían de rodillas, con las manos y los ojos levantados al cielo, cuando comenzó á per-

cibirse un sordo rumor parecido á un volcán que estallara en el fondo mismo de la tierra; ráfagas como llamas azotaban los rostros; algunas nubes de fuego comenzaron á extenderse como agujas en el horizonte, medio envueltas por una bruma semejante al humo de los incendios. Parecía como si se preparase la lluvia de fuego que según las profecías debe caer el día del juicio.

Un terror inmenso se apoderó de todos; el juicio final llegaba; aquellas eran las señales anunciadas. Pero no, hijo mío, no era más que el gran estremecimiento que siente la naturaleza ante un milagro de la Providencia.

Tras de aquellas nubes rojas aparecieron otras más obscuras; las ráfagas refrescábanse lentamente y un nublado espeso empezó á levantarse por los cuatro lados del cielo. El sol templó su ira, algunas garzas cruzaron rápidamente hacia los manantiales y se oyeron de nuevo los cantos de algunos zorzales en el huerto.

Repentinamente, un trueno formidable estalló en las nubes, que ya habían cubierto el sol; las montañas que nos rodean se conmovieron hasta sus cimientos ante aquella señal de la bendición de Dios, y gruesas gotas de agua, al caer sobre el suelo avariento, levantaron densa polvareda por algunos instantes.

La lluvia torrencial se desató, por fin, como en

los días del diluvio, y aquellas gentes parecían querer empaparse en el agua, sedientas, desesperadas, locas de contento, de asombro, de satisfacción íntima; por las faldas de las montañas, por los llanos desolados, por las cumbres, por los ríos, por todas partes se veían correr y retozar los ganados de toda clase, cual si la naturaleza entera hubiera perdido el juicio.

La lluvia duró todo ese día, toda la noche y el día siguiente.

Entonces, tus abuelos, mis amos, dijeron que desde aquel día quedaba San Isidro declarado Patrono del Huaco y de todos sus campos de pastoreo y labranza.

Mandaron construir una capilla, y en ella se ofrecen hasta hoy las oraciones de todos los que vivimos aquí, y cada vez que la sequía amenaza destruir y matar de sed y de hambre los ganados, hacemos las mismas rogativas que las del día del milagro.

El viejo, mirándome á la cara me preguntó con cariño:

— ¿Te ha gustado el cuento?

— ¿Ahí no más se acaba? — le interrogué á mi vez con ansiedad propia de la imaginación infantil.

— Aquí se acaba, sí, y ya nos vamos á casa, porque entre cuento y cuento se nos ha entrado el sol y llegaremos de noche.

Emprendimos la vuelta cuando ya no era posible distinguir los accidentes de la montaña.

Seguía á mi viejo amigo con la frente sombría y el labio mudo: las supersticiones, las maravillas de un Dios que yo no comprendía, narrados por la fe más pura, habían sembrado su germen en mi conciencia informe.

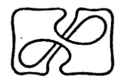
Mi espíritu, lleno de temores supersticiosos, sólo pudo fortalecerse, cuando delante de los libros de la ciencia y de los fenómenos visibles, pudo deducir las verdades grandes y pequeñas que brotan con el ejercicio libre é independiente de la inteligencia.

Me ausenté de la casa de mis antepasados á la edad de seis años. ¡Ah! durante las calamitosas épocas en que el sable de los caudillos dominó mi tierra nativa, ese hogar pobre pero querido fué azotado por el robo y la matanza, y mis padres desterrados de él, vagaron sin rumbo ni reposo, sin tener donde reposar su cabeza!

Después de veinte años de ausencia volví á ver aquel nido amado de mis primeros años. En una hoja de mi cartera escribí las siguiente palabras á la luz moribunda de un crepúsculo:

« En este día he penetrado á la vieja morada de mis padres, después de una larga ausencia. Vuelvo hombre, más en experiencia del mundo que en años; pero vuelvo lleno de lágrimas sin forma al hogar

donde pasé las más bellas horas de mi vida, después de haber visto desaparecer á mi padre, y de haber dado yo mismo á mi madre una pobre sepultura en tierra extraña ».



EL DIARIO DE UN MISÁNTROPO.

Hemos violado el secreto de un libro que se escribe en el silencio de una vivienda retirada, modesta, casi fría por lo desnuda, en donde el autor pasa sus vigilias sobre las lecturas, ó bajando á las obscuridades de su propio corazón, para consignar las impresiones de las primeras y revelar los misterios del segundo.

Recorrimos de punta á cabo las páginas del manuscrito, pasando por todos los matices, por todos los tonos y por todas las escabrosidades de una vida casi puramente psicológica, confesadas á sí mismo por nuestro personaje, quien, llevando la existencia de un misántropo, se forja dramas sombríos en que es actor principal y muchas veces único.

Su prolongado alejamiento de la sociedad, ha hecho que vaya lentamente agrandando é iluminando un mundo diferente del real en que todos nos rozamos día á día, para llenarlo todo con su

espíritu, con su imaginación, con su complicada y múltiple labor psíquica, con las luchas sordas trabadas allí, en medio de cuatro paredes, enfrente de un tintero donde el Dante, en bronce, clava también sobre el papel la mirada lúgubre, cual si contemplara aquellos círculos profundos poblados de lamentos; y así, el joven literato, autor del diario, va eliminando ante su propio cerebro el mundo exterior, del que sólo le llegan resplandores vagos en forma de recuerdos, para encerrarse dentro del otro, en apariencia más sereno, pero en verdad — según sus páginas — mucho más agitado y turbulento.

No obstante, este estado de ánimo que recrudece cuando el pensamiento filosofa sobre la vida y los hombres, se despeja, se desnubla, por decirlo así, para juzgar las obras que lee y los personajes históricos.

Páginas negras ha escrito sobre los destinos y la suerte de la patria. Ya ve cruzar el fantasma de Bruto renegando de la virtud cuando triunfa la fuerza y la astucia, ya la sombra de Catón atravesándose con su propia espada por no presenciar los días que presiente para la tumultuosa Roma.

Escepticismos, delirios, dudas, sueños de variado color, pero siempre velados por una niebla obscura, forman el ambiente que domina en aquel

espíritu solitario, en cuyo fondo susurran brisas suaves como rugen huracanes violentos.

Las hojas que hemos extraído de ese diario son tomadas casi al azar, eligiéndolas de diferentes tonos y objetos. Es el literato, es el joven del siglo, es el artista, es el misántropo.

Nos asegura haber sido leal consigo mismo, no haber fingido, ni ocultado nada, ni temido el juicio de los hombres sobre sus sentimientos y sus ideas, nacido de las luchas de la vida, calentados en la meditación y pulidos por el estudio.

Cualquiera, al verle, creería hallar en ese joven anciano, un despojo de alguna de esas tragedias mundanas que lanzan sus náufragos en una isla ignorada; pero aquel hombre no es eso, sino más bien el fragmento de una generación truncada en sus sueños, en sus ambiciones, en sus ideales. Es un brazo de estatua rota al salir del molde.

Día 4. — He leído la vida íntima de Enrique Heine, escrita por la Princesa de la Rocca. No juzgo el libro, todo saturado de orgullo de familia, bien ó mal entendido. No obstante, refresca el alma porque presenta al genio en su aspecto humano, bajo la faz más risueña de la vida.

Hay en Heine todo un problema trascenden-

tal, pero que se resuelve muy bien si se observa á los hombres.

Encuentro el secreto de su dominio en el valor moral de decir todo aquello que los demás callan por conveniencia ó por sistema. Es un gran vanidoso, y por lo mismo, el que más duramente ha castigado la vanidad. Ésta es la que mata las mejores creaciones del espíritu y siega en germen los frutos nuevos.

Nadie se atreve á revelar ciertos misterios, por temor de que al descubrir vicios y defectos ajenos aparezcan los propios.

La prueba más evidente de nuestro carácter es comenzar por mostrarnos tales como somos. Creo por eso á Heine uno de los genios de la historia. Realiza, para mí, otro ideal: la pasión humana, tal como es. empleada en el juicio de los hombres y de los sucesos.

Un criterio frío casi siempre, acusa una debilidad, cuando no un concentrado egoísmo; esos hombres imparciales son tan raros en la sociedad, como lo sería en el espacio un astro que girase sin sujeción á las fuerzas y leyes que rigen los movimientos celestes.

En Heine, desde sus primeros años se reveló el hombre; y elevándose sobre esa sólida base, llegó á creerse un dios. Es la progresión lógica y natural.

Día 6. — Son las seis de la tarde y no he hecho nada, absolutamente nada. El día no tiene color, y todo lo ven mis ojos con profunda indiferencia. Estoy envuelto en una atmósfera que se parece mucho á la del escepticismo; pero no es ese mi medio moral; es un decaimiento transitorio, una momentánea descoloración de la luz que anima los cuadros, y todos han quedado iguales, sin variedad.

Así me imagino el Limbo de la tradición: un espacio sin color, sin temperatura, sin sonidos, sin objetos. No es obscuro, porque la obscuridad es la privación de la luz, y el Limbo es anterior á la sanción de la ley penal eterna. Así, pues, no es un castigo.

He pasado en el seno de Abraham casi todo el día. Confieso que en él la vida es imposible; reina como soberano el hastío, y salgo á buscar otro ambiente.

Día 12. — Seis días hace que no he hablado contigo, ¡oh amigo leal! ¿Qué ha pasado por mí durante ese tiempo? Después de mi día seis, que comparo con el 24 de Larra, salí á la calle como quien busca embriagarse, abstenerse de sí mismo en el bullicio mundano. Hoy me siento

más tranquilo, y puedo observar con discernimiento lo que pasa dentro de mi ser.

La idea del amor ha cruzado muchas veces por mí, y he pensado en una mujer que hasta ahora está destinada á ser la compañera de mi vida.

Veamos, filosofemos, *raciocinemos* sobre esto que tan extraño parece al raciocinio. Yo no puedo comprender ya esos amores de fuego que dominan y ofuscan la razón: los creo tan falaces y pasajeros como el vendaval. Jamás deben ser ellos los que conduzcan al matrimonio, porque éste, como el edificio de la parábola, debe levantarse sobre roca dura.

El amor, auxiliado por la razón, conduce á las grandes acciones que se inmortalizan por los resultados; pero librado á sí mismo, se me imagina una locomotora cargada de vapor, á toda velocidad, sin maquinista ...

Para mí el matrimonio va á ser la solución de todas mis dudas, el fin de todos mis fastidios, de esas « dispepsias morales » — como le decía á mi amigo A. hace algunos días — que tanto perturban la felicidad y hasta el criterio más común de las cosas; pero ha de ser ese matrimonio que yo deseo, el que proyecto, el que he soñado siempre.

Yo amo á mi elegida con todas mis faculta-

des, no esclavizándolas, sino que cada una ejerce la acción que le corresponde en esa faz de mi existencia. Ella es parte, pues, de mi ser.

Mi fantasía la ha comparado ya con las bellezas supremas, mi entusiasmo la ha sublimizado, mi razón la ha comprendido, mi voluntad la desea siempre, mi memoria la ha estereotipado en el sitio más luminoso y bello de las metamorfosis mentales.

No me siento capaz de pintarla, por temor de caer en las hipérboles que hacían exclamar al bueno de Shakespeare: — « ¡ Por el cielo ! yo encuentro á mi amada tan graciosa como todas las vírgenes calumniadas por una falsa comparación ».

Pero debo añadir para mi propia satisfacción y mi vanidad, que por cima de todas sus bellezas y como esa casi imperceptible bruma azulada que se extiende delante de las colinas y de los valles, se advierte á su alrededor un tinte, una revelación interior, una aureola que anuncia en el fondo de su cerebro el genio capaz de las concepciones más sutiles y delicadas de la estética, de la filosofía, de la ciencia.

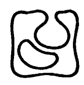
Susceptible de las más suaves impresiones de la belleza, como de las meditaciones más graves de la vida, la creo una de las mujeres comparables á las creaciones inmortales de Shakespeare y de Goethe: Carlota, Julieta, Ifigenia, Porcia...

He comprendido la influencia moral de la belleza escultural, cuando he visto la Venus de Milo, descripta por Saint-Victor y cantada por Leconte de Lisle, y sólo me ha conmovido y subyugado la belleza humana, cuando he contemplado á mi prometida, y siempre que la contemplo. ¿ Hay en esto hipérbole ? No. Transmito la verdad de mis impresiones.

No analicemos. Sería desvanecer con un soplo frío las engañadoras visiones, los calenturientos sueños y los raciocinios desordenados de un cerebro excitado por vigilias y lecturas, sin el alivio del aire puro de los campos, sin el contrapeso de la prosa de la vida, que hace guardar á las imaginaciones más ardientes su equilibrio normal y su temperatura media.

El concepto del amor, como él lo describe y lo pinta, nos revela el medio psicológico en que respira. Quiere convencerse á sí mismo de que dice la verdad, quiere ocultarse su propio veneno, quiere hacer ver un mundo real en el mundo fantástico surgido de su cerebro, sobreexcitado y coloreado por los vapores intermitentes que suben del corazón, oprimido por el hielo de una filosofía que en vano trata de velar con los recursos y las imágenes del arte.

Quizá este hombre es más interesante que su libro; pero, en todo caso, una vez concluído, será un poema, un poema nebuloso, del cual brotarán á intervalos vívidos rayos de luz; será la historia de un tipo social, hijo de ciertas épocas en que se desequilibran ó se pierden las nociones fundamentales de la vida, y desaparecen del cielo las estrellas fijas, las que marcan al hombre el derrotero sobre el océano turbulento ó sobre la llanura inconmensurable.



PORTADAS.

I.

LA GUERRA.

La historia es la cátedra más luminosa, porque es experiencia, es virtud, es heroísmo, es sacrificio, es gloria. Ella forma los grandes caracteres que honran la raza humana y dan días inmortales á las naciones.

La guerra es en el mundo lo que son las tormentas en el espacio: aquella pone en lucha las fuerzas sociales que mantienen el vigor moral, como éstas ponen en lucha los flúidos atmosféricos que renuevan constantemente la savia de la naturaleza.

Un pueblo que no pelea es un pueblo que marcha á la decadencia, si severos principios morales no retemplan su espíritu, como un pueblo que no canta sus glorias es un cuerpo sin alma.

En este libro se refiere la historia de la guerra más trascendental de los tiempos: es el choque de dos corrientes antagónicas seculares. Dos naciones que están á la cabeza de dos razas se trabaron en combate disputándose el dominio del derecho, como en el poema de Milton, dos espíritus sublimes que son la personificación de dos principios eternos, se disputaron el dominio de las almas.

¡ Alemania y Francia! Dos pueblos de luz.

¿ Quién triunfa ? — aquel que con la ciencia domina los desbordes de la pasión. Y en el *Paraíso Perdido,* Miguel arcángel y Satanás.

¿ Quién triunfa? — aquel que encarna la ciencia suprema, la virtud.

La guerra científica ejercida por la virtud cívica es el *desiderátum.* La piedra angular de la guerra científica es la artillería. El artillero es el baluárte futuro del derecho humano.

Un artillero clavado al pie de su cañón cuando el fragor de la batalla estremece la tierra y encrespa los mares, resplandece con el brillo de un personaje de Milton: de sus maniobras brotan los truenos y el rayo, como nacen del fondo de las nubes en los combates celestes.

Está la inmortalidad decretada para los que mueren al lado de su cañón. La bala que los derriba, es la conductora de su gloria.

II.

FLORES NATIVAS.

Invitar al escritor á ocupar con su pensamiento la primera página del álbum de una niña, tan bella y amable como la misma virtud, es como confiarle la misión sagrada de tejer las enredaderas en la fachada del templo ideal, donde han de acudir los desposados, en coros alegres, á depositar con sus guirnaldas los votos eternos del corazón.

Hace mucho tiempo que las armonías gratas á los adolescentes y núbiles no tienen sus cuerdas en mi alma. Se rompieron con las tempestades de la vida, y se alejaron sus notas en la ráfaga que no vuelve jamás, la que se lleva los años de la juventud. Acentos más reposados y graves brotan al pulsar el arpa ya descuidada de los primeros cantos, y tintas pálidas sólo surgen de la paleta donde antes bullían en germen imágenes deslumbrantes de colorido y movimiento.

Y luego, yo no soy un sabio en la ciencia de las flores, ni conozco sino aquellas nacidas conmigo en el valle ó en la cumbre de la montaña argentina, y cuyos nombres, si alguno los guarda en la memoria, nunca tal vez podrían tradu-

cirse en el obscuro y frío lenguaje de los libros. Pobres compañeras del sentimiento indígena, ellas adornaron acaso las cabelleras de reinas ignoradas de la virgen América, perfumaron con suave y místico aroma los instantes del ideal y del ensueño, y al fin, sobre los sepulcros de piedra donde reposaron reliquias amadas, ellas se alzaron para formar símbolos imperecederos de esperanzas desvanecidas por la transitoria muerte.

He visto allá, sobre las rocas enhiestas que sólo las águilas y los cóndores visitan, trepadoras extrañas semejantes á los pintados y ágiles reptiles, envolver con sus caricias salvajes los árboles centenarios, besarlos con besos de flores rarísimas, estrecharlos con abrazos de intenso amor filial, y allí en lo alto invadir los nidos y hacer brotar el cáliz de oro junto al polluelo que ensaya su primera nota en presencia del abismo.

Y después, junto á la margen accidentada de los torrentes, donde ruiseñores ignorados del mundo van en bandadas á refrescar la garganta encantada de los prodigios musicales, he visto también seguir á la onda bulliciosa, remedando los copos de espuma y los giros imprevistos como vuelo de golondrina, otras enredaderas sutiles cuyas hebras de seda, de plata ó de esmeralda relucientes, á trechos alternadas con florescencias casi impalpables como gotas de agua

modeladas, conducen, desde las cimas á las grutas, y desde las grutas á los llanos, el mensaje imperceptible de la eterna poesía.

También sé que en otras regiones de la Patria, allá en las selvas del trópico y entre los lejanos bosques y lagos maravillosos del sud, despliegan su magnificencia hermosísimas y caprichosas flores semejantes á deidades, que ya flotan en las aguas dormidas, ó brillan como piedras preciosas en las sienes de los montes nevados. Pero yo soy hijo de los valles que el Famatina sombrea con su gigantesca atalaya cercana al cenit, y no sé de otras enredaderas que esas nacidas conmigo, compenetradas de mi propia vida y cuyos perfumes evocan la infancia, y cuyas suaves caricias recuerdan los deliciosos arrullos del hogar.

Mientras otros no conduzcan á este santuario recién abierto ofrendas más preciosas y raras, de otros climas, países y mundos, y mientras no lleguen á los oídos de su dueña las plegarias, las canciones, los votos á que ella lo destina, séame permitido plantar delante de su pórtico unas enredaderas silvestres traídas de mis valles nativos, y recordar la música inenarrable con que allí en las alturas la naturaleza conmovida saluda á la aurora, como mensajera suprema de todas las felicidades y espléndida dispensadora de la gracia celeste y de la eterna hermosura.

III.

DEL ÁLBUM DE UN AUSENTE.

Es esta la vez primera que voy á escribir con temor en un álbum. Sucédeme como al pisar los umbrales de un templo de creencias amadas: siento la respiración suspendida, el alma turbada y un leve temblor en todo mi cuerpo, como si entrase á confesarme de veras, sin ocultarle nada al sacerdote ni á Dios... Pero ya estoy adentro, y el corazón, creyéndose solo en una inmensidad, se escapa por las salidas de su cárcel con inquietudes é impaciencias de niño prisionero.

Yo soy así; creo en los sentimientos íntimos, puros, invisibles que en la humanidad son sueños y en las religiones misticismo; los llevo dentro de mí cual si yo fuera un enviado de un mundo anterior para comunicarlos á otro por venir, con el encargo de ocultárselos al presente, porque, ó ha de escarnecerlos ó ha de crucificarlos; los llevo en un seno recóndito de mi ser, cuidando que no les llegue una vislumbre ni el más vago rumor del mundo externo, porque como ciertas flores levísimas hijas de la noche y del rocío, se ennegrecen al contacto, siquiera sea imperceptible, del más tenue rayo de sol.

Pero á veces lo siento rebelarse, engrandecerse, tomar vigor y empujar sus murallas con extraña fuerza, y me advierto incapaz de guardar el secreto; y esto me acontece cuando entre el confuso rodar de mis semejantes, pasa junto á mí alguno de esos raros espíritus que despiden luz interna, de la que filtra al través de los muros más espesos, y sin quererlo yo, y aun esforzándome por evitarlo, sus claridades penetran en mi escondida urna, y la iluminan y delatan lo que en ella llevo oculto para todos y á veces para mí mismo.

Me pasa con estos seres privilegiados del talento y de la armonía lo que á ciertos instrumentos de cuerda, que sin pulsarlos nadie, mientras reposan sobre un mueble ó cuelgan de un árbol, se ponen á desprender sonidos y melodías espontáneas, como si dedos encantados pasasen sobre ellos rozándolos apenas con la ligereza de las alas de una mariposa.

¡Oh, dueño feliz de este libro! Mía no es la falta si mi secreto ha sido revelado; culpa es de la lumbre traviesa que lo sorprendiera, de la armonía comunicativa y evocadora que hizo despertar esta nota que yo mantenía encadenada en el fondo sombrío de mi alma, porque cuando la tuve en libertad me hizo pensar como un loco, soñar en cosas imposibles, amar lo que no había

nacido ó estaba agonizante, y creer en lo que este mundo no imagina ó no comprende, y siempre nubló mis ojos con una lágrima para no ver lo que giraba en mi alrededor. Sí, por eso la tengo prisionera y por eso adviértese su existencia sólo cuando la sorprenden la luz ó la armonía.

Ahora que ha asomado, ha dicho una sola palabra, me ha hecho ver en ti, ¡oh amigo! un espíritu digno de amor, siempre envuelto en una niebla sonrosada, pero viajera... Allá va tras de ti, no obstante, siguiendo tus rumbos inciertos. Ese es su destino: amar lo que ha muerto, lo que no ha nacido, ó lo que pasa...

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

El Señor del Agua.

PARTE SEGUNDA.

Historias.

Ediciones CABAUT y Cía.

LIBRERÍA DEL COLEGIO

ALSINA Y BOLÍVAR — BUENOS AIRES

LIBROS DE TEXTO

Aprobados por la Dirección y Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires.

PRIMER AÑO

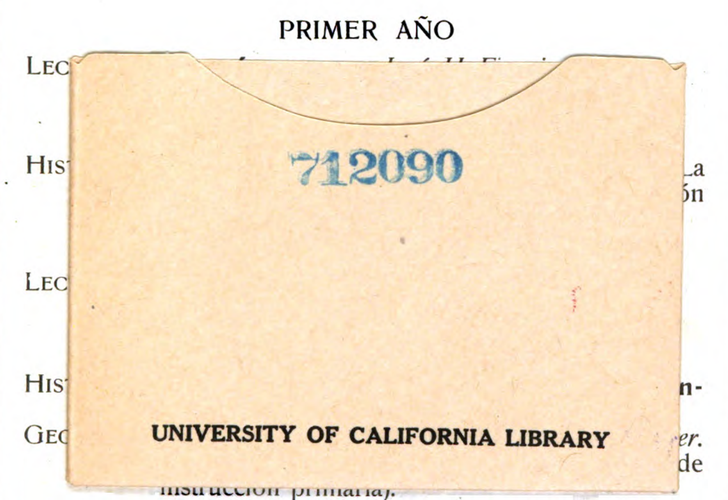
LEC

HIS ... La ... ón

LEC

HIS ... n-

GEO ... er. ... de



instrucción primaria).

INST. CÍVICA: **Gobierno propio,** por *Carlos Cánepa*. (De «La Escuela Moderna», serie elemental de instrucción primaria).

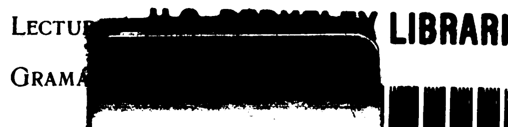
QUINTO AÑO

LECTURA: **Patria,** por *Joaquín V. González*.

HISTORIA: **La Historia Argentina explicada en noventa y cinco lecciones,** por *Carlos Cánepa*.

LECTU

GRAMÁ ... **nental,** por



Librería del Colegio * Alsina y Bolívar * Buenos Aires

PRÁCTICA Y TEORÍA
DE
REDACCIÓN

(según CARRÉ y MOY)

ADAPTACIÓN AL IDIOMA NACIONAL
DE
Z. Vélez de Aragón

Por medio de la **Práctica y Teoría de Redacción,** el alumno, siguiendo el método natural, empieza por **hacer** é inmediatamente se da cuenta del **porqué** de lo hecho; de modo que el precepto sigue á la ejecución y toma de ella su fuerza y su vida, en vez de reducirse á una regla fría y abstracta.

Un curso de esta obra vale para el espíritu del niño por cuatro cursos de gramática: completa esta enseñanza y la ilumina con nuevo fulgor. Es también una **preceptiva literaria** sin aparato, pero de eficacia suma, y una verdadera **lógica del lenguaje,** demostrada por el hecho y el ejemplo.

CABAUT Y Cía. * Libreros-Editores